





AÑO 12.

NÚM. 141.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SETIEMBRE, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LOS PLACERES EN CHINA

«¡Los *placeres chinos!* ¡Hum! He aquí un título muy sospechoso, dirá quizá el lector. ¿Cuáles serán las voluptuosidades asiáticas, los orientales delirios que nos va á revelar este libro, cuya lectura ha de ser prohibida, seguramente, por toda madre á sus hijas?»

Tranquilizaos. Nada hay en nuestras diversiones que pueda asustar al pudor. Son sencillas y honestas, como conviene á una antigua nación, que, habiendo pasado ya hace mucho tiempo de la edad de las locuras juveniles, se respeta y sabe divertirse decentemente.

En los *Cuentos chinos* me dediqué á poner de relieve los menudos detalles de la vida de mis compatriotas, cuyas costumbres sociales y políticas hube de exponer en los *Chinos pintados por sí mismos*. Este nuevo libro tiene por objeto principal presentar un cuadro de nuestras diversiones privadas y nuestros regocijos públicos. En este concepto, el libro tiene algo de antropología, pues describe, en efecto, una serie de fenómenos étnicos: juegos, ceremonias, fiestas, que si bien en el fondo son iguales en todas partes, revisten, sin embargo, en cada país un carácter particular, que procede del conjunto de concepciones nacionales del pueblo que se examine.

Cada cual se divierte á su manera, afirmación que si es tan

verdadera en lo que concierne á los individuos, no lo es menos cuando se trata de las naciones. Nuestras alegrías y nuestra manera de manifestarlas no son en definitiva sino la expresión de nuestro yo. Y cuando todo un pueblo se regocija de una manera determinada, ¿no quiere esto decir que ofrece, en sus fiestas, una especie de cuadro de su fuero interno, una síntesis de sus aspiraciones y de sus más caros deseos?

Nuestros placeres están determinados por nuestros puntos de vista morales y filosóficos, políticos y sociales.

También la religión interviene en ellos para asemejárselos. Así, pues, donde el carácter nacional se manifiesta de la manera más definida es en los regocijos y en las fiestas; en una palabra, en las diversiones: dime cómo te diviertes y te diré quién eres.

No creo que esté fuera de lugar este nuevo capítulo en la tarea que he emprendido, para dar á conocer al Occidente europeo nuestro Oriente asiático. En todo caso, el autor se verá suficientemente recompensado, si el lector encuentra —aunque no sea más que por un instante— algún solaz al recorrer los *Placeres en China*.

EL INTERIOR

LA CASA

En el *Arte chino*, obra notable de M. Paleologue, he leído que «la China, en todas las épocas de su historia, no ha tenido más que un solo modelo de arquitectura para sus edificios civiles ó religiosos, públicos y privados».

Sin embargo, si se mira de cerca, se observa al punto una gran variedad de estilos, cuya delicadeza se oculta, como es natural, á los observadores superficiales. Lo mismo sucedería al transeunte que contemplara ciertas calles modernas de París, cuyas casas, construídas por la misma y única sociedad, se parecen todas exteriormente, ó discurriera por las grandes

vías de Nueva York, ó por las amplias *strazsen* de Karlsruhe, dispuestas en forma de abanico alrededor de una plaza central. Al pronto, no se puede menos de decir que tales construcciones producen una monotonía abrumadora.

Pero si visitais al arquitecto para examinar los planos de todos esos edificios, os convenceréis de que no existen dos interiores parecidos. La diferencia es igual á la que ofrece la fisonomía de las personas, las cuales tienen diferentes rostros, aunque todas tengan las mismas facciones.

Cierto es que, desde la antigüedad, han variado poco los estilos entre nosotros; pero esto no es óbice para que cada una de nuestras viviendas ofrezca, en sus habitaciones, un carácter especial.

Por lo demás, esa penuria de variedad obedece á varias causas; por de pronto, los elementos extranjeros, que en diferentes ocasiones modificaron tan profundamente la arquitectura europea, apenas han aparecido en nuestro país; después, las prescripciones oficiales reglamentan el estilo de las casas para los diferentes funcionarios, lo que constituye, evidentemente, una limitación á la fantasía arquitectónica, y por último, la tradición, cuyo imperio es tan poderoso en nuestro país, no permite separarse del estilo puramente chino, consagrado en el transcurso de los siglos.

Examinemos ahora las diversas formas de la habitación china.

En las regiones septentrionales poco favorecidas por la Naturaleza, las construcciones son, generalmente, de tierra. Únicamente los palacios ó las casas de los ricos tienen armazón de madera. A pesar del rigor del clima y de la gran cantidad de polvo aportado por los vientos de los arenales, las casas constan, por lo general, de dos pisos, lo que las diferencia notablemente de las del Mediodía, que no tienen más que uno. Los muros son algo bajos y cimbrados en la parte superior de manera muy poco pronunciada, al contrario de lo que sucede en el Sur, donde la cimbra, á la que llamamos *silla*,

ofrece mucho saliente. Esos muros son llamados *muros de fuego*, porque su misión es proteger la casa contra los incendios.

Llámase al piso superior, *pabellón de las carreras de caballos*, nombre cuyo origen no acierto á explicarme, pues la escalera no permite en manera alguna que suban caballos á dicho lugar. Por lo general, ese segundo piso es como una habitación de recreo, mientras que los inquilinos prefieren por estancia habitual el piso bajo. Los chinos gustan de la simetría en todas las cosas; por consiguiente, sea cual fuere la extensión de terreno sobre el que edifiquen, las casas están siempre acondicionadas de manera que la sala se encuentre enfrente de la puerta de entrada, y que haya á cada lado de dicha habitación uno ó dos cuartos exactamente iguales.

En lugar de contar las casas por las habitaciones, decimos: *Tal número de habitaciones sobre el frente*: tres, cinco, siete, etc. He aquí la descripción de una casa de las corrientes:

Al entrar se encuentra un vasto recibidor, que tiene á derecha é izquierda un cuarto para criados. Enfrente, tres puertas, una grande y dos pequeñas, que dan acceso á un patio, al que se baja por una escalinata de tres peldaños. A los dos lados del patio, hállase una galería enlosada que conduce á una habitación; una de éstas está reservada á los niños, y la otra se destina á cuarto de fumar.

Frente á la puerta de entrada, como ya se ha dicho, está la sala, á la que se llega subiendo tres escalones, después de atravesar el patio; también sabemos que á derecha é izquierda de la sala hay una, dos ó tres habitaciones. Detrás de la sala está el comedor, enmedio de otras dos, cuatro ó seis habitaciones. Se sigue y se pasa á un nuevo patio, con cocina y despensa á izquierda y derecha. Si la casa es grande, encuéntranse todavía, tras ese segundo patio, otras tres, cinco, ó siete habitaciones, y la misma distribución puede repetirse varias veces cuando la vivienda es aún mayor. En una de las alas del edificio, se extiende el jardín rodeado de muros, con sus kioscos y sus rocas artificiales.

El alquiler de una casa de tipo medio, como la que acabo de describir, cuesta, poco más ó menos, sesenta francos al año.

El techo es más ó menos elevado, de curvatura diversamente acentuada, pero siempre en rápida pendiente y cubierto de tejas superpuestas, acondicionadas para facilitar el desagüe cuando llueve.

Las ventanas son grandes, divididas por marcos de madera, cuyos compartimientos están ocupados, según el lugar, por cristales, seda y hasta por papel transparente.

En lugar de protegerse contra las corrientes de aire, se procura por todos los medios que circule en las casas.

El adorno interior es generalmente muy lujoso. Las partes salientes del maderamen están esculpidas y las planas barnizadas. Se disimulan las paredes bajo pinturas al fresco que representan asuntos históricos; la pintura de la pared que da frente al salón representa, generalmente, algo que se relacione con el rango del amo de la casa.

A la entrada de la sala, bajo el techo y encima de una viga horizontal, llama la atención una caja suspendida, de madera dorada y esculpida, y á la que parecen proteger dos dragones dorados; en esa caja se guardan los decretos que confieren empleos ú otorgan honores y títulos de nobleza.

Allí se cuelgan también los letreros *felicidad ó longevidad*, que el Emperador ofrece á los miembros de la familia, según sus méritos.

El mueblaje de un salón es muy sencillo. Una mesa larga en medio y ocho sillas puestas en fila á los dos lados; entre dos sillas, hay una mesita cuadrada para colocar el té. Completan el mobiliario dos taburetes cuadrados.

Los visitantes tienen sus puestos señalados con arreglo á su categoría; el amo de la casa resérvase siempre los taburetes. Cuando se trata de alguna ceremonia, se revisten con fundas de raso rojo bordado las sillas de mármol ó madera; todo lo contrario de lo que sucede en Europa, donde, para recibir se quitan las fundas de las sillerías.

La mesa del centro ostenta constantemente un gran espejo, una maceta, un plato de frutas artificiales, un reloj y un perfumatorio enmedio. En las paredes se colocan rollos con autógrafos ó pinturas, debidos á las celebridades artísticas. En nuestros salones, severos y austeros, se ven muy pocos juguetes. Colócanse á lo sumo algunos en los saloncillos de los kioscos de recreo, situados en el jardín, pero la mayor parte se oculta en los armarios, y no se enseña más que en las fiestas de la *Luna*, de las que hablo más adelante, ó en ciertas ceremonias religiosas.

Jamás se ven en nuestras paredes esos cromos, estampas y demás adornos que hacen las delicias de la burguesía europea; tampoco se conocen las alcobas.

He aquí, poco más ó menos, la distribución y el arreglo de un interior chino. No hablo de los miserables albergues de los desheredados de la tierra, que son entre nosotros tan tristes y mezquinos como en otras partes. Alguien ha dicho que la felicidad carece de historia; pero solamente la riqueza admite la descripción. La miseria no se describe, á menos que, como en el *Capitán Fracasa*, de Teófilo Gautier, no more en un antiguo castillo de pintorescas ruínas.

FIESTAS RELIGIOSAS Y NACIONALES

LAS REGATAS DEL DRAGÓN

Hace un calor abrumador: ¡40 grados á la sombra y estamos á principios del verano! Es el quinto día de la quinta luna, fecha en la que se celebra la fiesta del Dragón.

La ciudad cambia completamente de aspecto, gracias á los innumerables papeles rojos pegados en todas las puertas, y sobre los cuales pueden leerse votos de felicidad formulados de mil maneras. Al lado de estos papeles aparecen clavados, enmedio de cada puerta, dos paquetes de tifa cuidadosamente cerrados con cordones rojos, pues hay la creencia de que

las hojas de esa planta, alargadas en forma de cuchilla, ahuyentan los malos espíritus.

Después de celebrar los sacrificios usuales ante las tablillas de nuestros antepasados, comemos en familia los manjares de las solemnidades y bebemos vino con oropimente, con lo cual, según opinión muy extendida, se destruyen para todo el año los gérmenes de las enfermedades epidémicas.

Cuando dan las doce de la mañana, se apresura uno á colocar en el patio tazones llenos de agua, para que reciban los rayos del sol, que se encuentra entonces en mitad del cielo. Se dice que el agua así irradiada, [constituirá un remedio excelente para los partos difíciles.

Nos dirigimos, después de almorzar, hacia el lago del Oeste, para asistir á las regatas de las canoas dragones, embarcaciones muy largas y completamente chatas, tripuladas por veinte ó treinta remeros. En la proa se yergue unas veces un colosal dragón y otras un caballo encabritado; de pie, encima del animal, va un marinero llevando en la mano una bandera cuyos movimientos indican la dirección que se ha de seguir al timonel que, inmóvil en la popa, maneja la barra. Detrás del dragón, se sitúa una orquesta que deja oír los redobles de los tambores, mezclados al estrépito de los platillos.

A lo lejos se ve la meta, representada algunas veces por un pato vivo; el animal se zambulle en el agua en cuanto se aproxima una canoa, trata de sustraerse por medio de la fuga á sus numerosos agresores, y concluye por caer en manos del más afortunado ó del más hábil, que lleva en triunfo al volátil, el cual chilla y procura desasirse. Pero lo que con más frecuencia se coloca en la meta es un ancho trozo de bambú, sobre el cual se extiende valiosa pieza de seda, ofrecida por una sociedad, y que constituye el premio del vencedor en la regata.

A una señal dada entáblase la lucha: las banderas flotan y se agitan ya á la derecha, ya á la izquierda, indicando la marcha á la estatua humana que, sentada al timón, dirige el esfuerzo de los marineros. Impulsadas por sus numerosos remos,

las canoas se deslizan sobre el río como enormes pulpos, en medio de los gritos de los espectadores, agolpados en las márgenes ó amontonados en el puente y los camarotes de los juncos (1) de recreo, amarrados en la orilla.

Los abanicos se agitan como respondiendo á los apresurados latidos de los corazones; las olas que las canoas levantan corren hacia las riberas y sumergen por un instante las flores de los lotos y nenúfares, que reaparecen en seguida, más frescas y más puras al salir de aquella inmersión momentánea; las anchas hojas de los nenúfares, elevan, al erguirse, cierta cantidad de agua que dejan caer en cascada de perlas resplandecientes, y se sumergen de nuevo para salir otra vez, en un movimiento de vaivén que se reproduce por mucho tiempo.

Se trata del gran premio náutico de los chinos y el aspecto del lago es verdaderamente maravilloso. Figuraos los palcos de la Opera ó las tribunas de Longchamps, móviles sobre el agua, en barcos de flores, donde los cristales transparentes se mezclan con otros de todos los colores; añadid á este cuadro damas vistosamente ataviadas y hombres con rostro radiante; de este modo os formaréis una idea bastante exacta de fiesta tan popular.

Terminadas las regatas, se dispersan los espectadores y desembarcan los tripulantes de los juncos. Como el sol no declina aún, todos aprovechan lo que resta de día para descansar un rato y gozar de la frescura del campo, unos en el monasterio construído cerca del lago; otros, bajo los frondosos árboles, en torno de una antigua tumba.

Esta es el sepulcro de un célebre letrado de la ciudad que se hizo construir en vida su última morada á orillas del agua, en un paraje admirable. En lugar de las inscripciones con que de ordinario se celebran los méritos del muerto, el letrado hizo grabar sus poesías y las de sus amigos en las piedras del monumento.

(1) Barco chino de doscientas á trescientas toneladas.

He aquí dos de sus versos más conocidos:

*Tras el tapiz de acianos y bajo la sombra de los pinos,
Recibiré eternamente el perfume del incienso que vendrán á
ofrecerme mis hijos.*

En unión de algunos amigos, he ido al Monasterio, donde hemos sido recibidos de la manera más afectuosa. Los sacerdotes budistas nos ofrecieron por de pronto una taza de te delicioso, y después nos invitaron á comer con ellos. Nos dieron una comida de vigilia—porque los religiosos de Buda no comen carne—pero fue excelente; primero, porque nos apartaba de nuestras comidas ordinarias, y después, porque, aunque no condimento sino platos de vigilia, la cocina de dichos sacerdotes merece su reputación de exquisita delicadeza. Nos rogaron que volviésemos de allí á un mes, para gustar las frutas del Lichi, porque, según dijeron, su jardín posee diez y ocho árboles de la mejor especie, llamados las *diez y ocho señoritas*.

Para indicaros la pintoresca situación del monasterio, me bastará citar el pasaje de un célebre poema, grabado sobre una roca, tras el altar de Buda:

*Mientras que el son de las campanas repercute y parece per-
derse en el verdoso matiz del crepúsculo,
El soñador poeta camina solo en medio de diez mil árboles.*

Como se había hecho tarde, decidimos pernoctar en casa de nuestros huéspedes.

Conviene observar aquí que en China todos los monasterios son unas especies de fondas: siempre hay en ellos gran número de cuartos á disposición de los visitantes. Nos aprovechamos de esta circunstancia, puesto que al anochecer se cerraban las puertas de la ciudad y nos encontrábamos encerrados... fuera. No nos ha pesado: por la noche hemos podido asistir á uno de los oficios religiosos de los budistas, y hemos podido ver que, fuera de los actos de su regla, para los que se exige la conveniente seriedad, esos monjes son iguales á las

demás gentes; simples mortales, muy alegres y que gustan de reír y divertirse. Compusimos versos y bebimos vino de arroz, en unión de aquellos sacerdotes, que decididamente no tienen nada de común con *los que impiden bailar en corro*.

Tanto en la conversación como en los versos, no se hizo ninguna alusión á los asuntos religiosos, ni siquiera á los filosóficos: hicieron el gasto las flores, la luna, las bellezas de la Naturaleza. Aquellas buenas gentes comprendían que nada hay más desagradable como el hablar constantemente del «oficio».

Uno de mis amigos preguntó á uno de los religiosos cómo podía vivir sin familia, pues los sacerdotes budistas no se casan. Su interlocutor respondió con estos versos:

*No quiero que el limo manche las hojas del loto,
Y tengo un cuchillo muy afilado para cortar las ligaduras
del nenúfar.*

En suma, todos estábamos muy alegres y la conversación se prolongó hasta el alba. Fue una orgía perfectamente culta y correcta.

Y en aquella noche, sentado sobre su flor de loto, con su cráneo calvo y su eterna sonrisa, Buda no se enfurruñó (1).

LA FIESTA DE LA LUNA

Esta fiesta se celebra en el octavo mes del año. Dura cinco días; empieza el 10 y concluye el 15, con luna llena. Se cree que en ese día la luna *está más llena* que en ningún otro momento del año.

La fiesta da lugar á toda clase de diversiones, y especialmente al cambio de multitud de regalos, afectando todos la forma de luna, y también á la *Exposición de juguetillos* (2).

(1) En francés: *le Bouddha ne... bouda pas*, lo que constituye un juego de palabras por pronunciarse de igual manera el nombre y la persona del verbo en cuestión.

(2) Bibelots.

Se compra una porción de estatuillas que representan los genios, los inmortales, los budas. Todo ese mundo celeste viene á ocupar puesto en los estantes, entre los objetos de colecciones de familia; tesoros que únicamente en esa solemne circunstancia salen de los cofres, donde se les tiene encerrados durante todo el año. Ocupa siempre el centro de dicha Exposición una gran pagoda, iluminada en todos sus pisos, de la misma manera que el resto de la casa.

Se disparan petardos y se queman fuegos artificiales, y en las casas, la música alegre á la reunión de amigos y parientes; se corren de casa en casa invitaciones mutuas para admirar la riqueza de las colecciones y el buen gusto con que se exponen.

El 15, á las doce de la noche, todo el mundo se sienta en el patio, ante un gran banquete con que termina la fiesta. El objeto principal del banquete es conseguir el descenso de la diosa de la luna; pues, en efecto, pretende el mito que aquella baja, en esa noche, hasta nuestra humilde morada, para venir á escuchar benévolamente las peticiones de los mortales. Inútil es decir que nadie ha vislumbrado aún á la graciosa moradora de nuestro satélite; pero es muy difícil borrar del espíritu de los pueblos las tradiciones transmitidas de padres á hijos, durante millares de años.

Se cuenta, no obstante, que una infeliz anciana se vió favorecida una noche con la visita de la encantadora Diana china, la cual le preguntó lo que deseaba y le prometió otorgarle cuanto pudiese ambicionar. Deslumbrada por las brillantes vestiduras y la imponente belleza de la visitante, la pobre vieja permaneció completamente confusa y no supo qué responder. Por fin, ante la benévola insistencia de la reina de la luna, la buena mujer recobró el valor y las fuerzas necesarias para llevarse la mano á la boca.

Quería decir con esto que su único deseo consistía en tener siempre lo necesario para comer á su gusto.

La aparición hizo un signo de conformidad y se elevó á los cielos.

Al día siguiente encontraron á la excelente anciana provista de una barba de granadero: ¡la diosa no había comprendido el ademán!

La luna es la patrona de la poesía. Además, el otoño, la más hermosa de las estaciones, con sus flores de crisantemos y de oleas, de perfumes suaves, provee igualmente de asuntos á los poetas. Así pues, esta fiesta es, á la vez, más mundana y más literaria que las otras, las cuales no ofrecen más que diversiones populares. De esta suerte, para celebrarla dignamente, se quisiera transformar las viviendas terrestres en otros tantos palacios de cristal, á fin de responder á los esplendores que, según se cree, deben existir en las moradas celestes.

He dicho que la luna es la patrona de la poesía. En efecto, desde la más remota antigüedad, ha sabido inspirar constantemente á los poetas cánticos unas veces tristes, otras alegres. Ella es también la que reúne en idéntica contemplación la mirada y el pensamiento de los amantes, separados por grandes espacios; ella es la que consuela á los desgraciados, que se consumen en la soledad. A ella se confían los secretos más íntimos del corazón; ante su límpido espejo se formulan los más tiernos deseos. ¡Cómo asombrarse, entonces, de que la poesía ame á esa dulce reina de la noche!

He aquí algunos versos consagrados á ese astro por nuestros poetas:

*Al levantar mi vaso, para beber con la luna,
Observo que somos tres:
La luna, mi sombra y yo.*

*Los rayos de la luna penetran hasta mi lecho,
Extendiendo por el piso una alfombra brillante,
Que al pronto creo que es hielo.
Después, al notar que es la luna,
Pienso en mi país natal.*

Son tan numerosas las leyendas referentes á la luna, que

no es posible reproducirlas todas. Mas dicen que la diosa, que habita el palacio lunar, está aún por casarse. Otras sostienen que es una viuda desconsolada. La más original de esas fábulas refiere que la diosa es la mujer de un célebre arquero del reinado de los Ilan, llamado Ilan-I. Habían ya fenecido nueve soles ante las terribles flechas del arquero; cuando se disponía á tirar contra el décimo,—el único que nos queda,—le dijo el dios del sol: «Indúltame á éste, del que necesito para iluminar el mundo. En recompensa te daré la bebida mágica, con la que podrás ir á habitar en el mismo sol.» Igualmente indicó al arquero el día y la hora en que había de tomar la droga encantada.

Ilan-I cometió la imprudencia de confiar el secreto á su mujer, la cual, no queriendo dar crédito á la relación, ensayó el remedio: inmediatamente se sintió ligera como un pájaro y voló á la luna.

¿No se creería estar leyendo á un Julio Verne... perfeccionado del siglo II? Porque la leyenda data de esa época.

Otro mito muy curioso—del que tengo publicada una traducción—refiere que el Emperador Ming-Iluang, de la dinastía de los Tchang, hizo en sueños un viaje á la luna, donde aprendió una melodía titulada: *Vestidura de arco iris y plumajes*, melodía que ocasionó una insurrección que estuvo á punto de derribar el trono. Uno de sus oficiales, enamorado de una favorita que cantaba maravillosamente, según parece, la melodía celeste, se sublevó, y el Emperador no pudo conservar su corona, sino sacrificando la vida de la cantante. Tan cierto es que siempre y en todas las cosas, es preciso preguntar *quién es ella...* hasta en la luna.

LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

A la fiesta de Año nuevo sucede seguidamente la de las Linternas. Puede decirse que la una es complemento de la otra, puesto que la segunda en orden cronológico se verifica

E. M.—Agosto 1900.

desde el décimo hasta el décimoquinto día de la primera luna, y que las vacaciones de Año nuevo se prolongan desde el vigésimo día de la duodécima luna del año que termina, hasta el vigésimo de la primera luna del año entrante.

Durante ese mes de vacaciones se paralizan todos los asuntos administrativos; los sellos, que equivalen á una firma, permanecen encerrados en sus estuches.

Lo que da á esta fiesta su originalidad y su nombre es el uso que se hace, en cantidades increíbles, de linternas de toda especie, que los chinos se complacen en construir con un lujo de formas y una variedad en las materias empleadas, que desafían toda inventiva. Con saber que no hay un rincón del vasto Imperio que no esté iluminado, se comprenderá que aquí hace falta algo más que las míseras lamparillas que se ven en otras partes.

Para formarse una idea más exacta del carácter de nuestras iluminaciones, figuraos vuestros bazares de juguetes, en Navidad, llenos todos de linternas transparentes: caballos, corceiros, leones, elefantes, soldados, jinetes, sombrillas, hombres grotescos, animales fantásticos, etc. Todas las imitaciones de la realidad se asocian á todas las variedades de la fantasía para transformar la ligera seda ó el papel translúcido en linternas multicolores, ya sencillas, ya de doble fondo, que giran bajo la acción del aire cálido y hacen desfilar ante los ojos del público las imágenes recortadas y los innumerables asuntos que sobre las mismas figuran. En fin, no hay objeto en la Naturaleza entera, del cual pueda decir el imparcial observador *¡que se encuentra sin mecha!*

Por las plazas públicas se pasea, á los acordes de la música, una linterna gigantesca que representa el dragón; se compone de una armazón de mimbre, forrada con una tela transparente, la cual simula también las articulaciones, y con pinturas que imitan las escamas del dragón; todo descansa en unas andas que sostienen los conductores. Cualquiera puede hacer que se detenga esta procesión ante su casa, ó hacerla en-

trar en el patio cuando uno quiere permitirse el lujo de una representación á domicilio. En este caso es preciso disparar petardos, para dar á entender á los conductores que se deben detener.

Después de la representación, que consiste en hacer que el dragón voltee de todas las maneras posibles, se ofrece á los músicos y á los conductores pastas y vino, pero nunca dinero; porque la procesión está siempre formada por personas de la mejor sociedad, que se reúnen para divertirse. La retreta con antorchas no puede dar sino una débil idea de las correrías del dragón.

Cuando en una familia hay una recién casada, sus parientes le envían, en esa ocasión, una linterna que representa una divinidad con un niño de la mano. Si al segundo año no ha tenido hijos la desposada, le mandan otra linterna que representa una naranja: la palabra naranja es, en chino, homónima de la palabra «despacharse». El envío constituye, por lo tanto, un recordatorio del deber, expresado ingeniosamente.

Los templos de los dioses urbanos envían igualmente una linterna á las casas en las que por entonces se haya celebrado una boda, algún acontecimiento literario, ó un nacimiento. Las formas de estas linternas varían según las circunstancias: los conductores van siempre acompañados por una orquesta.

En casi todas las calles se ve una gran linterna, en la cual se escriben charadas, enigmas, adivinanzas, expuestas á la sagacidad de los transeuntes; los que tienen bastante ingenio para hallar la solución, reciben una recompensa en papel de cartas, plumas, tinta, cohetes, bombones, etc. Cuando el problema dado es un juego de palabras bien combinado, ó se trata de una respuesta original que se acerca á una bufonada, se escuchan grandes carcajadas, que se prolongan á lo lejos, llevando por todas partes el contagio de su ruidosa alegría.

En otro tiempo, bajo la dinastía de los Han, estaban prohibidos los paseos nocturnos, excepto en esas fiestas. Cuando

llegaban, abriáanse de par en par las puertas de la ciudad, y descansaban las cadenas de hierro destinadas á cerrar las verjas de los puentes.

La poesía ha celebrado esas noches de alegría popular:

Los árboles de fuego y las flores de plata, forman canastillas por todas partes,

Y las cadenas de hierro no existen sobre los puentes estrellados.

Un polvo fino se levanta en todos los caminos bajo los cascos perfumados de los caballos,

Y la luna, brillando en todo su esplendor, acompaña á los paseantes.

Estos pertenecen, en su mayoría, á la juventud brillante

Que seduce con cánticos tan alegres, que se creería escuchar la célebre melodía de Lo-Mei-Hoa (flores de ciruelo, que caen).

En esta noche no está prohibida la circulación:

¡Que la clepsidra, corra, pues, lentamente, sin apresurarse!

Otro poema dice:

*Dos fénix descienden de las nubes, con un carro triunfal;
Seis dragones se elevan del fondo del mar, llevando una montaña á cuestas.*

¿No se creería ver la *Isolina* de Catulle Mendès?

Citemos aún algunas líneas:

*¿Qué mano piadosa ha esparcido todas esas semillas de loto
Que florecen, al mismo tiempo, en todos los rincones de la ciudad?*

Todo este lirismo, demuestra palpablemente la brillantez de la fiesta.

Por supuesto, que todavía hay que señalar las reuniones de familia, los festines, el vino, los versos que dan remate á la solemnidad en el interior de las casas, mientras que en las calles y en las plazas se prolongan hasta la mañana los regocijos de la multitud alegre.

Las linternas tienen sobre los mecheros de gas y eléctricos la ventaja de prestar una luz más suave y ofrecer contrastes más variados, entrañando esa irregularidad, de la que gusta la vida, para sustraerse lo más posible á la monotonía, á la uniformidad de la existencia ordinaria. Se prestan mejor á la poesía: realizan, en pequeño, lo que las estudiadas iluminaciones hacen en grande con la arquitectónica combinación de los farolillos.

Los miembros de los cuerpos constituídos participan también de la fiesta de las luces. Cuando los funcionarios salen de noche van siempre acompañados de linternas, que llevan en rojo el nombre y los títulos del dignatario. En la noche de la fiesta, esas linternas decoran la casa del funcionario, como otras tantas tarjetas con las cuales da la bienvenida al público.

En fin; los pequeñuelos, sin los cuales no hay alegrías verdaderas, vienen también á desempeñar un papel y á tomar parte en la alegría general: se les entrega pedacitos de frutas, artísticamente divididas, sobre las que se colocan cabos de vela y corren, paseando sus linternillas improvisadas.

En una palabra; todo luce. De suerte, que si en esa noche se pudiese contemplar á China entera desde un globo elevado, se la vería como un limitado cielo, tachonado por cientos de millones de linternas; y el iluminado aereonauta que asistiese á la última jornada de fiesta del nuevo año, estará obligado á confesar que no tenemos..... *un año nuevo deslucido.*

LA FIESTA DE LAS DOS ESTRELLAS

Las dos estrellas se llaman Nin-Lang y Tsi-Nu, y están situadas: la primera en la margen oriental de la Vía Láctea (ó Tien-Ilo, es decir, río del cielo), y la otra en la margen occidental. Se encuentran una vez al año, según la antigua astronomía, y el encuentro se verifica en la noche de la séptima jornada de la séptima luna.

La leyenda pretende que Ning-Lang, estrella masculina (el Boyero) estaba casado con Tsi-Nu, y que, para castigarlos por una falta que cometieron en la región celeste—falta análoga al pecado de Adán y Eva—el soberano del cielo los separó eternamente. Solamente una vez al año les permite verse un instante, franqueando la corriente de agua que, durante el resto del año, establece una frontera infranqueable entre sus amores. En dicho día, las urracas, llevando pajitas en sus picos, construyen un puente al través del río celeste, para que los enamorados puedan cruzarlo á pie enjuto. Añadiré que desde ese día enmudecen las urracas. En torno de esa leyenda agrúpanse, como es natural, otras muchas. Así se dice, que la lluvia que caiga la víspera de dicha fiesta limpia el carro del cielo; si llueve el mismo día, se afirma que son lágrimas de alegría, vertidas por los amantes; si el meteoro se realiza al día siguiente, se atribuye á las lágrimas que derraman ante su nueva separación.

Las fiestas que se celebran en esta ocasión varían algo según las localidades. Unas tienen por objeto pedir á Tsi-Nu destreza en el oficio á que aquella se dedicara, ó sea á tejer. En otros puntos se aprovechan las buenas disposiciones en que las dos estrellas se han de encontrar, con motivo de su entrevista, para implorar la piedad de las mismas.

En esta ocasión, sobre una mesa colocada en el salón del pabellón, se instalan generalmente frutas, flores, vinos, cirios é incienso. Se reza en voz baja, y quienes oran son mujeres jóvenes, cuyos maridos están ausentes. Aquellas que desean ser obreras hábiles encierran una araña en una caja: al día siguiente, según la mayor ó menor regularidad de la tela que se encuentre en la caja, se sabe el grado de maestría que Tsi-Nu ha tenido á bien conceder á la demandante.

En otro tiempo, bajo el reinado de los Tchang, se festejaba con gran brillantez el aniversario en el palacio de los Emperadores. Se erigían, según dicen, torres de seda de mil pies, la altura aproximada de la torre Eiffel, sobre las cuales todas

las favoritas del Emperador hacían música y cantaban en honor de los divinos amores. Rivalizábase también para enhebrar bajo la pálida claridad de la luna, agujas con nueve agujeros; la que primero lo conseguía era proclamada como la más hábil.

Dice un poema:

Más fácil es enhebrar una aguja á la luz de la luna, que conservar derecho un hilo mientras haga viento.

Las poesías dedicadas á este asunto son muy numerosas. Unas alaban la destreza de la tejedora. Otras se duelen de la efímera dicha de la misma; pero las más extendidas son aquellas en las que los desgraciados en amor envidian la suerte de los amantes reunidos en el cielo y les ruegan que les favorezcan y les concedan también... una noche de felicidad por lo menos. El poema más célebre de los de esta clase es el de un filósofo ligeramente escéptico:

*Son inmortales: y, sin embargo, tienen miedo al agua;
Dudo de que tengan mucha habilidad.*

En suma, esta fiesta da principalmente ocasión á introducir alguna variedad en la vida, y suministra al mismo tiempo asuntos á los poetas.

En la sétima luna han dejado ya de sentirse los grandes calores: se aprovechan las suaves brisas y la pureza del cielo que por lo general reinan en esa época del año, para disfrutar del fresco en los terrados bebiendo en compañía vino de arroz. Así es que la hipótesis de esos seres invisibles que habitan en las dos estrellas es más bien un pretexto que una creencia. Se simbolizan en esa leyenda las separaciones prolongadas con raras entrevistas, cosa siempre muy triste, pero que no deja de ofrecer muchos encantos. Los dos astros que se encuentran al través de la vía láctea, en un cielo límpido, bajo las miradas brillantes y envidiosas de las demás estrellas, y á la débil claridad del cuarto creciente constituyen un cuadro precioso,

y sumen en celeste sueño á nuestro espíritu, ávido siempre de ideal, deseoso siempre de sustraerse á las imágenes más verdaderas pero bien falaces á veces de la realidad terrestre.

LA FIESTA DE LAS FLORES

Cae en el décimo quinto día de la segunda luna, pero se prolonga en realidad hasta fines de primavera. Se la denomina también la fiesta de la temperatura *tibia media*. Es la estación más hermosa del año, la más templada y más seductora. Los árboles, ya casi todos en flor, se mezclan á los sauces llorones, que dejan caer sus largas ramas ornadas de verdosas hojas, y forman con los pintorescos pabellones perspectivas que han inspirado más de una vez los cantos de los poetas.

No hay jardín particular que no se encuentre en esos momentos transformado en exposición de horticultura. Se plantan mástiles de diferentes colores, á los que se adorna con banderolas diversas, provistos siempre de cascabeles; en el centro se juega á toda clase de juegos, entre otros, al de las mariposas, desconocido en Europa, y que me veo obligado á describir: se cogen mariposas á las que se ata un cabello que arrastra un papel, cuyo peso las impide volar; después se las suelta, y las mujeres corren para volverlas á coger con sus redes. Otras familias se dirigen al campo para coger flores, correr por los prados y jugar á lo que, entre nosotros, se llama el juego del césped.

Hemos tenido Emperadores poetas, que distribuían versos escritos por ellos, sobre numerosas variedades de plantas, y en ese día el Ministro de Agricultura presentaba al soberano semillas de todas las especies cultivadas.

En las casas particulares se escogía la misma fecha para hacer fermentar el vino de arroz.

Los habitantes de Su-Tcheang inauguran en esa ocasión, á los acordes de la música, el mercado de instrumentos de sericultura, que siempre atrae gran cantidad de público.

La fiesta en cuestión, era muy brillante bajo la dinastía de los Tchang, cuyos Emperadores se entregaban con gusto á placeres sencillos, en medio de las flores. Uno de ellos ofrecía en tal ocasión á sus favoritas piezas de seda de matices de flores, que eran transformadas en vestidos ligeros para la primavera.

Un año, como la estación estuviese retrasada, el Emperador hizo calentar un cerrado de cristales para apresurar la florescencia. A esa época se remonta el origen de los invernaderos.

Una de nuestras novelas refiere que una de las favoritas del soberano estaba enamorada de un joven letrado; éste último habitaba también en la capital, y su jardín estaba atravesado por un arroyuelo que salía del parque imperial.

Encerrada y vigilada en el palacio, la joven no encontraba medios para corresponder con el que amaba. Pero el amor presta inventiva á los amantes: se le ocurrió la idea de coger un pétalo de peonía, que colocó en el agua, después de haber escrito en él todo un poema. El joven letrado tuvo la suerte de encontrar la fresca misiva, y supo entonces que, á pesar de la separación, continuaba siendo amado. Esta convicción le dió tanto valor, que se puso á trabajar con ardor extraordinario: terminó rápidamente la carrera, y pronto llegó á ser un célebre hombre de Estado. Como recompensa á sus numerosos servicios, pidió al Emperador la mano de la joven, cosa que el soberano no pudo rehusarle. De esta manera, una modesta flor dió un gran hombre al Imperio, y realizó la unión de dos seres que se juzgaban separados para siempre.

AÑO NUEVO

Es la fiesta de los *tres comienzos*: del año, de los meses y de los días.

Desde el alba, cuya aparición es saludada desde todas las casas con formidables detonaciones de petardos, todos los fun-

cionarios de la capital se dirigen al templo imperial, para presentar sus respectivas felicitaciones al soberano en persona, ante la tablilla que lleva el nombre de Su Majestad. Cumplido este deber, marchan á ofrecer sus homenajes sucesivamente á los templos del Cielo, de Confucio, del dios de la literatura y del dios de la guerra. Después de lo cual se visitan mutuamente: esta serie de ceremonias se prolonga durante cuatro ó cinco días. Las demás gentes se visitan también el día de año nuevo.

Cuando se entra en casa de parientes, lo primero que se hace es saludar á las tablillas que representan á los antepasados. Si los visitantes son recién casados, se les ofrece, además del té y las pastas, un saco lleno de naranjas y pepitas de sandía, pues con ello se significa que se desea muchos hijos al joven matrimonio.

Durante todos estos días se celebran banquetes que las familias se ofrecen unas á otras, y que dan ocasión para entregarse á juegos de toda especie. Al mismo tiempo se distribuyen propinas entre los criados de parientes y amigos; á los niños se les regala un lingote de plata ó una moneda envuelta en papel rojo, ó también cierto número de cuentas engarzadas en un cordón rojo, que es lo que se llama *moneda de buena suerte*. Debo señalar aquí, puesto que hablo de los pequeños, una particularidad notable, sobre todo cuando se trata de niños de corta edad: entre nosotros no se cuenta la edad de las personas día por día, sino de año en año: uno que nazca en 31 de Diciembre, tiene dos años el día siguiente, 1.º de Enero.

El cuarto día de la primera luna, es la fiesta del dios de la riqueza y de la felicidad. Entonces se engalanan é iluminan todos los salones en honor de esas divinidades, representadas ya por imágenes, ya por un sencillo letrero escrito en un papel.

El séptimo día está consagrado á la fiesta del hombre, el noveno á la de Dios, y así sucesivamente, pues tales regocijos, casi diarios, se suceden hasta el final de la fiesta de las linternas.

Durante ese tiempo, el pueblo no piensa más que en organizar diversiones y entregarse al placer; se han pagado las deudas á fin de año, y las vacaciones, así administrativas como privadas, dejan en completa libertad al público; además, la estación no es favorable á los viajes; no queda, pues, otro recurso que los juegos, considerados en todas partes como el pasatiempo más agradable. En la época del año que nos ocupa, se juega mucho en China. Se juega á los naipes, al dominó, á los dados, á las doce bestias, y también á un juego más instructivo que representa un cuadro de ascensos en jerarquías. No hay que decir que la música no falta jamás en toda fiesta.

Muchas familias comen de vigilia el día de año nuevo. Proviene esta costumbre, según Lie-Tsen, del siguiente hecho:

«Las gentes de Ilan-Tang, dice ese autor, ofrecieron un pichón el día de año nuevo á cierto filósofo, el cual, después de haber aceptado el obsequio, dió libertad al ave diciendo: «Todos los seres deben vivir felices en este gran día.»

Esto es bonito y encierra un sentimiento delicado, pero tampoco faltan las supersticiones. Por ejemplo, los petardos, cuya misión parece reducirse á alegrar con sus detonaciones y á invitar á las diversiones ruidosas, tienen otro alcance por lo que se dice: asustan á los malos espíritus, los cuales jamás se atreverían á llamar á las puertas tras las que se producen semejantes explosiones.

No es esto todo: muchas gentes trazan sobre sus puertas, á manera de amuleto, la figura de un gallo ó las de dos guardianes, á los que se cree en condiciones de tragarse crudo al demonio que se permitiese presentarse.

La obra astronómica de la dinastía de los Ilan afirma que, por el viento que reina en el amanecer del día de año nuevo, podéis presagiar las circunstancias atmosféricas de todo el año y algo más todavía; el viento del Sur significa sequía general; el del Sudoeste, sequía parcial; el del Oeste, guerra; el

del Noroeste, buena cosecha; el del Norte, cosecha mediana; el del Nordeste, año pacífico; el del Este, inundaciones, y el del Sudeste, epidemias.

De la misma manera, la primera palabra que se escriba el día de año nuevo da carácter, bueno ó malo, al año entero; así es que para mayor seguridad, se comienzan siempre las cartas por una palabra como felicidad, riqueza, dicha, longevidad, etc.

Esta manera de procurarse un año venturoso ha sugerido á una filósofa los siguientes cuatro versos:

*Todo el mundo moja hoy la pluma en tinta,
Para escribir las palabras: dicha, riqueza, felicidad;
Pero el prudente consejo que he de dar á los ambiciosos,
Es que soporten la vida tal como es, y que no pidan á la
Providencia lo que no puede conceder á todos.*

Conviene decir que estos versos, llenos de buen sentido, no han logrado que nadie deje de seguir pidiendo lo imposible; el pobre, riquezas, y el rico, más de lo que tiene y sabría tener.

Aunque las fábulas tengan algo de superstición, saben mezclarlas con saludables enseñanzas; transcribiré como prueba la narración siguiente:

«Un pobre letrado, como no tuviese con que festejar el cambio de año, dormía profundamente.—También en China, quien duerme come.—En la choza que habitaba no había ni fuego, ni luz, ni manjares, ni vino, ni nada agradable.

»Y mientras tanto, los vecinos celebraban ruidosa y alegremente la fiesta, tan triste para nuestro solitario.

»De repente, hacia media noche, llamaron á la puerta.

—»¿Quién es?—preguntó el letrado, desagradablemente despertado en el mismo momento en que soñaba quizás con vituallas, bebidas, habitaciones lujosas, etc.

—»Soy yo, el dios de la *riqueza*.

—»Siento no poder recibiros.

—»¿Por qué?

—»Porque no tengo *suerte*.

»A pesar de la insistencia del dios de la riqueza, el pobre no quiso abrirle de ninguna manera.

»Algunos instantes después, llamaron de nuevo.

—»¿Quién sois?—exclamó el durmiente, al que arrancaban del sueño por segunda vez.

—»Soy yo, el dios de la *suerte*.

»El letrado saltó de la cama más que de prisa, y recibió al visitante con los brazos abiertos, en la cabaña obscura. Entonces el excelente dios trazó algunas líneas con la punta de sus dedos, y á manera de escritura, sobre la frente del pobre, y desapareció.

»Apenas se había acostado de nuevo el huésped de la choza, cuando se anunció el dios de la riqueza.

»Esta vez la recepción fue de las más cordiales, de tal suerte, que el dios se apresuró á depositar su tesoro en manos del letrado; después le preguntó por qué, habiendo rehusado antes el recibirle, le acogía ahora con tanta efusión.

—»Es muy sencillo: ahora tengo suerte, de la que carecía hace un momento. Estaba completamente seguro de que siempre vais en pos del dios de la suerte, y, por lo tanto, á éste es al único que esperaba.»

Esto quiere decir evidentemente que, sin suerte, ni aun la fortuna sirve para nada.

En ninguna parte se celebra tanto al dios de la riqueza, cuyas buenas obras acabamos de referir, como en la ciudad de Canton. Todas las noches, después que se cierran las tiendas, se encienden cirios y se quema incienso ante el altar de aquella divinidad, que tiene su nicho en el exterior del almacén. Se ilumina y se perfuma la ciudad entera. Se trata de una adoración universal á la que ningún habitante del Imperio chino se entrega con tanto fervor como los de Canton, que son los más comerciantes de los chinos. Ahora bien; el dios de la riqueza es también el del comercio, y esto es lógico, puesto que el co-

mercio, en el fondo, es dinero, ó, por lo menos, el dinero es el fin del comercio y de los comerciantes. Pluto es el complemento de Mercurio.

El equinocio de la primavera, al que llamamos principio de dicha estación, cae á menudo en los primeros días de nuestro año. Entonces, la fiesta es mayor.

En cada ciudad se organiza una verdadera procesión: marchan á la cabeza el prefecto, los subprefectos y todos los funcionarios administrativos, con uniforme de gala y llevando en la mano una rama de flores artificiales, que representan peonías, la flor de la primavera; van en sillas de mano, protegidos por quitasoles y escoltados por músicas y soldados; sobre unas tablillas se leen todos sus títulos y los servicios que han prestado.

Es la procesión del buey de la primavera.

A continuación del cortejo oficial llevan un buey enorme, cuya armazón de barro está cubierta de papeles multicolores, y cada color significa una circunstancia atmosférica: buen tiempo, lluvia, sequía, etc.

Tras la estatua viene un buey verdadero, engalanado con cintas, y sobre el cual se yergue una estatuilla, imagen del año que empieza, y cuya manera de ir vestida indica el tiempo que va á hacer: si lleva los pies calzados con zapatos, señal de que el año será seco; si con zuecos, será lluvioso. Un zapato en un pie y un zueco en otro, significan que el año será templado.

Todo el cortejo se dirige hacia el templo del dios de la agricultura, donde se verifican sacrificios; se da muerte al buey y se distribuye la carne entre los asistentes.

De esta suerte, en el extremo Oriente de Asia llevan en procesión al *buey de la primavera* en los mismos momentos poco más ó menos, que se pasea por París el «buey gordo». No hay duda de que las dos ceremonias son las fiestas de la agricultura, que el Egipto celebraba antiguamente con el buey Apis. El hombre es idéntico en todas partes: sus costumbres, sus

instituciones, sus idiomas, son diferentes; pero todo esto no atañe sino á la forma; el fondo es el mismo.

FIN DE AÑO

Las vacaciones comienzan diez días antes de fin de año, con objeto de que todo el mundo pueda prepararse para la gran solemnidad. Como en China no hay días feriados, las gentes que tienen ocupaciones no pueden descansar más que en las tres grandes fiestas del Dragón, de la Luna y de cambio de año: cinco días de vacaciones en cada una de las dos primeras, y treinta en la tercera.

Esas tres fechas constituyen también otros tantos plazos en los que es preciso arreglar cuentas.

La última fiesta de las indicadas, comprende varias ceremonias religiosas, que consisten en ofrecer un festín á cada uno de los dioses, en acción de gracias por los beneficios otorgados en el año que muere. El vigésimo cuarto día de la duodécima luna, celebran todas las familias una conmovedora ceremonia, lo mismo en casa de los ricos que en la de los pobres. Me refiero á la despedida que se dirige al dios del hogar, y de la recepción que se hace al que le reemplaza. Parece, en efecto, que el cielo da á esos dioses una misión temporal que dura un año.

El altar del dios está siempre instalado en la cocina; ante él se encienden cirios y se quema incienso diariamente; por la noche arde en dicho lugar una lamparilla que se denomina el *fuego de la longevidad*.

En la noche del 24 se celebra ante el altar una gran comida, con variedad de pasteles y frutas de toda especie.

Después de haber escanciado el vino de la libación y disparado los petardos indispensables en todo regocijo, se arroja sobre el techo avena y paja para las cabalgaduras del dios que va á marchar.

Después se levanta la mesa, é inmediatamente se coloca

ante el altar otra comida para recibir al nuevo protector del hogar, cuyo nombre suplanta en seguida al de su antecesor, ó bien reemplaza á la imagen del antiguo dios, una imagen del nuevo y de su esposa.

Esta fiesta nuestra se parece algo á la de Navidad, porque los niños esperan ese día para hartarse de frutas y de golosinas.

Con los manjares que sobran de estas dos comidas y de las demás ceremonias, se hacen conservas que, algunas veces, duran todo un mes del nuevo año; cuanto más rico es uno, tanto más se dedica á preparar grandes cantidades. Los regocijos se suceden casi sin interrupción.

Cuando llega el último día, se pone al aire una gran fuente de arroz guarnecida de hojas de ciprés, sobre las que se colocan imitaciones en papel de lingotes de oro ó plata, cubiertos de letreros: longevidad, honor, salud, felicidad, etc. Inmediatamente se extienden sobre el arroz diferentes frutas, que son símbolos de prosperidad.

Este arroz permanece sobre una mesa, á la intemperie, hasta las doce de la noche. Se le llama *arroz del año viejo*. Después de dicha hora, se le reemplaza por otro molde de arroz, con los mismos aditamentos; *es el arroz del año nuevo*, que permanecerá expuesto dos ó tres días. Entonces se elige en el calendario un día propicio para recoger el arroz y comerlo.

No hay para qué decir que los mismos sacrificios se celebran diariamente ante las tablillas de los antepasados, á los que no se olvida en ninguna ocasión.

En otro tiempo, se entregaban además á una porción de prácticas supersticiosas: según un antiguo tratado de higiene, la víspera de Año Nuevo era preciso, sin advertir á nadie, acostarse al lado de un pozo con una rama florida de pimentero en la mano; al dar las doce de la noche habíase de arrojar la rama al pozo para purificar el agua de todos los gérmenes epidémicos.

Bajo la dinastía de los Han, circulaba por toda la ciudad una procesión formada por ciento veinte niños de diez á doce años, con sombreros rojos y vestidos grises; todos iban tocando el tambor para ahuyentar los demonios malos.

En tiempos de los Shung, hacia el siglo VI, la procesión revestía aún más grandiosidad. Tomaban parte en ella los militares con vistosos uniformes, doradas lanzas y las banderas del dragón; precedían al cortejo con el rostro cubierto por caretas más ó menos monstruosas; al mismo tiempo, en el campo los labradores organizaban una especie de retreta de antorchas con teas colocadas en el extremo de una caña; de esta manera recorrían los campos para impetrar de los dioses una buena recolección de gusanos de seda y una buena cosecha de arroz. En algunas provincias, los niños discurrían por las calles pregonando la venta de su falta de inteligencia, para lo cual, como es natural, no hallaban compradores. Ya no existe nada de eso. No quedan más que las ceremonias religiosas, de las que he hablado más arriba, y las veladas que se celebran para esperar reunidos el nuevo año. No hablo de ciertas costumbres excéntricas, que no son sino excepciones: los poetas, por ejemplo, forman algunas veces con sus obras una especie de altar, ante el que celebran una especie de sacrificio; otras personas funden oro y lo vierten en el agua para predecir lo futuro, según la forma que tomen los lingotes.

En suma, todo esto presta hoy ocasiones para divertirse.

Desgraciadamente, la obra literaria de Han-Wung-Kung, muy esparcida en China, y cuyo asunto es un discurso de despedida al demonio de la miseria, es muy larga para que podamos reproducirla aquí; pero todos la leen con mucho gusto; en ella encuentra el pobre consuelos, esperanzas y recursos contra la pobreza y el demonio que la engendra. Recítanla con placer en la fiesta de que acabamos de hablar: unos para buscar el medio de seguir siendo felices; otros para consolarse de su miseria y tratar de salir de ella.

LAS PROCESIONES

En China, solamente los *taoístas* organizan procesiones religiosas; y es muy lógico, puesto que tienen la costumbre de representar sus dioses por figuras de forma humana.

Para no citar más que las principales ceremonias de ese género, hablaré de las del dios Tai-Tchang, de Tchen-Huang, de los dioses de las epidemias, y de las diosas protectoras del parto y de los niños.

Tai-Tchang es el dios de la montaña de ese nombre: comparte esa función con la de séptimo juez supremo del infierno;—en total, son diez.

Las procesiones de Tai-Tchang se verifican en el transcurso de la tercera luna. Cuando llega el día, sacan al terrible personaje, rodeado de una pompa completamente imperial, y digno es de esplendor, si se tiene en cuenta su título de *soberrano* de la montaña.

Va precedido de sus colegas, los otros jueces supremos, y de sus hijos y nietos, considerados todos como príncipes de su familia. Cada una de estas divinidades tiene su cortejo particular, formado por dos grandes linternas y numerosas tablillas que ostentan los títulos del dios; siguen las músicas y los acompañantes, todos con trajes de fiesta, y llevando unos un tiesto de flores, otros un incensario humeante.

Además, van muchas personas, ricas y pobres, con representaciones de los instrumentos de tortura: grillos, cadenas, torniquetes, etc.; creyendo con esto apartar de sus parientes y atraer sobre sí mismos los castigos decretados por la divinidad.

Las muchachas de Fou-Tcheu toman parte también en esta manifestación; en otras ciudades está prohibido á las mujeres esa clase de diversiones.

La procesión se dirige á un vasto local, situado en el barrio principal de cada ciudad y llamado la *Prisión de los Espíritus*;

se trata de dar libertad á esos cautivos espirituales, durante la fiesta de los muertos, á fin de que puedan celebrar el culto de sus familias, y hacer los sacrificios debidos á los hijos.

La procesión se repite, aunque en menor escala, algunos días después, con objeto, esta vez, de volver á encerrar en su prisión á los pobres espíritus momentáneamente libertados.

Al paso de la procesion, los creyentes establecen ante su puerta, una mesa sobre la cual arden incienso y cirios, y se colocan flores, frutas, etc. Todo el mundo se lanza á la calle para admirar la gran exposición que, organizada por diferentes sociedades particulares, presenta ante las miradas del público lo más nuevo en los productos del año. La abigarrada muchedumbre de la procesión cubre, por lo menos, tres ó cuatro kilómetros, pues cada dios tiene sus subalternos y cada uno de éstos tiene á su vez derecho á ser espléndidamente escoltado. Los vendedores de juguetes y confites, aprovechan estas solemnidades para llenar las calles y ofrecer sus mercancías á los niños, deseosos siempre de participar de esta clase de regocijos.

En Fou-Tcheu encontramos una particularidad excepcionalmente interesante: la fiesta dura allí dos días, y la segunda jornada es una repetición de la primera. Pero esta vez la procesión se dirige al barrio del Sur, donde vive la *suegra* de Tai-Tchang, á la cual el dios, como yerno respetuoso, va á presentar sus homenajes. ¡Feliz dios! ¡Dichosa suegra!

Cuenta la leyenda que una joven del pueblo, hija de un carnicero, después de haber asistido á la procesión, volvió á su casa y murió en seguida. En su corta agonía dijo á sus padres que el dios, viudo desde hacía poco tiempo, habíase fijado en su belleza y la había elegido por esposa. Era hija única. Su muerte sembró el desconsuelo en su familia, que, desesperada, quiso prender fuego al templo, cuando Tai-Tchang, encarnándose de repente en el cuerpo de un hombre, dijo á sus fieles que, en efecto, se había casado con la citada joven, y que debía á los padres de ésta todo el respeto de un

buen yerno; ordenaba, en consecuencia, que todos los años le transportasen en procesión hasta la casa donde habitaba la carnicera, madre de la divina reina, compañera del dios.

Lo que esto demuestra con toda claridad es que Tai-Tchang era un dios razonable, desprovisto de todo prejuicio aristocrático, y que, además, realizaba el tipo ideal del yerno habilitado capaz de amansar á una suegra casi incendiaria.

Por el verano se realizan análogos paseos en honor de los dioses de las epidemias.—Tenemos el triste privilegio de poseer cinco epidemias «nstras», que Europa calificaría de «foras».—Estos dioses, siempre los mismos, ven sus efigies multiplicadas en todos los barrios, pues cada uno de estos posee un templo consagrado á esos terribles habitantes del cielo. Las procesiones son, pues, cotidianas, y cada barrio turna con la suya.

El cortejo, menos imponente que el del dios Tai-Tchang, comporta también, sin embargo, en los barrios principales, una riqueza inaudita. Rompen la marcha cinco dioses, precedido cada cual de sus subalternos, y cierra la comitiva un inmenso barco de papel, hecho con gran arte, llevando á bordo los mismos dioses, de papel también, acomodados en un camarote central, y á todos los demonios encerrados en otro compartimiento. Al lado del buque, un hombre conduce sobre los hombros, con ayuda de un palo, dos cubos llenos de desperdicios de carnes y de todos los residuos orgánicos que engendran las epidemias; es lo que se llama por antifrasis los *cubos de la felicidad*.

Se va seguidamente á orillas del mar ó á las márgenes del río, y una vez que se llega á esos lugares se arrojan los cubos al agua y se prende fuego al barco con sus pasajeros de papel. Con esto se consideran arrojadas las epidemias fuera de la ciudad, y se felicitan las gentes mutuamente antes de volver al templo, donde la fiesta termina con un banquete.

Hay aquí evidentemente un doble símbolo: los cubos representan las medidas de higiene; el barco, con sus dioses de

epidemias y sus demonios, figura la expulsión de las enfermedades, cuyos gérmenes son arrastrados lejos por el río, ó aniquilados por el fuego.

Tcheng-Iluang es el dios de las provincias. Su imagen abunda por todas partes, como vemos en la plaza de la Concordia las estatuas que representan á las grandes ciudades de Francia. La diferencia estriba en que Tcheng-Iluang es un personaje real y no una simple personificación. La ceremonia es poco más ó menos la misma que para Tai-Tchang, salvo que Tcheng-Iluang no tiene más categoría que la de *gobernador*.

La procesión de las diosas protectoras de los nacimientos y de los niños se celebra habitualmente á principios de año. Las andas sobre las que se alza la estatua, van cuajadas de flores; al paso de la diosa acuden en tropel las mujeres estériles para impetrar un hijo de la divinidad. Cojen al azar una flor; si ésta es roja, significa que tendrán una hija, y si blanca nacerá un varón. La postulante hace algún voto al mismo tiempo, como el de ofrecer alguna obra de tapicería, un objeto de adorno ó algún vestido á la clemente diosa.

Los vecinos acomodados,—y las vecinas, sobre todo,—invitan frecuentemente á que entre en sus moradas á la divinidad. En estos casos se prenden fuegos artificiales y se añaden más flores aún á las que decoran las andas. Después se ofrece te y pastas á los miembros de la procesión; y terminada la visita, la patrona de la fecundidad se pone de nuevo en marcha, para volverse á detener enseguida en otra casa, si se la reclama.

Durante todo el mes, el santuario está constantemente visitado por mujeres: unas van para ofrecer lo que habían prometido; otras para rezar é implorar, por su parte, el socorro de la diosa *Genitrix* china.

UNA SOLEMNIDAD BUDISTA

En el octavo día de la cuarta luna,—en el mes de Mayo del calendario gregoriano,—se celebra la gran ceremonia de la

consagración de los sacerdotes budistas, llamada también la *Fiesta del Baño de Buda*.

La víspera de ese día se reúnen todos los aspirantes en el monasterio de la ciudad respectiva para prepararse. A eso de las ocho de la noche, suena la campana: los sacerdotes se dirigen á sus puestos y se arrodillan ante las imágenes de Buda. Se reza una oración y después entonan unos cánticos. Terminados éstos, el jefe coje de un elevado pedestal un ídolo pequeño que representa á Buda, le coloca en una bandeja de oro ó plata repujada y lo rocía con el agua contenida en una vasija. Durante este baño, en el que transcurre una media hora, los sacerdotes se entregan á la adoración y resuenan todos los instrumentos de música.

Se sucede una pausa bastante prolongada y á las doce de la noche comienza la ceremonia de la consagración.

Los aspirantes, ya por vocación, ya por una repentina resolución, deben someterse, después de dos ó tres años de estancia en un monasterio, á una formalidad bastante dolorosa, antes de poder ejercer públicamente su ministerio.

La gran sala de Buda está brillantemente iluminada; mesas alineadas paralelamente ostentan imágenes de diversos apóstoles budistas y toda suerte de emblemas religiosos.

Delante de cada una de esas imágenes hay una especie de reclinatorio que lleva el nombre del candidato, el cual va á arrodillarse en él tras una hora larga de meditación.

La cabeza del postulante está completamente afeitada: sobre su cráneo se fijan tres pedazos de yesca, saturados de incienso, de forma cónica, y á los que prende fuego el jefe; el desgraciado lee impasiblemente su oración, hasta que haya ardido todo..... incluso la piel del aspirante. He aquí la causa de que todos los sacerdotes budistas tengan cicatrices en la cabeza: tres por lo menos, pero á menudo más: seis, nueve, etcétera, según el grado de piedad.

Al día siguiente se verifica otra ceremonia: la recepción de los sacerdotes. Los antiguos felicitan á sus nuevos compañeros.

Refiero todo esto, porque este espectáculo constituye también un objeto de curiosidad para los chinos, que acuden al acto como á una fiesta.

Tenía yo nueve años, y el jefe budista, que en aquella ocasión había de consagrar á los aspirantes, era amigo de mi padre: pedí en consecuencia que me permitieran asistir á la ceremonia.

Era una tarde apacible. Después de haber atravesado campos con grandes árboles, y donde por todas partes se oía el canto de las cigarras, penetramos en una región frondosa, donde se elevaba el monasterio. Los sacerdotes nos dispensaron una acogida afable, y me dijeron que ningún niño de mi edad había presenciado jamás semejante fiesta, puesto que la escena podía hacer de mí un budhista fanático, ó un adversario encarnizado. Fui, sin embargo, admitido ante la insistencia de mi padre. Primero nos invitaron á una frugal comida, compuesta de retoños de bambú, legumbres saladas y puré de judías: todo me pareció delicioso. Después nos permitieron estar presentes á la gran comida de los sacerdotes.

Su inmenso comedor se parecía bastante al de un cuartel, con la diferencia de que aquí reinó el silencio más absoluto durante la comida, salvo algunos rezos canturreados antes y después de cada plato. Me sorprendió mucho que monjes que se alimentaban tan mal tuviesen tan buen aspecto; pero después supe que los vegetales son tan alimenticios como la carne, y desapareció mi asombro.

Al salir del comedor dí una vuelta por el pasillo de las meditaciones. Todos los sacerdotes, con los ojos cerrados y las manos unidas, estaban sentados, cruzados de piernas, sobre sendas camas colocadas en alcobas separadas entre sí por una mampara, y parecían sumidos en profundas meditaciones. Como niño que era, y sin comprender la importancia que daban al silencio, intenté, á pesar de la prohibición de mi padre, hablar á los monjes: nadie me respondió, ni nadie se movió. Pasó algún tiempo, y por fin nos encontramos en la gran

sala de las consagraciones, donde iba á desarrollarse la escena cuyas peripecias he referido ya.

El resultado más positivo fue que pasé una malísima noche, sin dormir apenas; tenía constantemente ante mis ojos cientos de budistas, vestidos de gris, y cuyas cabezas completamente calvas ardían de un modo horrible.

En cuanto amaneció rogué á mi padre que nos alejáramos más que de prisa de aquel siniestro lugar. A pesar del rocío que humedecía aún la yerba, y del fresquecillo de aquella mañana de primavera, nos pusimos en camino. Al llegar á una senda, que separaba dos campos, estuve á punto de pisar á dos serpientes que se peleaban enroscadas y que rodaron de un campo á otro pasando por entre mis piernas.

Fue tan deplorable la impresión que me produjeron escenas tales, que no hubiera abrigado sino sentimientos de aversión hacia aquellos locos fanáticos, si otro incidente, más alegre, no me hubiese demostrado que su fanatismo está lejos de ser tan absoluto como pudiera suponerse: un día, pasado ya algún tiempo de aquellos sucesos, nos hizo una visita uno de los sacerdotes que yo había visto en el monasterio; se quedó á comer con nosotros y, con gran satisfacción mía, comió con excelente apetito nuestra comida que, sin embargo, no tenía nada de vegetariana. Me perdía en un mar de confusiones, pues sabía que los budistas son exclusivamente vegetarianos, y que les están vedados no solamente la carne y el pescado, sino hasta la grasa, la leche, los huevos y la manteca. En mi ingenuidad infantil, no pude menos de expresar mi asombro al sacerdote, el cual sonrió y me dijo: «¡Hijo mío; Buda es tan bueno que no se fija en estos pequeños detalles!»

En efecto, Buda es un dios alegre: basta contemplar su imágen para convencerse de ello. Su rostro de mejillas redondeadas, iluminado por una eterna sonrisa; su cuerpo bien repleto, descansando sobre un loto; la flor que conserva en su mano; su tranquila actitud de vividor satisfecho: todo hace pensar más bien en un rechoncho fraile rabelesiano que en

un asceta, demacrado por la oración y las maceraciones.

Por lo demás, la historia budista refiere que el primer Buda era un hombre benévolo para sus semejantes y que su única misión consistía en sacar de la miseria á todos los humanos, para hacerles entrar en *el cielo occidental*, ó sea el del placer.

El otro día, Cernuschi daba un baile de niños, ante una efigie de Buda. Yo estaba presente: se me preguntó si no me escandalizaba al ver tal cúmulo de frivolidades en presencia de la estatua de un dios, y respondí que no. «¡Ah! me dijeron, sois más tolerantes que nosotros; nuestros sacerdotes no nos permitirían bailar en presencia de un Cristo.

—Es completamente distinto, repliqué: Cristo es la imagen del martirio, ante la que no se permite entregarse al placer; mientras que Buda no exige más que una cosa: que todos sean felices. Conviene también observar que, en Europa, este excelente dios está de temporada; razón de más para que le guste divertirse, viendo como se divierten los otros.»

EL GENERAL TCHENG-KI-TONG.

(Se continuará).

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

CONTINUACIÓN (*)

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Noviembre.

Hugo amigo: Tengo delante tus dos últimas misivas: una filosófico-literaria con mezcla de asuntos de hacienda; la otra auto-psicológica, con enmarañadas sutilezas de orgullo y dejos de mohosa y rancia poesía peninsular.

Responder á todo ello de un golpe no es fácil.

Responder con pretensiones de encaminarte bien el espíritu, ahora descarrilado hacia los páramos interminables de la tontería, es, sobre difícil, de no pequeña responsabilidad.

Amicus certus in re incerta cernitur; aprendí esto ya hará muy buenos quince años, en la Gramática del excelente Manuel Bernardes Branco. De aquí sacaré ánimos para esta prueba decisiva de mi amistad.

Trataremos primero de las letras.

¿Con que ya me hablas de teatro decadente, de teatro anémico? ¡Flagrante contradicción con tus entusiasmos de hace dos meses! Para el porvenir, niño, más criterio y moderación

(*) Véase LA ESPAÑA MODERNA, de Julio y Agosto.

en las alabanzas. Auscultaste al doliente, descubriste luego en él lesiones profundas.

Ahora una observación, antes de que se olvide. Mira que con esa manía de la intención moral se peligra hacer incolora la literatura. Del libro y del teatro deseo apenas que me lleven al arrobamiento artístico, haciéndome olvidar lo malo de la vida real. Es la verdadera función del arte, benéfica para el cuerpo y para el espíritu.

Para lo demás bastan las disertaciones sobre moral de éstos y de aquellos filósofos y los correspondientes tratados.

Con franqueza, tengo recelos de que hayas hecho una pudibunda pieza de teatro, absolutamente digna del virgíneo *théâtre blanc*, recientemente creado en estos nebulosas climas para regocijo y edificación de las niñas de quince años, pero del todo incompatible con la adulta platea que frecuenta el viejo *Palacio dos Estaos* (*).

¡Pobre Hugo! Me causas pena, sí, me la causas.

Bien sé yo que *labor improbus omnia vincit...* pero... ¡qué diablo!... en todo lo que dices no presiento, no vislumbro la menor tendencia para esa compleja y sagaz individualidad que es en nuestros días el literato profesional. ¡Un literato de oficio con las prendas de tu conciencia meticulosa, con las doradas fantasías de tu ingenuidad infantil!

¡Desgraciado! ¡Cómo has de llegar á almorzar y comer algún día con la literatura! ¡Quimera! Y en tales circunstancias te me vienes todavía á preguntarme si has de casarte ó no con la prima Genoveva del *Juncal*. ¡Oh, grandísimo idiota! ¡Beduino refinadísimo! Está claro. Casarte, y cuanto antes.

¿No estás aferrado á Portugal como el marisco á la roca? ¿Qué mejor cosa puedes hacer que pasar inmediatamente á yerno de la Doña Feliciano analfabeta, consocio de las regalías de su propiedad, que te reparen sólidamente los cimientos de la vida? Y no es esto aconsejarte como panacea general la

(*) Hoy Teatro de Doña María II, ó Teatro Normal (Portugués).

sempiterna permanencia en las arboledas del *Juncal*. Nada de eso. Sería recomendarte un suicidio lento y necio. ¡Vida de provincia portuguesa! ¡Cosa execrable!

¡Nada! Pasados los pocos meses de idílico éxtasis, la quinta de tu suegra te sería una especie de feroz penitenciaría en que los musgosos troncos vestidos de yedra te parecerían sencillamente grilletos pintados de verde.

Los propios solecismos de ella y sus excelentes hortalizas se te volverían insufribles. Llegarías á perder el sistema nervioso y á estragar el estómago. Tendrías pésimas digestiones y pesadillas horribles. Recorrerías un proceso lento y gradual de acetificación en tu espíritu, hasta llegar á conocer, en la supina concentración, el vinagre radical del mal humor.

Sería precisamente entonces el momento de que levantarás el vuelo, bajo la condición—*ça va sans dire*—de llevar contigo la paloma.

Cásate con este plan ya hecho y bien firme. Flaco amor será el de ella, si gustosamente no sacrifica el devaneo bucólico. ¡Ojalá le gustes! El hombre que no sea tonto consigue lo que quiera de la mujer enamorada.

Viajarás entonces, verás todas las cosas que valen. ¿Y qué te impedirá después fijarte alguna temporada en París ó en otra parte? Podrás así habilitarte francamente para la envidiable situación de literato *amateur*, indiferente á que las empresas teatrales te acepten las obras ó á que los editores ambiciosos te compren los libros.

Lo que se necesita es que Cupido entre en esto. En cuanto á tí no me cabe duda; la flecha llegó á lo hondo; estás pasado de parte á parte.

Paréceme que tampoco ella estará ilesa. Eres primo; se te doblan las probabilidades; tienes medio camino andado.

¡Pero qué original sandez me sacaste! ¡Ahora quieres que sea la muchacha la que se te declare! ¡Qué disparate!

La idea no es mala. Pero no siempre las buenas ideas encuentran terreno capaz para germinar. Portugal, aferrado á

prejuicios, se presta mal al cultivo de ideales nuevos. Déjate de modernismos que pueden darte en la cabeza. Si ella es portuguesa por los cuatro costados, bien podrías gustarle toda la vida sin que se atreviera á revelártelo, recelosa..... de faltar á las conveniencias.

Desecha esa corteza de ridícula afectación que ya no te cae bien. Prepara el campo, y lárgale la *declaración* en forma luego que encuentres ocasión. ¡Acobardarte por los romanticismos de una provinciana! Verás como después se vuelve, de la contemplación beatífica y un tanto monótona del dios Apolo, á los atractivos de tu cariño, mucho más humano, mucho más remunerador.

Decididamente, *cásate cuanto antes*. Y apenas la nube del fastidio asome en el horizonte, huir los dos para más gratos climas.

Desiste por una vez de esa locura de sacrificar tanta cosa buena, práctica y tangible á la hipotética gloria literaria.

Por tus pesados procedimientos no lograrías alcanzarla antes de la edad proveya, y sólo después de recorrido un largo y penoso camino de hambres y privaciones de todo género.

Adora mucho las musas en buen hora, pero adóralas de frac y guante blanco y con el estómago decentemente tratado. Nada de eso perjudica la inspiración. Tiempo vendrá en que me agradezcas el aviso.

Tuyo de corazón,

ENRIQUE.

* * *

A LA HERMANA SOLEDAD

MISIÓN DE LÁNDANA.—PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CONGO.

AFRICA PORTUGUESA.

Juncal, Octubre.

Mi querida Gabriela: Déjame darte siempre este nombre, que tal vez nadie más te dé hoy. Me recuerda los años de nuestra descuidada infancia; por eso le quiero tanto.

Sí, para los otros, serás tú *la hermana Soledad*, casi una santa; para mí, eres más, eres la única y sola amiga que mi alma oprimida ha conocido.

Un ánsia grande de *saudades* y desaliento es la que me hace romper la serenidad mística de tu vida, viniendo á hablarte de cosas mundanas, que tal vez repugnen ahora á la elevación de tu espíritu.

Abrazando voluntariamente una existencia entregada por completo al bien ajeno, ¿qué pensarás de mí, mezquina, egoísta criatura, preocupada siempre del bien propio, en una inquieta y nunca mitigada ambición de lo que los hombres llaman *felicidad*?

¡Qué diferencia tan profunda entre nosotras dos! Tú conseguiste interpretar la vida, definirla; y trazaste con seguridad el mundo por donde tus pasos van esparciendo flores, hasta conducirte, sin dudas ni desfallecimientos, á la esfera de la bienaventuranza divina. Matándote tus dos padres casi en el mismo día, la suerte te fustigó, despiadadamente. Triunfaste de ella con la evangélica paciencia que sólo en tí he visto probada.

Abandonando todo, no queriendo para tí nada de lo que el acaso muestra hermoso con su malhadada añagaza, despreciaste ese acaso que ningún grave mal puede ya hacerte. Marchándote de Leiria y dirigiéndote á esa *Misión*, tú eres una *bienaventurada*, en la más genuina significación de esta palabra.

La risa vulgar, tan llena de efectos mundanos cambiaste la gustosa por la dulce é inefable sonrisa de que adivino bañada tu suave fisonomía cuando te cercan esas miserables criaturitas, para quien tú lo eres todo, porque das calor á sus cuerpos y luz á sus almas.

¡Qué imponente figura ha de ser ahí la tuya, Gabriela mía, mi hermosa Gabriela! ¡Qué ojos los tuyos tan profundos y llenos de cariño, en que se refleje íntegra tu alma sublime!

¡Con qué *saudade* vuelvo á verlos llenos del encanto de tus

diez y ocho años, cuando me decían de la vida tanta cosa hermosa y risueña, tanta! ¡Qué *saudade!* Perdona. ¡Quién sabe si estoy fastidiándote! Pero, ¡es tan bueno recordar!

Hoy, cuando alguien, que llega de esas apartadas regiones, me habla de tí, me cuenta cómo vives, cómo te has consagrado, mi imaginación te descubre rodeada de una aureola de santidad. Y entonces me da rubor, siento vergüenza de mi pequeñez. Me entra un ánsia—¡pretensión vana!—de seguirte los pasos, de orientar también mi vida hacia cualquier rumbo definido y seguro. ¡Qué inútil y vacía y llena de dudas es la vida que aquí arrastro! ¡Si al menos viviese para alguien! Pero, al contrario, ni llego á reconocer el por qué de mi existir. Nada hay más triste que esta falta de utilización de una vida.

Tengo á mi madre, es verdad. Pero mi madre—¡bien lo sabes!—hizo siempre, por carácter y educación, una vida material, casi vegetativa, en que puedo entrar muy poco.

Mi hermana está lejos; pero la distancia que la naturaleza puso entre nuestros espíritus, entre nuestras tendencias, entre nuestras maneras de ser, es mucho mayor todavía de la que materialmente nos separa.

¡Qué triste cosa es la de tener que pasar la vida casi siempre entre personas originalmente incompatibles! ¿No vendrá de aquí el jurarse tantas veces que la felicidad es imposible?

No soy huérfana como tú; pero, créelo, siento amargamente, en el fondo de mi alma, el aislamiento de la orfandad. Si sintiese en mí el ánimo y el ardor para una de esas misiones altruistas á la manera de la que adoptaste, puedes creer que no me detendrían hoy los lazos de familia.

Seguiría, sin dudarle, mi vocación. La inacción, la apatía en que vivo es peor que todo.

La vida es una gran fuerza que necesita de algún grande objetivo en que se ejercite, pienso constantemente.

¡Pobre de mí! Admiro esas vocaciones sublimes, de que tú eres luminoso tipo, que imitan á Jesús, aspirando á un ideal

de bondad por cima del humano. Pero las admiro, como Tántalo, sin posibilidad de subir algún día á su esfera refulgente.

La lucha, sea cual fuere, me amedrenta, me hace agonizar, me produce un malestar ansioso; me perturba la razón y el entendimiento.

Pienso, y me muevo, y gozo, sólo en una atmósfera de mayor serenidad, de plena paz y luz clarísima. Esto es enfermizo sin duda; pero soy así. Nunca tengo afectación, y menos contigo. En un lago transparente, cualquier fenómeno extraño que le agite altera su limpidez. En mi espíritu se da un caso semejante.

¿Y sabes? Es en el campo, sobre todo, cuando me hallo muy sola en medio de la Naturaleza, tan bella, tan interesante, tan grandiosa y tranquila, donde se me aparece la misteriosa y fugitiva imagen de la *felicidad*, á veces como realidad tangible. No sé qué desconocido placer me dilata entonces el alma, en un éxtasis delicado y sabroso, que va desde la poesía sutil de las cosas hasta la concepción reverente del principio sobrenatural que las creó. ¡Cómo se vive, cómo se goza en este arrobamiento! ¡Cómo se aparece entonces al alma humana el mito sublime demandando constantemente la esfera luminosa de la inmortalidad! Pero después, Gabriela mía, ¡qué doloroso es volver de esa fascinación magnética á la preocupación mundana, al llano rastrero, donde los actos del hombre tantas veces lo definen como el más pequeño de los animales!

¡Qué vacío y qué penar! Si la Naturaleza me hubiese dado facultades artísticas que me permitiesen dedicarme con pasión á la música, á la pintura, á las letras, en esa concentración absorbente, mi vida habría encontrado un rumbo, una aspiración ascendente y constante, que sería inagotable fuente de consuelo y apoyo compensador. Pero no; la Naturaleza no me concedió el don de *artista*, por lo menos en la activa y más noble significación de esta palabra prestigiosa. Apenas si me dió temperamento capaz de hacerme aspirar con delicia los efluvios de la ajena concepción artística. Y esta facultad—

aunque privativa sólo de algunos—es de sobra pasiva para que pueda tornarse la suprema razón de una existencia, el culto predominante de una religión íntima que viva con nosotros en la propia esencia de nuestro sér, para que saquemos de ella abundantemente valor, encanto y resignación.

Se dice que la mujer, sér afectivo por excelencia, vive dominada por el sentimiento, obedeciendo á algún grande amor, amor divino, amor de familia ó amor de un hombre, amor de la humanidad.

El último es el más alto de todos, el que mueve ingentes espíritus como el tuyo. Nada quiere para sí; todo lo ambiciona para los otros. Sigue, impávido, por caminos espinosos que van á dar en el florido y perfumado jardín, cultivado para sus escogidos por un Dios de inefable bondad.

De ese jardín no me será dado nunca aspirar la fragancia.

¡El amor de familia! ¡El amor del esposo escogido por nuestra alma! ¡Este, sí, se nos revela en la tierna adolescencia, como el natural y armonioso destino de cada una de nosotras! ¡Con qué alborozo esperamos entonces á nuestro caballero, á nuestro señor, que venga con su fuerza á templar nuestra flaqueza, con su sabiduría nuestra ignorancia, con su juicio prudente los arrebatos de nuestra exaltada imaginación! Pero los años corren y *él* no viene; no aparece cual la fantasía nos lo tenía prometido. Y esos años son los productores de la fría razón; comienza una lucha tremenda. Cada uno que pasa aumenta en nosotras el miedo, un miedo que llega á ser casi terror, de ver, en fin, aparecer ese predestinado caballero, ese señor, que, en lugar de traer á nuestra vida el equilibrio, la reposada paz, el dulce contentamiento de quien sintió completarse, vendrá tal vez sólo á perturbar irreparablemente nuestra existencia, matando ideales, aspiraciones y creencias, elementos sin los cuales la vida de la mujer nunca dejará de ser una tremenda miseria.

El *amor* por excelencia, el grande, eterno, universal amor, que funde dos seres en el supremo término de la más excelsa

obra divina, es genial y bello, siendo la primera ley de la naturaleza. Ese parece el sentimiento propio para ser la razón y el fin en la vida de una mujer. Tiene lo pintoresco que arrebatada, la variada excitación que interesa y domina, la dulzura comunicativa que cautiva, consagración completa, ¡tan generosa y tan femenina en su raíz! Tiene todos los atractivos, todas las seducciones; ofrece todas las promesas, alegrías presentes, suaves arrobamientos para la vejez quebrantada.

¡Oh! mas para que el amor sea esto, para que no nos haga traición con el más cruel de los desengaños, es preciso que aquella criatura que viene á fundirse con nosotros, completando la más bella concepción del Creador, traiga con la fe más pura, el respeto sumiso, la adoración devota que se profesa en los ritos de la religión.

El amor, para ser noble, ha de tener ese qué de religión, culto sincero, natural, imponente y claro, como el que predicaran los primitivos apóstoles y su Maestro sublime.

Como los falsos oropeles han perjudicado á la pura religión de Cristo, así la falsedad é hipocresía del hombre ha ultrajado y pervertido el más delicado sentimiento del alma humana.

Gabriela mía, lo que sé del mundo es poco, muy poco. Lo que me llega de su rumor es casi nada; pero es lo bastante para que sienta en el alma, hace mucho, el fermento de una desanimación, de un desconsuelo atroz.

Por eso, con mi estrecho punto de vista, interesado y subjetivo, pienso muchas veces que colocar fuera de nosotros mismos la felicidad, es correr el mayor riesgo de sufrir dolorosas torturas. Hacer de otro el eje, el apoyo de nuestra existencia, es de seguro dar un paso imprudente, por donde muchas veces se resbala á un abismo de desesperación.

Egoistas impenitentes como yo, anhelando incesantemente por un estado de alma á que llaman *felicidad*, ¿no debieran blindarse con prudencia contra afectos apasionados, que otros

habrán de gobernar á su placer, y retraerse por preferencia á un aislamiento independiente, equilibrado y fuerte?

No me sería fácil definirte con exactitud mi idea completa de ese estado satisfactorio de alma, cuyo origen no reside en ninguna criatura extraña, y que entreveo á veces como realización posible de la *felicidad segura*. Es como un pleno contentamiento de nosotros mismos por la limpidez de conciencia, una elevada adoración panteísta de toda la Naturaleza, una suave melancolía que no oprime, fundada en una tierna compasión por la vida humana.

¿Me engañará la fantasía? ¿O realmente habrá aquí un sostén en que pueda ampararse con firmeza una existencia atormentada por la sensibilidad?

He vivido siempre muy sola. Mi imaginación ha de haber sentido las consecuencias del aislamiento continuo. ¡Me costó tanto siempre dejar *esto!* ¡Salir á otro medio cualquiera!....

Laura quiere que vaya á pasar temporadas con ella á Lisboa, Cintra ó Cascaes. No voy. No puedo soportar aquella vida de frivolidad y de mentira, en que todo es falso, desde el artificio de la *toilette* al artificio de los besos y de las sonrisas, y al de los sentimientos que esas muecas ocultan. No, no puedo. Ahora, ya no he de obligarme á eso.....

¿Sabes una cosa? Voy á descubrirte un rincón muy íntimo de mi alma, como lo haría..... como lo haría á una madre extremosa, delicada y sensible.

Repara cómo hay varias maneras de sentir la orfandad.

Trabé, hace algunos meses, conocimiento con un primo, que vino aquí á hacernos dos visitas.

Mi salvajismo montaraz se alborozó con esta súbita aparición.

Al principio, aquel primo que me enviaba la civilización, un *complicado*, de seguro, lleno de exquisitas sutilezas, templadas con la correspondiente dosis de cinismo de *buena sociedad*, me causó repulsión instintiva. Después me interesó. Era una *psicología* heterogénea al medio en que yo vivo. Excitó

mi curiosidad: comencé á observarle, á estudiarle..... tal vez no llevada ya sólo por simple amor de la ciencia, sino por un poco de amor de él también.

¡Fenómeno extraño! A medida que avanzaba en ese estudio, se tornaba él de día en día, punzante, doloroso, opresivo.

Comencé á desear absolutamente que aquel hombre—á pesar del sacrilegio hecho por la educación, que estraga, altera, pervierte la obra primera de la Naturaleza — tuviese aún por gastar restos de su originalidad primitiva que se me revelasen en la intimidad sin pretensiones, y que alguna vez brillasen en su mirada, con aquella fascinadora irradiación compuesta de bondad, de inteligencia y de nobleza, que tantas veces me vino de tus pupilas, mágico poder que nos domina el alma toda, por una espontánea confianza deliciosa y completa.

Cuando pensaba yo entrever la hechicera luz, alguna cosa obscura, misteriosa, que repelía, vino á sustituirla; era una mirada vaga, de doble y evasiva expresión: la fría y astuta sonrisa de que tanto se enorgullecen los hombres sabios.

¡Con qué puerilidad sufría yo entonces los íntimos secretos de mi vida psíquica! Extasiada en la brillante concepción que mi espíritu forjara, era como ver el mundo todo sumergido de repente en las tinieblas, y yo debatiéndome locamente en una desorientada ansiedad de ideal, de luz.

Tomé gran miedo al primo Hugo; pánico, pavor desatinado. Sentía como si fuese astuto y cruel enemigo, amenazándome con robarme toda la tranquilidad de mi vida, despeñándome en un laberinto de dolores sin alivio porque no había esperanza, sin consuelo porque no había fe. Procuré despreciarlo.

Y más convencida, quise volver á mi ideal de *felicidad egoísta*, arrobamiento contemplativo, equilibrio independiente, en que siempre nos acompañen y estén con nosotros los orígenes de nuestro bien, fundado en un sereno é imperturbable estado de la conciencia, que ve con entusiasmo las belle-

zas de la vida natural, y con ojos no lacrimosos, sino enternecidos, benévolo y complacientes, las mayores flaquezas de los hombres, lejos todavía del ámbito donde fatalmente se es víctima de ellas.

Gabriela mía, escíbeme tú palabras de animación y consuelo. Roba á esas criaturitas para quien eres más que madre, algunos minutos con que des una limosna de amor á quien de ella no está menos necesitada.

Háblame del estado de tu alma, de tus impresiones presentes. ¿Qué mejor ejemplo y lección para mí?

Siento vacilar las mejores creencias que tuve. ¡Qué tristeza! ¡Deseo tanto asegurarme con tu fe! ¡Me da horror la vida, muertos los poéticos ideales que nos arrullaron en la infancia! ¡Si para tranquilidad nuestra pudiésemos alguna vez detener el pensamiento! ¡Inútil! Sigue, sigue... y cuanto más lejano, más quiere avanzar.

Háblame principalmente de ti, y recibe toda el alma dolida de tu

GENOVEVA.

*
* *

A GENOVEVA MONTAÑA

QUINTA DEL JUNCAL.—VILLAVERDE.
PORTUGAL.

Lándana.—Prefectura apostólica del Congo. Noviembre.

Querida Genoveva: Hace ya ocho días que recibí tu carta, y todavía no he tenido un momento de reposo para responderte.

Acababa precisamente de llegar de una visita á nuestra residencia de Cabinda y Molendo—situada en la parte acá del Zaire—y me he encontrado un tanto indisciplinada mi horda de Lándana.

Ahora que ya tengo otra vez sometido el rebaño, voy á conversar contigo. Aprovecho para esto la hora del sueño, en

la cual hay completo sosiego en mi aprisco. Apenas raye el alba, volverán á reclamarme con sus balidos las cincuenta y tantas ovejillas que tengo aquí á mi cargo.

Me pides confesión del estado de mi alma. No me cuesta hacértela, querida mía. ¡Es tan sencillo todo lo que hoy siento y pienso!

Pero, has de prometérmelo: no exageres nunca hasta las proporciones del heroísmo los actos sencillos de mi vida. Lo que hice, es solamente natural y lógico. Otra cualquiera, en mi lugar, haría lo mismo. *Fe, esperanza, caridad*, son la santa trilogía de la vida de una mujer.

Es preciso que *creamos* ardientemente en alguna cosa; que *esperemos*, sea lo que fuere; que *demos* á alguien una parte de nuestro patrimonio de esfuerzos, de paciencia, de abnegación.

En mis padres perdí los mejores afectos de familia que el mundo podía darme. Fue un momento terrible. Sentí que vacilaba todo en mí: *fe, esperanza, caridad*. Era como si hubiese muerto la mejor parte de mí misma. Se me aparecía entonces la muerte material como mi único refugio. ¡Qué pensamiento tan egoísta!

Sin saber de qué modo, vino la reacción. Como el náufrago, buscaba algo á que asirme. Era tal vez la lucha suprema, un despótico instinto de conservación.

Miré alrededor con ojos desesperados. Y tuve entonces como una revelación sobrenatural.

¡Cómo pude vivir tantos años sin ver nada, pareciéndome el mundo todo tan diferente de la realidad! La tierra era un sembrado de miserias, quemada toda por el ardiente sol de la desdicha. Comparada, mi infelicidad se atenuaba. Los ciegos, los imbeciles, los hambrientos, los estenuados por el trabajo y la enfermedad, los ignorantes, los salvajes, eran mucho más desgraciados que yo. Me pareció entonces que usurpaba, guardándola para mí, alguna cosa que pertenecía á los que sufren.

Había luz, supuesto que esta luz venía á mi conciencia;

había un alto ideal de bondad cristiana posible de alcanzar; había un inagotable fondo de miserias reclamando incesantemente mi protección y mi amor.

Y la *fe*, la *esperanza*, la *caridad*—las tres razones de la vida de Jesús—renacían en mí consoladoramente.

Y vine; vine para aquí á servir á unas criaturitas faltas de todo. Sin hacer nada apenas, me constituí para ellas en la simbolización de la Providencia.

Y con esto me siento tan feliz como no me es posible expresarte.

Creerás que tengo los ojos enteramente vueltos hacia otro mundo, hacia la inmortalidad bienaventurada que se conquista en fuerza de sacrificios durante la travesía terrena. No, querida mía. Mi gozo es presente, es ya real.

Aminorar la enorme cantidad de infelicidad extendida por el mundo, es dar á nuestra vida un sabor delicado y delicioso. Además, no puedes imaginarte qué fácil es andar por este camino, tan igual, tan seguro, tan exento de excitaciones molestas.

Jesús amó con extremo á las criaturas. Los fustigados por la suerte, buscando estímulos de resignación y paciencia, no tienen mejor ejemplo que el de la vida de Jesús.

Para muchos es la existencia prueba durísima desde el primer día. Hacer de nuestra fuerza y de nuestra experiencia el tierno abrigo de tanta cuna descuidada, es una misión instintiva. Todas las mujeres tienen á su alcance esta maternidad altruista. Con ella distribúyense abundantemente caricias y sonrisas que son la mejor profilaxis para el saneamiento moral de las clases desheredadas. Difunden una gran luz estas caricias. Y la luz contraría la acción de todos los miasmas. En cuanto los pobrecitos se sonríen encantados por el dulce contacto de nuestras caricias, el alma váseles elevando instintivamente á la concepción de la superioridad humana.

El amor que les damos, ennobleciéndolos, los dulcifica. ¡Y

es tan bendito este trabajo, que siempre parece sin importancia!...

¡Cuánto he hablado de mí!...

Ahora de tí. Querría aconsejarte, querida mía. Me apena no saber hacerlo. Me parece que tu vocación es el amor de familia, en lo que tiene de más extremado, de más alto é íntimo. Pero te has forjado el ideal de una existencia de hombre como yo creo que no puede haber.

¿Con tu imaginación atormentada no iría tu alma á encontrar en el matrimonio un recrudecimiento de las penas? Lo recelo.

La concepción del esposo ideal huye un poco de mi comprensión.

Paréceme que aspiras á una adoración un tanto insensata, que el alma humana no tiene hacia seres que le sean iguales. ¿De qué valdría la ilusión momentánea?

En breve se produciría el triste derrumbamiento.

Deshojándose tu quimérico ideal, te dejaría medio muerta.

Tal vez sería mejor ese otro culto de que hablas, ese culto panteísta de la naturaleza, tomado como razón de ser de tu existencia. El libro de esa religión, siempre abierto, agitando sus hojas por las brisas de Dios, se me ha figurado muchas veces el código más completo de moral.

¡Qué sugestiva y mansa lección la de la naturaleza libre! Para las almas doloridas, ¡qué dulce lenitivo y qué pródiga enseñanza!

Adoras el campo; quédate en él.

Soportar el clima y las otras durezas de la vida africana, no podrías. Eres débil y excitable por demás.

¿Quieres una razón fuerte y absorbente para tu existencia de ahí? Procura ser, en el área de que tu quinta es el centro, el astro vivificante cuyos rayos vayan amorosos á caer sobre los cuerpos y las almas que padecen. ¿Quiere tu imaginación que no te abandone nunca lo *bello*? En el plan que te propongo hay mucho de pintoresco y una graciosa armonía.

No necesitas estudiar lo que han pensado y hecho los hombres con el pomposo nombre de *filantropía*.

La delicadeza de tu espíritu y la sensibilidad de tu corazón serán grandes maestros interpretando la Biblia *naturaleza*.

Esa pródiga *madre*, protegiendo á los seres más débiles como el pajarillo sin plumas, el tierno musgo, te da lección expresiva.

Hay en las almas tempestades de dolor más temibles que las negras borrascas del cielo. Sé tú el rayo de sol que se desvele por alumbrar á esas almas. El desaliento quema y agosta como á la tierra los ardores del clima tropical. Sé tú el rocío que refresca, la suave brisa marítima que, en la órbita de tu vida, vigorice los espíritus abatidos. Una palabra sencilla que haga latir la cuerda más fina de nuestra alma, ¡cuántas veces es un bálsamo de resurrección!

Existen almas con una avidez incesante de vibración.

La tuya es de estas.

En el camino que te indico hay promesas de íntimas é infinitas alegrías. No realizado nunca el ideal, queda siempre más y mejor por hacer. ¡Hermosa y florida vereda, sin espinas, sin sorpresas que asusten, sin agonías que destrocen!

¡Y qué terreno tan propio para este cultivo es nuestro querido Portugal! ¡Esa buena y hermosa tierra, cuántas miserias no oculta en su seno! ¡Pueblo infeliz!

El desmoronamiento de una creencia, sin la construcción de nada que la sustituya, da de sí esa paralización deplorable. ¡Qué prodigioso campo de operaciones para quien sepa y quiera dedicarse á la caritativa empresa regeneradora!

Es preciso ir á pedir al sueño fuerzas para la tarea matutina.

Adiós querida mía.

Te abrazo con ternura.

HERMANA SOLEDAD.

*
*
*

Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS

Londres, Enero.

Querido Enrique: Vas á caerte de las nubes.

Después de un silencio de más de dos meses, te llega esta misiva fechada en Londres. ¡Asombro!

Mayor será todavía cuando leas que estuve en París, en tu propia casa, en la *rue de Miromesnil*.

No te previne, queriendo traspasarte con una sorpresa completa. Y llego á París precisamente cuando habías marchado á Lyon para asuntos del *Crédit*. ¡Qué torpeza tan grande!

Sólo podía detenerme tres días en París, porque estaba comprometido á venir aquí á pasar la Navidad. Partí, como comprenderás, desesperado por no haberte visto y con la intención de escribirte apenas me asentase en las riberas del Támesis. Pero..... el hombre propone y Dios dispone.

Pasa ya de un mes que llevo la vida más agitada que pueda imaginarse.

Me envuelve un verdadero torbellino.

Y es casi seguro que sin la sugestión de la *gran novedad*, ni habría *sacado* los minutos precisos para emborronarte una carta.

Y la grande, grandísima novedad—la *archigrandísima* novedad, como diría el bueno de mi José Miguel, á estas horas furioso conmigo—allá va: *me caso*.

Pero vamos despacio.

¿No te asaltan ya ímpetus de llamarme *monstruo*?

Me defenderé.

Recapitulemos.

A fines de Noviembre recibí tu última.

Llevaba entonces en Lisboa la vida más estúpida para embrutecer un cerebro.

Deseaba estudiar, trabajar, tener ideas. La falta de dinero era, sin embargo, cada vez más manifiesta. El pensamiento tendía irresistiblemente hacia este lado; y ¡adiós letras, adiós inspiración!

Todavía pensé en esbozar una novela en que entrasen fundamentalmente rasgos autobiográficos, los suplicios de mi idiosincrasia—para hablar á la moderna. ¡Qué obra tan enfa-dosa habría sido!

En la calle mis pasos se dirigían infaliblemente á este ó aquel editor, á quien aún no hubiera consultado acerca de las *Nebulosas*. Por entonces dejaba ya una vez más al *Normal*, donde yacía en las tinieblas mi *Siglo de las luces*, el triste manuscrito que aguardaba siempre la definitiva sentencia de representabilidad ó no representabilidad.

Tu carta aconsejándome perentoriamente el matrimonio con la prima *Genoveva del Juncal*, me hizo á aquellas alturas alguna impresión. ¡Cómo me sentía reanimar en esos días, cuando regresaba por la tarde con el alma llena de desaliento y de despecho á mi cuarto vacío, falto de comodidades, silencioso, recordando el tranquilo y espléndido paisaje del *Juncal*!

Partí. Y, al partir, llevaba resoluciones definidas.

Le diría á Genoveva el prestigio que tenía sobre mí; le confesaría que ninguna mujer me había hecho todavía impresión comparable; que la juzgaba diferente de las otras, muy superior á todas. Tenerla por esposa sería dar á la realidad de mi vida el encanto arrobador de los mejores sueños. Y con entereza le explicaría, además, que no me era posible encerrarme para siempre en el *Juncal* divorciado del mundo.

Habría de convencerla de que la variedad es también, en todos sentidos, la salud de la vida, contribuyendo á dar vigor á las fibras del cuerpo y á la esencia primaria de los sentimientos.

Variar es condición indispensable para una vida saboreada. Le daría claramente á entender mi ambición de ver mun-

do, de estudiar la civilización en sus focos principales, en su íntima vida intelectual.

La naturaleza propia de mi carácter me pedía ser así, franco; exigíamelo la dignidad de ella.

Llegado al *Juncal*, el peligro creciente, en que me sentía apasionar locamente de ella, me hacía temer más lo posible y de seguro irreparable encierro en el *Juncal*.

No sé si esto será fácilmente comprensible á otra persona. Lo cierto es que un sentimiento agudísimo y contradictorio me torturaba entonces á cada momento, haciéndome ansiar una franca y decisiva *explicación*, tras la cual viese yo lucir en su mirada la alegría sin reserva de la mujer que se siente muy querida.

Mas ¿cómo tener expansión frente á una actitud más que nunca enigmática, encubierta, glacial, con la cual me recibía esta vez?

Aquel retraimiento soberbio era insufrible, si se considera además la supremacía que le daba el dinero.

En la sonrisa melancólica y al mismo tiempo desdeñosa que frecuentemente le pasaba por los labios, cuando vagamente insinuaba yo en la conversación el gran asunto de los viajes, de la vida intelectual, de los atractivos de la civilización, parecía como que saltaba traidora y malvada la ignominia de esta sentencia humillante: «Retírate, imbécil. No comprarás con mi oro un billete de los caros en el bazar de los goces exquisitos. Huye pronto, si no quieres oír mi gran carcajada de burla.»

Y huí. Aquella visión me enloquecía.

Al cabo de no sé cuantos días de un tormento indescriptible, huí del *Juncal* completamente desorientado.

Llegué á Lisboa en una noche muy fría, de lluvia torrencial; mi estado nervioso en aquella crisis no puede describirse.

En la mesa de trabajo esperábanme tres cartas: dos de letra desconocida, la otra de Londres.

Claro es que quedó ésta para el fin.

De las otras, una era de un editor, haciéndome para la impresión de las *Nebulosas*, una proposición irrisoria—rasguéla inmediatamente;—la segunda, de la gente del *Normal*, rechazando, por algunas razones que me parecieron fútiles y vagas, representar, á lo menos en la presente temporada, el *Siglo de las luces*. Me acuerdo de haber echado una imprecación furiosa que habría hecho estremecer, en su plácido oficio de prepararme la pobre cena, al bueno de José Miguel, si ya no estuviese de larga fecha habituado al estruendo de mi expansión colérica.

La tercera carta era de mi venerable tío lord Robert Duff. Contenía una orden de 80 libras con pretexto del *Christmas-gift*, acompañando á la más instante invitación para pasar la Navidad en Londres.

No habiéndome resuelto todavía á darme un tiro, ¿qué mejor cosa podía hacer? Me decidí en pocos minutos.

Un rayo que hubiese caído allí mismo, no habría asombrado más al triste de José Miguel.

Sólo tuve el tiempo de arreglar decentemente las maletas, y partí.

Y aquí estoy hace ya más de un mes, amigo Enrique, en la grandiosa capital, donde todo es grande y soberbio, donde la vida se hace de una manera verdaderamente vertiginosa.

Describirte con exactitud lo que en mí pasa ahora no me es posible. Comprendo perfectamente que se está operando una gran transformación en lo íntimo de mi sér.

Aquí huye el tiempo. Pasan los días, las semanas, en verdadero torbellino. Este clima convida á dormir hasta tarde; almorzamos cuando se calcula estar sobre nuestras cabezas el problemático sol que nunca vemos. Corriendo siempre, se visitan los Museos; se da la vuelta de la tarde por *Regent's Street* y *Picadilly*; inevitablemente hay uno ó más *teas* que nos esperan, y á que sería imperdonablemente *shocking* faltar. Después á comer, siempre á prisa—mucho carnero, mucho

faisán, mucha cerveza y mucho puding de tapioca sin azúcar.—En seguida, corriendo á los teatros, á las *soirées*. ¡Un delirio!

Hyde Park también impone despóticamente su derecho; entre semanas, por la tarde, en carruaje ó á caballo; los domingos á pie, después de misa.

Con este bosquejo, del todo exacto, espero haber justificado mi silencio, de que me habrás acusado. Ni el *bonus* de las veinticuatro horas dominicales, tiempo enteramente nuestro en Londres, por la imposibilidad completa de emplearnos en cosa que resida fuera de nosotros mismos—ni ese tiempo me ha sido dado gozar. Vas á verlo.

Ignoro todavía si por buena ó mala fortuna me aconteció en el momento mismo que llegué aquí, inspirar á *miss* Kate Duff, la más violenta, la más fulminante pasión que puede abrasar á un pecho femenino.

No, caro mío, no. Tú no puedes tener idea lo que fue desde el primer día, desde la hora primera, el incandescente amor de esta *miss*.

Ni el tipo de nuestra portuguesa, sensible y apasionada, y no obstante tímida, esquiva, recatada en su sentimiento, ni la espiritual y fina parisiense, de que verás ahí muchos ejemplares, pueden darte el menor vislumbre de este caso singular.

Llegué, fui visto y vencí;—tal es la divisa que de ahora en adelante podría yo adoptar, si en el aturdimiento en que todavía estoy, pudiese escudriñar á fondo si en todo esto soy realmente un *vencedor* ó un *vencido*.

Es muy difícil poner en claro ciertos casos de conciencia en que ésta vacila por un peso exagerado de argumentos contradictorios y por varias causas opresoras.

Llegué aquí completamente desarmado para resistir á los alicientes que me preparaba el destino malicioso. Venía directamente de una de las más tremendas luchas en que el hombre se revuelve desesperado en las torturas de la vida: el duelo del sentimiento de independendencia con toda la misera-

ble cohorte de privaciones materiales que envenenan la existencia de cada día.

Por lo común, no es la hipertrofia de la ambición lo que nos desnaturaliza; es la atormentada penuria del medio ambiente. ¡Una desdicha!

Ahora, reconstruye el cuadro como puedas. Llego aquí soberanamente fastidiado, casi del todo desilusionado de las alegrías del trabajo, propendiendo á la filosofía más pesimista, maldiciendo ser portugués y no tener un céntimo, viendo en el porvenir un piélago tenebroso, distinguiendo ya mal en las brumas del pasado el fugitivo paisaje del *Juncal*, ilusión vaga, como sumergida en la caótica amalgama de las impresiones que no vuelven. En un estado de alma semejante á éste, fué en el que subí la vasta escalera del palacio de *Lancaster Terrace*, soberbia morada de Lord Robert Duff.

La falta de esperanzas seguras anula en nosotros el impulso de la voluntad, siempre vacilante por falta de algún sólido punto de apoyo.

Me encontraba precisamente en ese estado anormal y apático en que el hombre vaga como sonámbulo, sin completa conciencia de sus actos.

Vamos á ver si puedo describirte con exactitud el efecto que en esta primera entrevista me produjo la prima Kate Duff, hoy oficialmente mi novia. Acostumbrados á las personas, nuestra crítica acerca de ellas se hace, después, de un modo enteramente distinto.

Aquella prima que en ese día me dió el más británico *shake hands*, sacudiéndome fuertemente el brazo derecho, como si, adivinando mi marasmo cataléptico, pretendiese desde luego llamarme imperativamente á la vida, me pareció entonces—debo confesártelo—un sér femenino muy poco deudor á la pródiga y bella naturaleza.

Alta, derecha, cutis macilento, con un mirar apagado de una gran movilidad, cabello abundante y claro, la prima Kate no me reveló, en aquel primer momento, un solo rasgo de

belleza comunicativa. A pesar de todo, rayaba en ella, atrayendo y monopolizando la atención, aquella especie de gracia convencional, adquirida en el trato constante de una sociedad, refinada cristalización en que la sonrisa alcanza muchas intenciones sutiles y en que la vivacidad de las palabras es sorprendente.

Pero el tono imperativo de la voz, y sobre todo, la sacudida y enérgica decisión de los movimientos, hacían impresión muy desagradable, retrayendo los impulsos de la simpatía. Era fácil adivinar en ella un espíritu absolutamente *gaté*, que pone en juego una voluntad absorbente, que desconoce obstáculos.

¿Quieres ahora saber cómo me trató desde luego esta original muchacha? Diciéndome á quemarropa que detestaba los hombres rubios de su nación; que el tipo peninsular fue siempre para ella la suprema encarnación de lo bello masculino. Claramente, sin el menor rebozo, me dió á entender en ese mismo día que yo había sido siempre, en mi doble cualidad de primo y europeo del Sur, el blanco á que se dirigían las ambiciones de su corazón.

Cómo se propagó desde entonces el incendio, no lo sé, no podría explicártelo.

Verdadera conflagración explosiva, me encontré de improviso envuelto en las llamas á las que el incansable aliento de mi prima Kate soplaba sin cesar, atizando el calor y engrandeciendo el resplandor hasta dar en la cara de toda la sociedad londinense. En mi inexperiencia de la psicología británica, ignoro absolutamente si el amor de una inglesa será siempre de esta fuerza, ó si esta impetuosa muchacha será la excepción, aun en su medio brumoso y aparentemente frío.

El amor así ostentado, pavoneándose ante los maliciosos ojos del público, pierde lo mejor de su casto y delicado aroma; pero nos envuelve en una atmósfera tibia y enervante, que nos perturba y nos vence.

Y aquí tienes como yo, sin todavía atinar bien con la ra-

zón de las cosas, me encuentro preso en las mallas cada vez más apretadas de esta dorada red, en los enmarañados hilos de esta trampa matrimonial.

Dicen que voy á casarme en breve.

Los principales periódicos londinenses ya lanzaron esta noticia á la rosa de los vientos de la publicidad. Debe ser cierto. Hasta creo que ya está marcado para el acto religioso el día treinta de este mes. A la boda seguirá una excursión por Escocia, atractivo nada despreciable de este himeneo.

¡Aún me parece un sueño todo! Hace poco más de un mes, no sabía yo nada de esto. Hoy me produce el efecto de haber pasado aquí una gran parte de mi vida. Y tal vez pase el resto de ella.

Para el juicio público vulgar, hago un óptimo matrimonio, un *matrimoniazo*. Se nada aquí entre dos mareas, la del dinero y la de la alegría.

Lord Duff me obliga á vestirme en casa del mejor sastre, á pagar las cuentas á fin de mes, manera delicada é ingeniosa de proveer desde luego espléndidamente á las pompas de mi guardarropa.

¡Qué vida esta, querido Enrique! ¡Qué bullicio tan distinto de todas mis perspectivas! ¡Tal vez también de todas mis tendencias!

No me dan tiempo para pensar, para escribir, para estudiar, para nada. Los días, tan breves en este cielo de humedad, pasan como relámpagos, buena parte de ellos dedicada á la imprescindible tarea de vestirnos adecuadamente á cada circunstancia. Baste decirte que las señoras, hasta en su casa, comen descotadas, y nosotros, los hombres de frac ó *smoking*.

Cuanto más miro á todo esto, más me parece ser presa de un fantástico sueño de que alguna vez he de volver.

¡Con qué allanadora presteza me arrolló esta gente para formar parte integrante de la familia!

El predominio absoluto de Kate en el ánimo de Lord y Lady Duff, son la única explicación verdadera de este caso

extraño. Le gusté, impuso su voluntad á los padres. Y en seguida surgieron para éste tu amigo, con lo imprevisto de las apariciones mágicas, las figuras cariñosas de dos suegros llenos de sonrisas y de *shake-hands*.

¿Cómo huir de esto? Imposible.

Kate tiene el amor exclusivo, despótico, absorbente y dominador. Me quiere junto á sí á cada momento, recorriendo en todos los tonos la gamma de la pasión.....

¡Pasión! No sé ya siquiera si debo considerar como *amor*, la excitación que me produce el constante revolotear de esta muchacha alrededor de mí en un círculo de intimidad, cada vez más cerrada, más invasora de mi libertad, más provocativa y enervadora.

No lo sé. Yo tenía del amor una concepción enteramente distinta; no este *show* ostentoso de que gusta hacer á *Kate* el introito de nuestro casamiento, situación que es ya á los ojos ávidos del público mucho más que una simple *flirt* y á la que mi carácter portugués atribuye una nota impúdica que me disgusta.

Y, á pesar de todo, en el momento actual, *Kate* ejerce sobre mí un poder como de fascinación, de que no sé librarme, y que me hace desear con alguna impaciencia el momento de llamarla mi mujer.

Con el tiempo, acabarán en mí ciertas tendencias meridionales para la psicología complicada. Presiento que este medio ha de volverme, tal vez en breve, mucho más *matter-of-fact* de lo que prometía lo que yo, con cierto tono poético, llamaba *mi naturaleza*.

Cada día que pasa, me siento anglicanizarme, mis cuellos son tan inflexibles como los de cualquier lord; al espejo me reconozco como perfecto *gentleman*, y en la dura lengua del gran *William* se notan ya prodigios de adelanto en las manos de mi profesora, mi novia.

Lo más curioso es que en este proceso gradual de transformación que se está operando en mí, siento como evaporarse

alguna cosa que no volverá y que me dejará—¡quién sabe si para el resto de la vida!—una vaga tristeza llorosa.

La vida es, siempre, soberanamente estúpida. ¡Tantos años corriendo alucinadamente tras de quimeras que nos hacen mil añagazas estimulantes, que al fin se deshacen en humo! ¿Llegará á realizar alguien esta tentadora visión, deliciosamente coloreada, que contiene en sí todo el encanto de los veinte años? Creo que no.

Sólo debe ser frecuente lo que me sucedió á mí, y esto aún en los casos llamados *felices*. Llegada la edad de la razón, parece natural dejar aparte quiméricos devaneos y aceptar con ánimo agradecido los dones de la fortuna, mucho más si tienen dureza metálica, propia para contundir susceptibilidades meticulosas.

Después de cierta edad es tontería ser idealista.

Siempre predominará la materia en la vida social. A ella nos hemos de inclinar de buen ó mal grado.

Para equilibrarnos en la vida, es preciso embrutecernos. La fría sonrisa del *viveur* es mil veces más triunfante que las ansias del fantaneador, del sentimental.

En esta sabia Inglaterra, la vida es movimiento incesante. A la luz de la filosofía utilitaria, la acción concreta ha de valer siempre mucho más que la meditación abstracta. ¡Excelente escuela de buen sentido, esta sombría y ubérrima Albión! Saldré de aquí—si salgo—con el estómago hecho para las felicidades succulentas, moderadas y juiciosas, en la fruición de las cuales se pasan las noches de un solo sueño muy pesado, equivalente al de la primitiva inocencia.

Entonces, cuando vuelva á mi tierra, seré un personaje. Me haré consejero ó vizconde; me propondré como director de compañías; me enfadaré con las incomodidades que hacen enojosa la vida en Lisboa; daré bailes de rumbo en que se coma y se beba mucho; y, con la hinchada superioridad de mi vientre bien tratado, miraré por cima del hombro á los pelagatos de la nueva idea.

No sé si encontrarás que he estado escribiéndote paradojas. Me encuentro nervioso. La proximidad del matrimonio me trastorna.

Ahora recuerdo. Estoy autorizado por lord Robert Duff para invitarte á la boda. Ven. Es de aquí á diez días, el 30.

Tengo la triste impresión de estar á punto de divorciarme completamente del pasado. Kate exige que lo olvide *todo*, y, que en absoluto, comience mi vida de nuevo. A veces siento con esto una amargura agudísima. Tu presencia, recordándome amigablemente mi existencia de portugués, me sería doblemente grata. Ven. Siempre tuyo de corazón,

HUGO.

Si escribes, no hables de Portugal ni de la gente de allá. Tomo lo más en serio posible esta obra de mi anglicanización.

*
* *

A HUGO SANTA ANA

LONDRES.

París, Enero.

Mi caro Hugo: ¿Qué he de decirte de tu carta, á que respondo inmediatamente? *On ne doit s'étonner que de pouvoir encore s'étonner.*

Agradecidísimo á la deferencia de lord Robert Duff, no asistiré, sin embargo á tu ceremonia nupcial.

¡Qué caprichosa y absurda es esta pobre humanidad! Hace meses era yo quien te aconsejaba el casamiento con esa prima Kate, que entonces me parecía solución definitiva y pronta para las dificultades de tu presente. Hoy la inesperada noticia que me trae el correo, me asusta, me espanta,—¿por qué no decirlo todo?—me irrita.

No soy un sentimental; ya lo sabes. Es de otro hilo del que me agrada ir desenredando cachazudamente sus grandes nudos en la devanadera de la vida.

Pero ¡qué diablo! este casamiento, dada tu idiosincrasia, toda hecha de viejo romanticismo lusitano, me dá qué pensar y puede dar por resultado un serio desastre.

Dejarte conducir así por una *miss*, ávida de amor, no sólo es poco varonil como efecto actual, sino que puede estragarte estúpidamente la vida toda.

Aparte de que, y en explícito portugués, gustarnos una mujer y casarnos con otra será siempre una solemne majadería. Y á ti, pobre pateta mío, te gustaba la prima portuguesa. Los despechos que resaltan de algunos períodos de tu última carta me confirman del todo en esta idea.

Me pides que no te hable de la *gente de Portugal*. Pero ¿de qué diablos quieres entonces que te hable? Por mi parte, quisiera poder traerte todavía al claro raciocinio de tus actos, á la evidente realidad de las cosas.

Casarse sin amor verdadero es corriente. El hábito de verlo practicado nos hace tomar el hecho como perfectamente natural. El amor viene después—llegan á aseverar ciertos espíritus acomodaticios y conciliadores. Y, venga ó no venga, es seguro que el mundo continúa inalterable en su giro. Y los cónyuges, con ó sin amor, allá se las arreglen; y hasta las más de las veces, desde fuera, parece correrles la vida con bonanza, sin tempestades. Con esta seguridad, la sociedad vota unánime por la felicidad de la pareja, confirmando los sabios vaticinios de la prensa periódica que previera en ambos, *esmeradamente dotados de corazón y de cabeza*, los elementos constitutivos de una eterna luna de miel.

Pero, chico, esto que por lo común, y dada la cristalización vulgar de la vida casera, apenas si es una trivialidad inofensiva, puede prestarse á tomar siniestras proporciones de desastre, teniendo en cuenta un temperamento apasionadizo como el tuyo, y manifiesta, además, la existencia de un latente amor peninsular.

Reconozco que en el camino por donde ahora vas es difícil retroceder. Pero no consentiré que eso me quite la franqueza,

impidiéndome decirte, con el corazón en la mano, lo que pienso.

Esperando que no cometerás la felonía de hacer ya á tu novia partícipe de tu correspondencia amistosa, diré sin rebozo mi impresión acerca de esa señorita.

Primero: riñe con la más rudimentaria noción del pudor femenino esa *manera* de amar en público tan á las claras y á toda máquina.

Esto, aun en medio de la original Inglaterra, no puede dejar de considerarse una idiosincrasia mórbida—me parece.

La *de novios* es siempre una situación detestable. Sería de temer que semejante uso hiciera asiento en las sociedades europeas. Ese aprendizaje es la más desastrosa práctica contra el amor.

El desgraciado que, durante meses consecutivos, pasa algunas horas de cada día en forzado *tête-à-tête* con la diosa de sus pensamientos, de su ambición mercantil ó de su capricho, blanco de las miradas indiscretísimas de todos los conocidos, si *ipso facto* no se vuelve idiota, es porque lo era ya del todo.

Esta, sin embargo, es una situación vulgar. Ahora, la que describes de tu *actualidad*, pasa con mucho los límites de la tontería común.

A toda hora, en todo momento, poniéndonos cerco, una mujer incandescente de pasión, exigiendo de nosotros la alta tensión de una máquina de vapor. ¡Abominable pesadilla! Y todo esto sin el menor recato de pudor, antes con la arrogancia belicosa y triunfante del general que tiene segura en la mente la maniobra de la próxima victoria campal. Perdona... pero esto entra en los dominios del hastío. Seré rudo por la franqueza, pero, ¿qué quieres? Me cuesta trabajo creer en la buena y sana cualidad del sentimiento que da de sí tales anomalías.

El sentimiento apasionado de una mujer puede existir noblemente, hasta elevarse á lo sublime; pero ha de vivir este amor con recato sobre sí mismo, guardando para los deliciosos

instantes de la intimidad *à deux* los secretos de su gentil y delicada expansión. Mujer siempre ansiosa de volver del revés las paredes íntimas de su corazón, alardeando de refinada sensibilidad, no deja de ser frívola, mediocre, *coquette*, tres cualidades que abomino, siempre que me da por tomar la vida en serio.

Ahora, el casamiento es de las pocas cosas serias de la vida.

Bien puede ser que Miss Kate Duff, transformada en Mrs. Santa Ana, venga á ser el ideal de esposas, proporcionándote la *eterna luna de miel*, de que tanto se habla en el periodismo de hoy. Sinceramente lo deseo y quiero que suceda.

Releva á mi amistad del desahogo, tal vez inoportuno, que acabo de tomarme en esta carta. Y consiente aún un consejo. No te dejes proteger desde el principio. Es importantísimo para ti que tu mujer advierta siempre de tu parte una fuerza que equilibre la suya y hasta la exceda á veces.

Como ya dije, no asistiré á tu casamiento. Miss Duff—tu *alter ego* ahora—me produce cierto embarazo, lo confieso. Ella te quiere desunido del pasado. Y yo, viejo mío, estoy en la raíz más íntimas de ese pasado tuyo. No ver acatados mis antiguos derechos me pondría de mal humor. Y sería demasiado *shocking*, que en una ocasión solemne en que es de ritual poner en juego las mejores sonrisas de la comedia social, presentara mi fea catadura. No voy. Espero que el destino, que á veces no arregla del todo mal las cosas, me permita, antes de pasado mucho tiempo, darte uno de aquellos buenos abrazos de nuestro *pasado*, que juzgo no podrá nunca ser olvidado por ninguno de nosotros.

Por lo menos será siempre el mismo tu muy amigo,

ENRIQUE.

Antero Moreira está de secretario en Londres. Fué para allá con su mujer. Debes haberlo encontrado.

CAÏEL.

(Se concluirá.)

POETAS AMERICANOS

LABORARE EST ORARE

**A la Sociedad de artesanos, amantes del Progreso
de Guatemala.**

La vida es ansia eterna: necesita
Dilatarse en los mundos de la idea,
Como águila caudal que en la infinita
Región de clara lumbre se recrea.

Breve es la dicha y el dolor es largo:
Lentas fatigas y afanoso empeño,
En ímproba labor y tedio amargo,
Muestran que no es la vida alegre sueño.

¡Vivir es batallar! Batalla ruda
Contra el mal, la ignorancia, el fanatismo,
Y ese negro fantasma de la duda
Que hace del alma poderoso abismo.

La de mármol pentélico orgullosa
Escultura de Júpiter preciada,
Fue en su origen humilde y silenciosa
Tosca piedra en olvido sepultada.

Fidias la toma; con su genio imprime
En el mármol la vida gigantea,
Y surge palpitante obra sublime:
Que el genio es como Dios, por cuanto crea.

Todo se informa y desenvuelve bajo

La eterna ordenación que rige el mundo:
La ley de la materia es el trabajo;
La del alma es el bien noble y fecundo.

¡Al trabajo con fe! La inteligencia,
Mariposa que viste regias galas,
Sólo á la luz que irradia de la ciencia
Puede tender sus misteriosas alas.

Halle la vuestra en el estudio grave
Consolador aliento que os abone;
¡Lo porvenir! Lo porvenir, ¿quién sabe?
De triunfos y de aplausos os corone.

Es el Progreso símbolo que encierra
La ley surgiendo del informe caos:
Si alta misión llevais sobre la tierra,
¡Obreros del trabajo, levantaos!

L. R. PEÑA.

Guatemala: 1900.

UNIÓN Y LIBERTAD

A la Patria Centroamericana.

¿Nunca podrá el poeta
Embriagado de amor y de esperanza,
Dejar la mente inquieta
Vagar por la ruseña lontananza
Del porvenir, en que la Patria bella,
Como en la noche esplendorosa estrella,
Rompiendo al fin el tenebroso velo
Derrame luz en el azul del cielo?
¿Siempre ha de ser su canto

Consagrado á la brisa y á las flores;
O con acerbo llanto
Nos hablará del pasajero encanto
De inocentes y plácidos amores?
¿Nunca podrá su lira
Cantar la libertad y el heroísmo?
¿Su pecho no suspira,
Su mente no delira
Con el fuego de ardiente patriotismo?
¡Sí! Que el sensible corazón del vate
Por todo lo que es grande se conmueve,
Y de entusiasmo generoso late
Por lo que un sello de grandeza lleve!
Tú, que diste á las aves dulce canto,
Música blanda al trasparente río,
Al fresco bosque misterioso encanto,
Verdura al prado y á la flor rocío;
Tú, que diste á los mares ronco acento,
A la nube arrebol y al cielo estrellas,
Soplo encendido al huracán violento,
Y arrullos á la tórtola que llora;
¡Vierte luz en el alma que te implora!
¡Alas presta á mi inquieto pensamiento!
¡Prueba á mi lira, inspiración sonora!
¡Quiero un canto que llene el firmamento
Para la Patria á quien mi pecho adora!
¡América del Centro! ¡Patria mía!
¡Paraíso gentil de los amores!
¡Cuán bella te soñó mi fantasía
Con tus bosques, tus lagos y tus flores!
¡Tierra de bendición y de alegría,
Si hoy vibra para tí mi lira inquieta
Recibe mis canciones de poeta!
¡Tuyo es mi corazón, tuya mi lira!
Yo he de ser tu cantor: que sólo tengo

Las tiernas frases que tu amor me inspira
Y que hoy humilde á consagrarte vengo!
Es sincera mi voz: de ello hago alarde;
No me halaga del grande el poderío
Ni el rigor de los déspotas me abruma,
Porque jamás el pensamiento mío
A los tiranos se rindió cobarde.
Nunca la adulación movió mi pluma:
Que envilecer no quise la poesía;
Y altivo, con indómita fiereza,
No inclino la cabeza
¡Sino ante Dios y ante la Patria mía!
¿Dó está la Patria legendaria y fuerte
Que un día, cual tesoro, recibimos,
Jurando defenderla hasta la muerte?
Esa herencia preciosa ¿qué la hicimos?
¡Ay! Rota, desgarrada,
Desde una noche de recuerdo triste,
Por los genios del mal despedazada,
Con fúnebre crespón de luto viste.
Así como después de la tormenta,
Pasada ya la tempestad violenta,
Brillante el sol y despejado el cielo,
Con tristeza infinita y hondo duelo,
Del mar en las orillas, nuestros ojos
Ven las tablas flotar abandonadas,
Tristísimos despojos
De la nave gentil que sucumbiera
En la tormenta fiera
Por las olas del mar arrebatadas;
Así también, cuando la calma vino,
Y cesaron del odio los rigores,
Ya cansado el destino
De agobiar á la Patria en sus dolores,
La vimos ¡ay! aparecer herida

Por la ambición y el crimen dividida.

¡Patria infeliz! ¿Qué hiciste en tu grandeza?

¿Dó está tu poderío?

Alzas en vano la febril cabeza

En tu horrible agonía: yerto, frío,

Tu cuerpo yace, y de tu antigua gloria

Apenas quedan restos impotentes:

Que tus hijos no guardan indolentes

Ni el recuerdo brillante de la historia.

¿De qué sirven la espléndida riqueza

De tus campos feraces cultivados,

Tu cielo azul radiante de belleza,

Los tesoros ingentes encerrados

De tu suelo fecundo en las entrañas,

Tus bosques seculares,

Y elevadas montañas,

Lagos serenos y profundos mares?

¡Oh dolor! ¡oh vergüenza!

¿No te entristece tu sopor profundo?

¡Patria! ¡Patria! ¡Comienza

A ser grande otra vez, y que oiga el mundo

Tu nombre! ¡El porvenir sonriente

Lauros apresta para orlar tu frente!

¡Alzate ya, que por divino rayo

Estás iluminada!

¡Sal de tu triste y lánguido desmayo!

¡Vé á recoger tu enseña abandonada!

¡Deja, deja á tus lágrimas de duelo!

¡De sultana y señora

Cíñete la diadema! ¡Eleva al cielo

De tu mirada la brillante llama,

Y volarás en alas de la fama!

¡América del Centro! Tus dolores

Acaben desde ahora!

¡Tus pueblos soberanos

Olvidan sus rencores
Y la sangre no quieren entre hermanos!
¡Atiende, pues, su voz atronadora!
En tí, mi Patria, con los ojos fijos,
¡Unión y libertad! piden tus hijos.

JOSÉ FLAMENCO.

Guatemala: 1900.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

SEGUNDO PERÍODO.—LA NOVELA.

Hemos recorrido los dominios del drama romántico, de la poesía lírica y de la historia, y en los dos últimos hemos visto al romanticismo triunfante.

Hoy tratamos de la novela, género en que el romanticismo no representa un adelanto, sino más bien una dirección falsa, una confusión ó error de rumbo; un extravío.

Al servirme de la palabra *extravío*, quisiera que fuese bien explicada por mí y bien comprendida por los que me leen. El extravío de un género, dentro de un movimiento tan hondo y de tan vitales consecuencias como el romanticismo, no es incompatible con la aparición, en el mismo género, de varias obras hermosas y dignas de admiración y aplauso, como la derrota de un ejército no es incompatible con los episodios heroicos y las bizarras acciones que lleve á cabo ese ejército. Hay que fijarse en que el romanticismo era una tentativa de renovación general, y aspiraba á hacer tabla rasa de lo vigente y establecido, trayendo á cada esfera y á cada orden de la producción artística y literaria nuevas formas é ideales nuevos, al par que exhumando los que yacían ocultos, según observamos en la arquitectura, donde el papel del romanticismo fue mera rehabilitación de los estilos gótico, románico y oriental. Cuando se emprende la tarea de renovar é innovar, el criterio para

juzgar del valor de la innovación es, ante todo, comparativo. Si lo nuevo supera á lo que reemplaza, la innovación era buena y lícita, y estaba en el orden de los sucesos. Si, por el contrario, lo nuevo aparece inferior y acusa decadencia; si, pasado el primer instante de sorpresa, gastado el peculiar goce que siempre causa la novedad, se advierte que no alcanza la perfección y riqueza de contenido de lo antiguo,—entonces hay un error fundamental de concepto en la dirección innovadora. Así se juzgan, no sólo las revoluciones estéticas, sino también las políticas.

En el romanticismo,—recuérdese que hablamos de Francia—la lírica y la historia son dos aciertos, dos páginas triunfales. Acaso no es dado al lenguaje humano ni á la inspiración celeste llegar más allá de lo que llegaron Victor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset en cuanto poetas líricos; y si recordamos la sequedad y pobreza de la lírica en el siglo XVIII, por comparación veremos más patente cuán providencial y necesaria era la renovación del lirismo. Como las victorias bien ganadas son siempre fecundas, los grandes poetas líricos que sucedieron á Musset, Hugo y Lamartine, los que aun viven hoy, tienen todos filiación romántica, más ó menos clara, pero real y efectiva; ninguno cuenta entre sus ascendientes á los rimadores del siglo XVIII: saben que proceden del Cenáculo y que no serían lo que son á no haberse bañado en las ondas del lago lamartiniano. Otro tanto puede decirse de los historiadores: las obras históricas de Voltaire, lo más lucido y sustancioso de la historia dieciochena en Francia, no hubiesen bastado para motivar la aparición de los Michelet y Thierry.

Pero en el teatro el romanticismo no tuvo más valor que el del cambio, que á veces conviene mucho sólo por ser cambio, aunque nada mejore. La tragedia clásica era superior al drama romántico; y esta afirmación, demostrada por trabajos de crítica seria y sincera, es una de esas verdades patentes á todos, que son á la estética lo que á las matemáticas los axiomas. De

estas verdades vive la crítica cuando se eleva á la altura de ciencia exterior y superior al antojadizo gusto personal, y cuando enseña al hombre á juzgar rectamente, aun contra las sugerencias de ese gusto, no depurado por la sensibilidad y la cultura estética. Los testimonios en favor de la superioridad del teatro clásico en Francia, son, no sólo una crítica ilustrada y serena, sino ese asentimiento de las generaciones, que á la larga presta consistencia de bronce al erguido pedestal de las obras maestras. Racine, Corneille, Molière, y un escalón más abajo Voltaire, son en Francia los triunfadores del teatro, y por eso hay que inscribir entre las derrotas del romanticismo el drama.

La novela romántica, ó al menos la que generalmente recibe este nombre, es otra derrota, ó como antes decíamos, un extravío, una desorientación, un error; pero por razones especiales, tuvo apariencias de acierto y aureola de popularidad, más duradera que la del drama. En el drama tenían que luchar los románticos con el recuerdo de glorias muy altas, muy puras, sancionadas por la tradición; en la novela, esa misma tradición, aunque existía, no se había definido, no ostentaba el rico barniz ó *pátina* del tiempo; y si antes del romanticismo poseía Francia perfectos modelos del género novelesco, no los consideraba tales, porque acababan de aparecer cuando la Revolución lo arrasó todo. La lucha entre la tragedia clásica y el drama romántico terminó con la muerte de ambos adversarios, y la revelación de otra forma nueva, mixta y de transición; nadie refrescó—ni era posible,—los laureles de Racine y de Molière. No así la novela, que sin ruido y á espaldas del romanticismo, y á veces á su sombra, pero no bajo su bandera, supo soldar la cadena de la tradición donde se había roto, para revestir una variedad y riqueza de formas, matices y tonos que probaron su vitalidad exuberante, su frondosa lozanía, haciendo de ella el género moderno por excelencia, el más comprensivo, el más amplio, el más hospitalario para toda clase de ideas y sentimientos—el poema universal de este

siglo, disperso en cientos de miles de estrofas entonadas por millares de voces.

La novela francesa anterior al romanticismo no era clásica; era otra cosa mejor: humana. No la sujetaron, como decía con palabras de oro Diderot, ni las reglas de Aristóteles ni los preceptos de Horacio; la parte que tuvo de clasicismo se derivaba más bien de la influencia del genio nacional en la prosa, en la lengua y en el pensar y sentir; por eso Francia contará siempre entre las joyas más ricas de su tesoro literario algunas insuperables narraciones de Voltaire, como *Cándido*, *Zadig* y *Micromegas*. Al lado de ese clasicismo que podemos llamar *espontáneo*, y que brilla en dos cualidades tan francesas como la elegancia de la forma y la diafanidad del pensamiento, encontramos, desde el siglo XVIII, anticipadas todas las direcciones de la novela que han de sobrevenir. La tierna é inconsciente *Manon Lescaut*, del abate Prevost, ¡qué posteridad va á tener en las infinitas Magdalenas más ó menos arrepentidas, desde *La Dama de las Camelias*, de Dumas hijo, hasta la recientísima *Thais* de Anatolio France! La lírica *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo Rousseau; ¡qué serie de estudios pasionales va á inspirar! ¡Qué sartas de corazones doloridos y despedazados va á enhebrar cual perlas por el hilo de una prosa espléndida, tan sugestiva como los mejores versos! En cuanto á Dionisio Diderot, los novelistas contemporáneos reconocen en él su maestro y guía.

Prescindiendo de ciertos lunares con que la impiedad y la lubricidad de su época afearon las páginas de *La Religiosa*, de Diderot, es imposible narrar con mayor sentimiento y más fuego que aquel escritor desigual é impetuoso, aquel formidable *Pantófilo* que producía á la vez que la enorme *Enciclopedia*, paradojas y teorías estéticas, primorosas novelas y cuentos, dramas, ensayos históricos, y que hasta, por escribir, con largueza inconcebible escribía las obras de los demás. Entre los cuentos de Diderot, hay uno que, enteramente moderno en la intención, recuerda sin embargo una de las mejores novelas

ejemplares de Cervantes, *La Tía Fingida*; me refiero al titulado *Madama de la Pommeraye y el marqués de Arcis*, cuyo argumento ha servido para el drama *Fernanda*. Al final de esta encantadora historia, clásica en la forma y humanísima en el fondo, es donde Diderot, que sabía profetizar y adivinar, y que predijo exactamente los futuros destinos de la poesía lírica, escribió estas palabras, muy significativas entonces: «Si he pecado contra las reglas de Aristóteles y de Horacio, en cambio he referido este suceso tal cual ocurrió, sin quitar ni poner.»

Desde mucho antes del advenimiento del romanticismo, poseía, pues, la novela francesa modelos, no clásicos, sino realistas, psicológicos, humanos y libres. Cuando el romanticismo asoma, la novela que inspira es, en resumen, poesía lírica, escrita en prosa: la ráfaga del lirismo, que ya hacía palpitante las páginas de la *Nueva Eloisa*, sopla, mansa y dulcemente, en el fresco idilio de *Pablo y Virginia*, más puro y sentimental que el de *Dafnis y Cloe*. Vibrantes poemas líricos son también la *Atala* y el *René*, de Chateaubriand. Durante el primer período romántico, la prosa servía de válvula al lirismo, hasta que pudo derramarse á sus anchas en las estrofas de Lamartine y Víctor Hugo. Mucho tienen de líricas también, por lo de autobiográficas, la *Corina* y la *Delfina* de Madama de Staël, y lirismo puro es el *Rafael*, de Lamartine.

La corriente lírica en la novela, bajo el romanticismo, procede de *Werther*, y se manifiesta con igual fuerza sugestiva y con esa especie de maléfico y perturbador hechizo que se nota en el poeta alemán, no sólo en el caso morboso de *René*, sino en dos libros menos conocidos en España, y que son dos obras maestras: el *Adolfo* de Benjamín Constant y el *Obermann* de Esteban Senancourt.

Benjamín Constant, el más francés de los suyos, la antítesis del formal Sismondi, no se parece en nada al tipo del novelista de oficio en estos últimos veinticinco años: hombre que lleva á cuentas el deber profesional y sale á caza de documen-

tos, de descripciones, de colores y de formas, atiborrado de teorías estéticas, y constante y metódico en la producción. Sólo por casualidad fue Benjamín Constant novelista. No se dedicaba á la amena literatura; inclinábase á los estudios serios: había cursado filosofía y ciencias en Inglaterra y Alemania; escribía libros graves, de historia religiosa, y folletos políticos de gran resonancia; ardiente tribuno y orador, sus compañeros le evitaron el destierro que le impuso Napoleón al mismo tiempo que á Madama de Staël; y sus inconsecuencias frecuentes ni amenguaron su popularidad, ni impidieron que á su muerte el pueblo quisiese llevar al Panteón sus despojos. Con todas estas circunstancias, Benjamín Constant apenas obtendría dos renglones de mención en las historias de la literatura, si no acierta, en un momento de efusión lírica y de doloroso subjetivismo, á emborronar la breve novela titulada *Adolfo*.

El origen de *Adolfo*, como el de las *Noches*, de Alfredo de Musset, es un desengaño amoroso, menos cruel, aunque mortificante para el orgullo. Seguía Benjamín Constant la estela de Madama de Staël, aspirando á casarse con ella en segundas nupcias, y vióse desairado en esta lícita pretensión, contestándole festivamente la gran escritora que mudar ella de nombre sería desorientar á Europa entera. Constant tenía amor propio y le hirió la negativa, y más aún el motivo que alegaba una mujer de quien se creía preferido; y, por despecho, se dió prisa á unirse en matrimonio con una dama alemana de altos blasones. Toda esta historia, con muchos pormenores tragicómicos, v. gr., el conato de envenenamiento de la esposa de Benjamín Constant, es pública por indiscreciones de Sismondi, que recogió con fruición Sainte Beuve, fiel á su sistema de que, para juzgar acertadamente á los escritores, es preciso conocer al dedillo su vida privada, y muy en especial sus amoríos: sistema que otro crítico ilustre llamó «hacer la historia de los grandes hombres con el catálogo de sus pequeñeces».

Tal episodio, que bien puede referirse en el estilo poco serio que emplea Sainte Beuve, no sería bastante para engendrar en otro hombre el tedio mortal, el hastío árido y desolador que se desprende de las páginas de *Adolfo*. Igual reflexión ocurre acerca de *René*: es preciso que un alma sea de condición especial para que desilusiones que todos sufren alguna vez, inspiren esas elegías, esas rebeliones contra la ley del destino y ese descontento satánico y rabioso. *Adolfo* se escribió en 1814, aunque no se publicó hasta 1816, y su autor, según la costumbre de entonces, lo había leído manuscrito á varios amigos y en tertulias íntimas; se hablaba del libro, se comentaba antes de que apareciese. El asunto, sencillo y amargo, es un caso de pasión; pinta dos caracteres, el de una mujer constante y apasionada, y el de un hombre aburrido y gastado por dentro, enfermo del mismo mal de *René*, el famoso mal del siglo: hombre desecado por el análisis, helado antes de la vejez, que quisiera sentir y no puede, y en cuyas manos todo se marchita. Había en *Adolfo*, en la elegante sobriedad de su refinada prosa y en la contenida vibración de su sentimentalismo, arte suficiente para dorar la verdad; y había también lirismo sincero bastante para infundir esa simpatía que adivina el drama real al través del velo de la ficción. *Adolfo* fue, pues, de esas obras afortunadas en que una generación ve su retrato fiel y exclama: «Así sufría yo, así sentía, pero no sabía expresarlo.»

A la misma familia intelectual y moral de *René*, de *Werther* y de *Adolfo* pertenece el *Obermann*, de Esteban Senancourt. No falta quien prefiera al altanero *René*, otro hijo desdichado de nuestra edad, que «ni sabe lo que es, ni á qué aspira, ni qué anhela; que llora sin causa, que desea sin objeto, y para quien nada es como debe ser, sino que todo está fuera de su lugar y en el mundo sólo reina el tedio, sentado entre la anarquía y el desorden». En esta desolación incurable, á la legua se trasluce el discípulo de Juan Jacobo, doblemente contaminado por tan peligroso maestro, porque la Na-

turalaleza le agració con una complexión endeble y un alma nebulosa y triste como un día de lluvia. Senancourt era un muchacho enfermizo, á quien las vagas melancolías de la pubertad llevaron al seminario, y á quien, una vez reconocida la deficiencia de la vocación eclesiástica, quedó siempre, como marca de ella, el retraimiento, la afición á la soledad. Esta clase de hombres llevan la desgracia en el carácter; se suicidan imaginariamente todos los días, y nunca acaban de reconciliarse consigo mismos. *Obermann*, inferior á *Adolfo* por el estilo y el análisis—Constant era mejor literato y tenía más experiencia del mundo—es tal vez superior por la sinceridad y franqueza con que el novelista descubre su alma ulcerada. *Obermann* pudo ser el modelo de *Adolfo*: se publicó en 1804, dos años después que *El Genio del Cristianismo*, donde iba incluido el episodio de *René*.

Bien se ve que estos primeros novelistas románticos pertenecen al lirismo subjetivo, y tienen, como diría Baudelaire, los ojos atractivos y fascinadores de un retrato. Nos interesan porque, hacia donde quiera que nos volvamos, nos miran fijamente. No hablan sino de sí mismos; narran su corazón y es bastante. Invaden las letras como legión de egoístas sublimes, repitiendo la frase del maestro Juan Jacobo: «Yo no me parezco á los demás; yo no soy como las otras personas...» Penetran en el alma como una cuchillada en las carnes, y afirman su *yo* insolente y altivo, ó quejumbroso y doliente, enseñando con arrogancia á la multitud el corazón ensangrentado. La impersonalidad que más adelante veremos proclamada como canon del arte de hacer novelas, por Flaubert y por Zola, es la reacción contra estos novelistas que mendigaron simpatía ó emoción, así como la impasibilidad de los parnasianos es otra protesta contra los poetas que, á ejemplo de Lamartine y Musset, confían á la grosera muchedumbre el secreto de su ideal.

Más tarde que esta dirección lírica despunta en la novela, respondiendo á una necesidad general, la dirección épica. Los

que pueden comprender y compadecer libros como *René*, *Adolfo* y *Obermann*, son siempre la minoría: un público formado por la juventud, las almas ardientes y soñadoras, pre-dispuestas al contagio del lirismo. La mayoría, masa anónima é indiferente, ávida de distracción y de novedades que hagan olvidar la procesión del tiempo y el peso de la vida, esperaba la novela narrativa, el tipo normal y mediano de la novela; y la muchísima gente á quien interesaban los problemas políticos y sociales, aguardaba la novela de tesis. Por un momento agradaron á los lectores las novelas de Madama de Souza, Madama de Krudener y Madama Cottin, aquella á quien Barbey d'Aurevilly, furibundo detractor de literatas, llamó «inspiradora de todos los relojes cursis de sobremesa». De las tres fue sin duda Madama Cottin la que consiguió más fama y lectores, y hasta mereció la gloria de que Chateaubriand se inspirase en su *Malek-Adel* para la figura del *Ultimo Abencerraje*; sin embargo, nada escribió la Cottin tan romántico y sentido como la *Valeria* de la exaltada profetisa Madama de Krudener. Recibíanse entonces como el maná ficciones que hoy parecen lánguidas y soporíferas, y cuando el mediocre novelista Fieveé daba á luz una sencilla narración, *La dote de Susanita*, el hecho adquiría proporciones de acontecimiento, las ediciones se sucedían agotándose rápidamente. Los hábitos intelectuales del pueblo francés le preparaban á exigir el pan cotidiano de la novela; pueblo de sana razón y de prosa, el lirismo poético sólo podía dominarle por accesos y á favor de las circunstancias.

Ya despuntaba en estos primeros tiempos del romanticismo un escritor ramplón y pedestre que no tiene significación artística, pero sí una caracterizada fisonomía nacional: me refiero al verde y jocoso Pablo de Kock, que en sus defectos y cualidades lleva el sello del prosaismo parisiense, y cuya literatura grotesca y bonachona está cortada á la exacta medida de clases sociales que ya no son el pueblo de antes de la Revolución: clase mesocracia, llena de sentido práctico, privada

de alto instinto estético, y tan dispuesta á llorar en el melodrama y á embelesarse con la inventiva de Ponson du Terrail y Montepin, como á descalzarse de risa con las travesuras de *Gustavo el Calavera* y otras ficciones cuyo solo nombre lastimaría los oídos menos delicados. Si algún elogio puede hacerse de Pablo de Kock, es que en sus cuadros existe un realismo burdo y bajo, es cierto, pero que todavía puede comprobarse viajando por el interior de Francia ó recorriendo ciertas zonas honradas y atrasadas de París.

Antes de llegar á la novela épica y á sus representantes, debo aclarar un punto cronológico. En historia literaria no hay nada más engañoso que la cronología. En el período de 1825 á 1840, cuando ensordece el aire el estrépito de las ficciones de Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Eugenio Sué, es cuando también florecen y cunden otros géneros de novela bien distintos, algunos de ellos—anuncio de tiempos nuevos—en que el romanticismo novelesco será gloriosa memoria. Antes de la época llamada de transición, que suele fijarse hacia mediados del siglo, la transición existe; no es esperanza, sino realidad madura y sabrosa. En 1826 aparece el *Cinq Mars*, de Alfredo de Vigny, tan concienzudo en materia histórica como era desenfadado Alejandro Dumas. En 1834, Teófilo Gautier, en la plenitud de su talento y jefe de la escuela cismática del arte por el arte, da á luz *Mademoiselle de Maupin*. Un año antes, publica Sainte Beuve su extraña novela erótico-teológica *Voluptuosidad*. Y de 1827 á 1830 nacen, es verdad que entre la indiferencia del público, las mejores obras de Stendhal, y poco después las impecables narraciones de Próspero Merimée. Los maestros que acabo de nombrar, aunque en el tiempo coinciden con el apogeo de Dumas y Sué; aunque alguno de ellos bajó al sepulcro antes de que se conociesen las últimas novelas de Hugo, son de otra generación artística, son á la vez más modernos y tradicionalistas: enlazan la novela francesa, gloria de este siglo, á la que fue encanto del siglo XVIII; continúan á Voltaire y Diderot, y siguen á Rousseau

en la tarea de escrutar el corazón humano y estudiar las pasiones. Aunque no les falten resabios de romanticismo (los han tenido los naturalistas más crudos), ni Stendhal, ni Merimée, ni el mismo Gautier, son verdaderos novelistas románticos de escuela; y el gran *Teo* sería capaz de volver á morir de rabia si sólo un instante le metiésemos en docena con Sué y Dumas padre, escritores sin estilo y laxos como redes de pescar. A los otros hay que considerarlos aparte, según desearon y merecieron.

No sólo por orden de fechas, sino por derecho, que en este caso puede llamarse divino, pertenece á Víctor Hugo el puesto de honor entre los novelistas románticos. Si Alejandro Dumas, padre, le vence en el drama, en la novela sería agraviar á Víctor Hugo equipararle al autor de *El Conde de Montecristo*. En el teatro, la magnificencia del estilo, la calidad superior de la fantasía artística, no pueden reemplazar á la acción, al interés, al movimiento dramático y á la variedad y originalidad de las situaciones y caracteres. Víctor Hugo es un estilista y un poeta inmenso; pero Dumas es un fecundo é inagotable inventor, aunque vista sus invenciones el ropaje de una prosa incolora y fluída. Parece que Alejandro Dumas, hijo,—que también fue acusado de usar mala ropa,—explicaba la decadencia rápida de la nombradía de su padre por las deficiencias del estilo, mirra que embalsama y conserva las obras literarias, que, sin estilo, caen hechas polvo. Tenía razón: aunque se hagan viejas las tesis de las novelas de Hugo, viven y vivirán por el arte, por la factura á trechos maravillosa, por las galas de lengua y poesía que las enriquecen.

Repasad la serie de las novelas de Víctor Hugo, y notaréis que son verdaderos poemas épicos; lo único que falta es la rima. Nadie desconoce que, v. gr., *Nuestra señora de París*, como epopeya, se deja muy atrás á la *Leyenda de los siglos*, á la *Piedad suprema*, y á otros poemas en verso que son, á pesar de algunas bellezas, rapsodias de muy penosa lectura. El don que poseía Víctor Hugo de agigantarlo todo, de ver en una

gota de agua reflejado el universo, nunca brilló como en sus novelas, *Los trabajadores del mar* ó *Los miserables*. Esta tendencia á la epopeya y al símbolo, y á que ideas y figuras revistan proporciones colosales, se revela cada vez más en las novelas de Hugo, que empezaron narrativas y dramáticas y acababan apostólicas y apocalípticas, con himnos á la caridad universal, con la apoteosis de los pobres, los abandonados y los humildes, y el vaticinio del triunfo final del bien y la luz sobre la maldad y la ignorancia: filosofía muy semejante á la contenida en el *Evangelio Eterno*, del célebre abad Joaquín de Flora, que tantos prosélitos tuvo en la Edad Media.

Las primeras novelas de Víctor Hugo son más sencillas, y más conformes á lo que por novela solemos entender: una de ellas, *Bug Jargal*, puede pasar por modelo: el poeta la escribió á los diecisiete años, cuando las reglas y tradiciones clásicas sujetaban aún su impetuosa fantasía. Los vuelos de ésta se notan ya en la siniestra figura del bebedor de sangre *Han de Islandia*, y en las espeluznantes páginas de *El último día de un reo de muerte*, estudio digno de una clínica donde se disecca, no el cuerpo, sino el alma, lacerada por el terror y presa del vértigo ante el más allá que asustaba á Hamleto. Esta obra no merece el olvido en que yace: es de un vigor dantesco, y pocas veces habrá conseguido Hugo unir tan estrechamente la concisión y la energía. El asunto es fúnebre, y humanitario el fin: Víctor Hugo inicia allí la campaña contra la pena de muerte, que sostuvo después en la tribuna parlamentaria. Fue siempre en Víctor Hugo, desde los días de la juventud, una obsesión fatídica, una especie de constante escalofrío, la idea de la muerte. En sus versos ha registrado Brunetière numerosos pasajes, donde se nota el estremecimiento de horror que le sobrecoge al pensar en el desenlace inevitable de la vida, sobre todo desde que pereció ahogada una hija del poeta. En el espanto que le infundía la muerte era sincerísimo Víctor Hugo. Sin duda opinaba, conforme con nuestro Espronceda, que la palabra *inmortalidad* es una de las

muchas consejas con que entretenemos al Génio, tan niño como el Amor.

Para obtener eso que decimos inmortalidad, no necesitaría Víctor Hugo haber escrito versos: le bastaría *Nuestra Señora de París*. Un aspecto del romanticismo, el más genuino y universal, está condensado en lo que no sé si llamar novela ó poema incomparable. Hay naciones donde el romanticismo fue sobre todo el regreso á la tradición y la exhumación del pasado poético y glorioso: España se cuenta en el número de estas naciones, por lo cual ha visto en Zorrilla la expresión más cabal del espíritu romántico. Alemania y Escocia también sintieron el romanticismo, principalmente desde el punto de vista histórico y leyendario, como corriente épica: las nieblas y las baladas, las ondinas y las Loreleys del Rin, los héroes de cota de malla y mano de hierro, las retortas y alambiques de Fausto, las ruinas de las abadías y las almenas vestidas de hiedra de las torres, Goethe, Schiller, el falso Osian y Walter Scott, son el romanticismo en sus fuentes primitivas, nacionales. Francia, tan romántica en la Edad Media, aunque se transformase después por la unidad monárquica y el clasicismo, tenía esta misma veta, que hasta Víctor Hugo nadie había sabido explotar, excepto Alejandro Dumas en algún drama histórico. Estaba reservado á Víctor Hugo reunir en una obra admirable de forma y expresión el sentimiento histórico, el religioso y el arqueológico; ahondar bajo el suelo y revelar un mundo.

Hay, entre las impresiones estéticas, una que ha sido descrita por los artistas de la palabra con mágica frase y saboreada en silencio por los que yo llamaría poetas mudos: es la que causa una solitaria catedral. Solemne y mística emoción se apodera del que, al caer la tarde, se pierde en las naves, á la sombra de los pilares majestuosos, en cuyos capiteles de hojarasca quiebra sus luces multicolores el calado rosetón florecido y abierto sobre el muro como una rosa celestial! Hubo, sin embargo, un tiempo en que las piedras nada decían

al alma del hombre; en que hasta el poeta pasaba indiferente bajo las bóvedas, y en que ni el oro amortiguado de los retablos, ni el aéreo encaje de las agujas, ni siquiera la voz del órgano, despertaba en su espíritu los prolongados ecos que hoy despierta; antes al contrario, suscitaba repugnancia y enojo contra los siglos de barbarie que alzaron esas torres y prolongaron esas ventanas ojivas y grabaron esos capiteles historiados y simbólicos. La impresión deliciosa, tan dulcemente sentida por Bécquer y tan magníficamente sugerida por Zorrilla, no es espontánea: requiere una educación, una preparación literaria y artística; semeja operación de las cataratas de la fantasía, que abre sus ojos á la claridad misteriosa de un ideal. Antes de *Nuestra Señora de París*, padecía Francia de ceguera; ciego estaba Chateaubriand, que hablaba tan torpemente de la arquitectura gótica; ciegos los pintores, los escultores, los arquitectos, los demolidores vandálicos de iglesias, abadías y castillos. Víctor Hugo, anticipándose á los arqueólogos eruditos y á las pacientes y científicas restauraciones de Viollet le Duc, descubrió las encantadas regiones de la Edad Media y dió un nuevo continente á la fantasía. El poeta presintió lo que habían de confirmar los sabios. El cenáculo romántico, que por las noches de luna corría á contemplar, bañados en olas de plata, los endriagos y alimañas fantásticas de las balaustradas de *Nuestra Señora*, y se extasiaba ante las gárgolas y cresterías, ante las agujas de filigrana y los pórticos de rica imaginería y bordadas archivoltas, practicaba el rito de un nuevo culto, que hoy siguen todos los pueblos civilizados.

¡Cómo vive y con qué extraña vida imaginativa la catedral de Víctor Hugo! Más que las pintorescas figuras de Claudio Frollo, de Cuasimodo y de la Esmeralda, la anima el pueblo que hierve y bulle en sus naves, prestando á las piedras el calor de la historia y del sentimiento; los mendigos y los nobles, los truanes y los arqueros, el populacho fanático, ingenuo, pueril, apiñado en torno de la picota ó embelesado ante

las danzas de la gitana. La idea de la fatalidad, del *Ananké* terrible, que algunos censuran, es en mi concepto la impresión profunda de la Edad Media, en que fuerzas ciegas preparan el porvenir y empujan los sucesos. En *Nuestra Señora*, Víctor Hugo cumple su programa: lo grotesco realza lo sublime.

Al lado de *Nuestra Señora de París*, las novelas que escribió Víctor Hugo desde el destierro, después de un interregno de más de treinta años, me parecen de inferior importancia. Son también poemas épicos; el procedimiento es el mismo de *Nuestra Señora*, el objeto distinto: *Nuestra Señora* nació de la imaginación, la facultad maestra de Víctor Hugo, y *Los Miserables*, *Los Trabajadores del mar* y *Noventa y tres*, se elaboraron en su conciencia reflexiva; son novelas de intención, de tesis; aspiran á llenar un fin moral y humanitario. Los personajes,—el rudo pescador Gilliatt, el convertido Juan Valjuan, la mísera Fantina, el feroz é incorruptible Cimourdain,—abstracciones que encarnan una idea colectiva. El más humano es quizá Monseñor Bienvenido, en quien rebosa esa alegre y sencilla efusión de amor y caridad, representada en la Iglesia por San Francisco de Asís. Juan Valjuan, el presidiario, es la obscura conciencia humana alumbrada por la contrición y la penitencia. Estas dos figuras, hijas del cristianismo, que, á pesar de Víctor Hugo guiaba su pluma á los grandes aciertos, son otro título de gloria que debemos sumar al de *Nuestra Señora de París*. Del capítulo *Tempestad bajo un cráneo*, en que Valjuan sostiene consigo mismo tremenda lucha antes de abrazarse á la cruz de la expiación, dice una pluma bien poco caritativa, la de Carlos Baudelaire: «Páginas tales son orgullo, no sólo de la literatura francesa, sino de la literatura de la humanidad pensante. Es honroso para el hombre racional que esas páginas se hayan escrito, y mucho habría que andar para encontrar otras análogas, donde se exponga, de tan trágica manera, la espantosa casuística grabada desde el principio del mundo en el corazón del hombre universal.»

La tesis optimista de *Los Miserables* es algo más que una vulgar petición de pan y trabajo. Se aboga allí, no sólo por los que padecen hambre y sed, sino por los que la miseria envilece y deshonra: seres que un novelista ruso llamó *humillados y ofendidos*. En su propaganda de caridad moral, Hugo se adelantó á los grandes misericordiosos de nuestra edad, al Conde León Tolstoi y á Dostoyeusky; y antes que éste alzase del fango al asesino y la mozuela de la calle, Víctor Hugo rehabilitaba por el amor maternal á Fantina y por la confesión y la expiación al presidiario Valjuan. Existen más afinidades de las que se cree entre Tolstoi y Víctor Hugo: ambos detestan la letra y ensalzan el espíritu; ambos condenan las instituciones y exaltan la virtud del individuo, oprimido por ellas.

Hay en las novelas de Víctor Hugo cuadros de tan enorme fuerza, que hace daño y deslumbra como la visión apocalíptica; y otros encantadores, por ejemplo, la odisea de los niños en *Los Miserables*. Lo primero abunda más: recuérdese la lucha de Gilliatt con el pulpo, en *Los Trabajadores del mar*; el terrible toque de rebato que no se oye, pero se ve, en *Noventa y tres*; y en la misma novela el cañón suelto dentro del buque, y la guillotina levantada frente al torreón feudal. Este torreón es una persona, tiene alma. Cuando los soldados de la República lo asaltan, parece que muerde, que se retuerce y que ruge. Aunque *Noventa y tres* no ha obtenido la celebridad que *Los Miserables* y *Los Trabajadores del mar*, tal vez presenta con mayor energía la manera de Víctor Hugo.

Obsérvase un caso curioso muy frecuente en literatura: y es que dos grandes escritores rivales y que se contradicen, coinciden, sin embargo, en un aspecto esencial de su genio, y sin quererlo, y aun repugnándolo, siguen el mismo camino y van á parar al mismo fin. En apariencia, nada más opuesto que Víctor Hugo y Emilio Zola. Representa el uno el poético romanticismo y el señorío de la dorada y espléndida imaginación: el otro la realidad y el triste plebeyo naturalismo. Son

dos jefes de escuela y de escuela enemiga: para que el uno suba, el otro tiene que descender; dos astros que no pueden estar juntos en el horizonte; se detestan, se excomulgan, se denuncian recíprocamente como un peligro para las letras ó una ignominia del arte. Diríase que se rechazan cual el aceite y el agua; que representan lo irreconciliable, los antípodas. No sé si los críticos franceses habrán observado que los supuestos adversarios tienen muchos puntos de contacto, y lejos de contraponerse como la poesía y la prosa, se encuentran en la senda del poema épico, según lo quiere nuestra edad. Las novelas de Zola, especialmente las últimas, ofrecen singular semejanza con las de Víctor Hugo. Unas y otras pasan de los límites de la novela propiamente dicha, y suenan á cantos épicos en prosa, que, á su manera, sustituyen á las heroidas antiguas, rimadas y con intervención de las máquinas sobrenaturales. La epopeya militar y heroica ó cosmográfica ó burlesca, *La Araucana*, *Las Luisiadas*, *La Henriada*, *La Gatomaquia*, se vuelven sociales, y llámanse ahora *Los Miserables*, *Los Trabajadores del mar*, *Germinal* ó *La Derrota*—que también las derrotas son heroidas.

En Zola, como en Víctor Hugo, se advierte la tendencia, no sólo al personaje simbólico y genérico, sino al protagonista impersonal. ¿Quién es el verdadero héroe de Nuestra Señora de París? Ni Cuasimodo, ni Frollo, ni la Esmeralda, sino la catedral. ¿Y en *Los Trabajadores del mar*? El Océano. ¿Y en *Noventa y tres*? La Revolución y la Vendea, el torreón y la guillotina. Observad lo mismo en Zola: sus personajes principales son ya los mercados, ya un almacén de novedades, ya un tren en marcha, ya una mina llena de trabajadores, ya un huerto inculto, ya la tierra, ya una vasta capital, y siempre la muchedumbre, lo colectivo, sobreponiéndose al individuo y anulándolo, y siempre el lirismo queriendo romper la corteza épica,—el lirismo indestructible, el *cáncer*, según confesión de Zola.—La observación minuciosa, vigorosa y hasta prolija de la realidad eterna, no es más que la cubierta del método

de Zola; las crudezas, porquerías, obscenidades y brutalidades, procedimientos retóricos, que también encontramos en Víctor Hugo, el cual, como sabemos, trajo la novedad de llamar á las cosas por su nombre y de igualar á las palabras gordas, apicaradas y plebeyas con las palabras aristocráticas, selectas y cultas. Si leemos primero *Los Miserables* y después *Germinal*, esos dos himnos á los desheredados y á los que sufren, percibiremos la conformidad del talento en dos hombres que mutuamente se desdeñaron: así la Naturaleza hace que se parezcan como dos gotas dos hermanos fratricidas.

Si fuese dable extenderse todo lo que pide el asunto, me agradaría motivar y explicar la aparente contradicción entre las alabanzas que á Víctor Hugo tributé y los reparos que con gran benevolencia le puse. No disponiendo de mayor espacio, al dar por terminado este rápido estudio, comprendo la necesidad de concretar en un juicio breve mi opinión total sobre el poeta y el escritor que ha llenado el siglo y pasará á los venideros; y teniendo la suerte de encontrar este juicio, bastante conforme con el mío, en un libro de D. Juan Valera, no haré más que trasladarlo, con provecho y ventaja del lector.

Antes de formular ese juicio, Valera, en los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, empieza por hacer una divertida anatomía de las ideas y el estilo de Hugo. No cabe más ática ironía, más fina y mordaz intención satírica, que la de Valera al pintar á Hugo apóstol, príncipe, emperador y pontífice de los románticos, y al fustigar su afectación, su amaneramiento y sus inaguantables extravagancias, que, según frase de Valera, abundan más en sus obras que las amapolas en Julio, en mal escardada haza de Andalucía. Citaré el párrafo para que se aprecie su tono de indulgente severidad: «Imposible parece que el que ha sabido escribir los más hermosos versos de que pueda jactarse Francia, haya podido acumular tanto delirio, tanta rareza, tantos dichos estrafalarios, que parecen frases de un loco. ¿Qué engreimiento, qué soberbio desdén hacia el público no suponen las audacias y los ex-

travíos de estilo de Víctor Hugo? ¿Quién sino él se hubiera atrevido á llamar jamás á la duda «murciélago que extiende sobre el espíritu sus lívidas y asquerosas membranas»; al punto, «bola fatal que cae sobre la *i*, boliche tántalo»; á Dios, «arriero triste», y al mundo, «burro resabiado»; al caos, «huevo negro del cielo»; á la hidra, «crisálida del ángel»; al rey, «paria siniestro de la aurora»; al defecto, «ombbligo de la idea», y á Voltaire, «pulga que, esgrimiendo su aguijón radiante, salta, átomo espantoso, la anchura de la tierra y la altura de un siglo?»

Todavía esta sarta de rarezas es flor de cantueso para los estupendos absurdos que va anotando Valera en las obras de Hugo; afirmaciones inauditas como la de que «la ignorancia relincha y la ciencia rebuzna», ó que «el ideal es un ojo que la ciencia arranca», lo cual no quita para que la ciencia, pocos renglones después, sea «Dios líquido corriendo por las venas de la humanidad»; á lo cual debemos sumar incesantes contradicciones filosóficas; la existencia de Dios tan pronto afirmada como negada; peregrinas y estrafalarias lamentaciones sobre leyes fisiológicas á que está sujeto el género humano; necesidades que le aquejan, y que no me atrevo ni á indicar aquí. Después de recontar en sustanciosas páginas las calenturas de la musa de Hugo, que recuerdan los agua fuertes de Goya, Valera termina con este párrafo, que servirá de hermoso final á mi lección:

«Aquí entra lo vergonzoso, lo humillante para mí. A pesar de tantas monstruosidades, Víctor Hugo me gusta. Y no me gusta así como quiera, sino que, hechizado por la magia potente de su palabra, por la prodigiosa fuerza de sus conjuros, me inclino á declararle uno de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, y el mayor acaso de nuestro siglo, tan rico en grandes poetas.» Para explicar por medió de una anécdota la aparente contradicción, Valera refiere el caso de aquella dama que, habiendo visto al rey intruso José Bonaparte, á quien le pintaban feo, estúpido y borracho, echóse á llorar

y dijo llena de rubor: «¡Soy una traidora! Pepe Botellas me parece guapo. En vez de ser tuerto, tiene dulces y hermosísimos los ojos. ¡Soy una traidora!» «No menos compungido, añade Valera, me acuso yo de debilidad y de traición semejante. La musa de Víctor Hugo me parece guapa musa; pero mi debilidad es más imperdonable y mi traición más negra que la de la dama. Yo no soy tan inocente como ella era entonces; ella, además, vió que el rey intruso no era tuerto, feo ni borracho, y yo sigo viendo en Víctor Hugo todos los desatinos, todas las extravagancias que he apuntado, y millares más que no apunto para no cansar; y sin embargo, yo pongo á Víctor Hugo en el trono como rey de los poetas.»

Haciendo la restricción de que Hugo asocie al trono, por lo menos, á Lamartine, la conclusión de Valera es la mía, y á ella me adhiero plenamente. Después de la profesión de fe, puede continuar el examen de la novela romántica, y su reintegración en el lirismo con Jorge Sand.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CERVANTES Y SU ÉPOCA

EDUCACIÓN Y ADOLESCENCIA DE CERVANTES

Reconstituyendo, por los documentos y datos que juzgamos dignos de entero crédito, el honrado hogar de los padres de Cervantes, parece indudable que su familia atravesaba por el tiempo en que nació un período de honda perturbación y amargura. Un año antes de su natalicio había muerto su ilustre abuelo, aquel caballeroso corregidor de Osuna, Juan de Cervantes, tan querido y estimado por sus envidiables dotes de mando y saber. Su hijo D. Rodrigo, avecindado en Alcalá desde antes de su desposorio en 1540, no prolongó su permanencia allí mucho después del fallecimiento de su señor padre. Sin bienes de fortuna y con cuatro hijos, hubo de ausentarse de la ciudad donde vivía ó por mejorar de suerte ó para desempeñar, por respeto al nombre del padre, algún cargo público que desconocemos.

Lo cierto es que desde 1548 no consta que estuviese en Alcalá, pues si hubiera continuado allí, era natural que sus demás hijos se hallasen inscriptos, como los anteriores, Andrés, Andrea, Luisa y Miguel, en los libros parroquiales. Es posible que Rodrigo naciese en el año 49 ó 50, tal vez en Madrid, donde con casi seguridad puede decirse que estaba habitando la familia desde antes del 55, si bien como estantes

ó residentes. Sábese que en esta última capital vió por primera vez la luz la hija menor, Magdalena, y aquí también, probablemente, el más pequeño de los varones, que llevó el nombre de Juan como en recuerdo del amado abuelo.

El jefe de la familia, Rodrigo de Cervantes Saavedra, era persona de gran integridad, licenciado en Derecho, pero sin la disposición y prestigio que su progenitor para desempeñar cargos de importancia. Su defecto físico de la sordera, debió perjudicarle para esto en mucho, así como para ejercer su profesión de letrado. Reglamentario, rígido, cumplidor exacto de sus obligaciones, fue amoroso y solícito educador de sus hijos, esposo modelo, custodio de cuantos se hallaban bajo su protectora dirección. Educó á sus hijos en el santo culto del pundonor y de la honradez, enseñándoles, con el ejemplo vivo de sus actos, el camino hermoso de los dignos deberes sociales, haciéndolos fuertes para la lucha de la vida. De su ternura paternal dan muestras acabadas sus afanes y desvelos cuando el cautiverio de sus hijos. Todo le parece poco para conseguir su libertad, para que se les reconozcan los merecimientos contraídos, para que se les galardone según procedía. El ruega, pide, solicita, importuna, dirígese á príncipes, magnates y autoridades; ofrece dádivas, demanda y suplica, se empobrece, sacrifica hasta el último real de sus exiguos bienes por ver lograda la redención de aquellos seres tan queridos, alma de su alma, vida de su vida. Y, cuando pocos años después, conseguidos los deseos más fervientes de su corazón paterno, rodeado de los suyos, postrado en el lecho por las dolencias y próximo á rendir á Dios su espíritu, vémosle dictar con tan entero ánimo su postrera voluntad con efusión de santo cariño, sin olvidar lo más insignificante que pudiera interesar á su esposa y á su familia, parécenos presenciar la muerte del varón justo que, orgulloso del deber cumplido, lega á sus hijos rico legado de sublimes enseñanzas.

Digna compañera de hombre tan virtuoso fue doña Leonor de Cortinas, mujer modelo, madre ejemplar. Parecían nacidos

el uno para el otro. Dos cuerpos y un alma. Dos corazones y una sola voluntad, concertados los intentos á un mismo fin, que era el hacer virtuosos y felices á sus hijos. La crianza y cuidado de los cinco que vivieron (Andrés y Luisa debieron morir cuando niños) ocasionarían á la madre los consiguientes trabajos y desvelos, aumentados con la escasez de hacienda y los naturales desasosiegos del ánimo, por más que tuviera á soldada alguna joven sirviente, como era entonces costumbre en las familias de mediano pasar, para que le ayudase en los quehaceres domésticos. Jamás quebrantaron su ánimo las contrariedades ni los pesares, con haber sido tantos y tan graves los que experimentó en su vida. La entereza de su natural quedó bien patente en aquellas amargas circunstancias del cautiverio de sus hijos. Su cariño acendrado la fortalecía en medio de tantas aficciones, y encontraba siempre medios para salvar las situaciones más difíciles. Tesoro de abnegación, anulaba los impulsos de su alma en tratándose de su marido y de sus hijos, pronta siempre á la obediencia y resignada al mandato, aunque la contrariasen ó molestaran. Ocho años sobrevivió al llorado esposo, dejando en su muerte, como en toda su vida, insignes ejemplos de virtudes que seguir y admirar. Dechado fidelísimo fue de la mujer fuerte de las Escrituras.

Nació y creció Cervantes al calor de los puros afectos del bendito hogar, dando indicios desde su niñez de la precocidad de su entendimiento. Faltos sus padres de bienes para que cursase en las aulas de las famosas universidades de Alcalá de Henares ó de Salamanca, sus estudios se limitarían á los de gramática y letras humanas.

Habíase creído antes, y nosotros participamos algún tiempo de semejante error, que Cervantes había hecho sus estudios en Alcalá como discípulo del Maestro Juan López de Hoyos; pero no comprobada la permanencia allí de aquel preceptor, ni como catedrático de dicha Universidad ni como profesor privado, es más verosímil creer que fuese en Madrid donde re-

cibiese Cervantes las lecciones del primero, lo mismo que su hermano Rodrigo, y más constando con evidencia que su respetable familia residía en la villa, y después Corte, por lo menos desde 1555, y donde, siendo niño, vió representar al famoso Lope de Rueda. Pudo suceder también que el padre pusiese á sus dos hijos en el Estudio público de la villa, donde acreditados profesores doctrinaban á los alumnos en gramática y humanidades. Aquel Estudio, costeado por la villa, tenía justo crédito, y cuando el Maestro López de Hoyos hizo oposición y obtuvo la cátedra á principios de 1568, hacía ya tiempo que había terminado Miguel su educación escolar, dedicándose por su propia vocación, y quizás bajo la dirección del Maestro citado, á la lectura de los más famosos poetas castellanos y al perfeccionamiento de las labores escolásticas. Cualquiera de estas hipótesis sirve para explicar razonablemente cómo hubo de llamarle aquel pedagogo «su caro y amado discípulo» al publicar con elogios las primicias del naciente ingenio; no siendo posible aceptar que un mozo de veintiún años, de gallardo despejo, gran inteligencia y felices disposiciones naturales, estuviese todavía como alumno en el Estudio público de la villa. Citóle después López de Hoyos como predilecto discípulo suyo y colmóle de alabanzas con cariño intenso, ó ya porque en sus tiernos años le había tenido á su cargo para instruirle y doctrinarlo, esparciendo en su mente infantil las semillas de los buenos estudios, ya porque se ufanaba de sus adelantos en poesía y tomaba como suya la gloria de sus aciertos en el cultivo de las letras humanas.

No excluye esto que, llevado de su deseo de saber, frecuentase quizás por algún tiempo las cátedras universitarias, ya en Alcalá de Henares, su patria, ya en la famosa Salamanca, si no como alumno matriculado, como simple oyente, sirviendo tal vez de criado á algún caballero rico, de quien fuera sustentado y favorecido, como ha indicado recientemente el docto cervantista D. Julián de Apraiz.

Debió ser esto en los más floridos años de su adolescencia,

cuando el amor á los estudios embargaba todas sus potencias, cuando no presumía siquiera cuán erizado de espinas estaba el camino de sus generosas inclinaciones. Si en la práctica de la vida llegó á saber con profunda amargura que por la escasez de recursos le estaba vedado ascender por la enseñanza en las famosas escuelas á los puestos gloriosos que ambicionaba su ilusión, sino á trueque de resignarse al humilde servicio de criado, mortificación harto humillante para su dignidad, es casi seguro que este convencimiento amargo le disuadió de sus primeros propósitos, que serían los de cultivar las letras, decidiéndole á seguir la peligrosa profesión de las armas. Datos abundan en sus obras para persuadir que hizo profundos estudios sobre las costumbres y prácticas de los estudiantes en la Universidad de Salamanca; y no ciertamente por referencias, sino por propia persona, por lo que él mismo había visto, notado y tocado, como lo demuestra la encantadora natural fidelidad de los cuadros y caracteres que bosqueja, tan llenos de verdad y sencillez, tan persuasivos, tan movidos, tan humanos.

Pero estudiase ó no Cervantes por algún tiempo en las aulas universitarias, sin temor de ser desmentidos, podemos decir que de nada realmente importante podría haberle servido para depurar su buen gusto literario. El sistema de educación dominante entonces no le seduciría de seguro. El demostró siempre aversión á las arideces escolásticas tan en boga, á la enseñanza de las facultades y artes en idioma latino, á la multitud de reglas inútiles con que se abrumaba la memoria de los estudiantes, sin dejar su puesto natural á los impulsos del entendimiento, esclavizado por las fórmulas rutinarias y por las interminables disputas de escuela. Eran las Universidades planteles del saber, más teológicas que científicas; pero también albergues de la pedantería y del ergotismo. Salían de ellas, por los mismos defectos de los estudios, por cada sabio, literato ó poeta de renombre, infinidad de soberbios dómines, comentadores impertinentes, eruditos presuntuosos,

áridos narradores, doctores sin ciencia, latinos desdichados, enemigos del castellano y de sus hermosos y castizos atavíos.

Bien los censuró Cervantes luego en sus obras inmortales. Fortuna fue para él, después de todo, que no estuviese sometido á los rigorismos de la educación académica, de la que hubiese sacado más daños que beneficios en orden al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales. Libre y desembarazado de las sutilezas y prejuicios de un método imperfecto, pudo su inteligencia elevarse y descollar, adquirir y asimilarse un caudal precioso de enseñanza puramente literaria, depurada de toda fealdad y escoria, preparándose y disponiéndose, por la percepción misma de sus aptitudes espontáneas, para la comprensión y producción de las grandes bellezas. Fue, pues, él solo, por sus propios esfuerzos, por su gran amor á la lectura, en virtud de sus especiales disposiciones como adorador desde sus más tiernos años de la maravillosa ciencia de la poesía, quien se creó su propio gusto, desarrolló sus intuiciones estéticas y fijó su inclinación y despertó y aquilató su ingenio con soberana alteza de inspiraciones. Ni los catedráticos en las Universidades ni su preceptor López de Hoyos pudieron nunca haberle inculcado aquellas incomparables perfecciones que brillan en sus escritos.

Un acontecimiento tristísimo, que preocupó la atención general de España y de Europa, la muerte impensada de la Reina doña Isabel de Valois, hija de Enrique II, rey de Francia, esposa de Felipe II, en 1568, sacó por vez primera el nombre de Cervantes de la obscuridad de los estudios escolares para iniciarlo en los esplendores de la vida de escritor, dando á revelar los méritos que su talento atesoraba, poniendo de manifiesto sus felices disposiciones para el cultivo de las letras. El Maestro Juan López de Hoyos fue encargado por la villa, como director de su Estudio público, de preparar y componer los epitafios, letras, hieroglíficos, alegorías é inscripciones que servirían para el ostentoso túmulo que había de levantarse en la iglesia de las Descalzas reales, con objeto de

celebrar las honras fúnebres por el alma de la difunta Reina. Actos eran estos en que la vanidad sobrepujaba á todo, sin que la memoria del difunto fuese venerada como la verdadera piedad y el puro afecto cristiano exigían, degenerando en fiestas profanas aquellos recuerdos luctuosos de la religión y de las corporaciones, mezclado lo humano con lo divino con aspecto y trazas teatrales más que de templo. El Maestro López de Hoyos publicó en 1569 un libro descriptivo de las exequias celebradas á expensas de la villa, donde se incluyen todos los versos latinos y castellanos que adornaban el túmulo. Allí se hallan insertas en diferentes páginas, y siempre con cariñosas frases de encarecimiento, las primeras composiciones literarias que escribió Cervantes, un soneto, cinco rondallas y una elegía, todas notables por sus ingeniosas alusiones al caso, no faltas de inspiración ni gusto, aunque con los naturales defectos en un principiante que conservaba aún ciertos resabios de escuela. El soneto está bien hecho, las rondallas demuestran facilidad en la versificación, y aun la elegía, aparte de sus excesivas alabanzas y amplificaciones y reminiscencias mitológicas, tiene tercetos hermosos con pensamientos altos y bien expresados. No es una composición pesada, á pesar de su extensión, ni plagada de lugares comunes y lamentaciones afectadas. Ya demuestra en ella Cervantes sus cualidades investigadoras y críticas, con referencias sucintas á los sucesos lúgubres que movían su pluma y daban materia á su inspiración.

El Maestro López de Hoyos había encargado á su amado y antiguo discípulo la composición de la elegía en nombre del Estudio público de la villa, y estaba dedicada al Cardenal D. Diego de Espinosa, puesto entonces en la cumbre del poder, de donde le arrojó luego, siendo causa de su muerte, la displicente severidad de su amo. Cervantes colmó los deseos de su preceptor. Su trabajo era digno de mucho aprecio; respondía á la pública expectación; conformaba con el estado general de tristeza en los ánimos. López de Hoyos elogió á su

discípulo predilecto con toda la efusión de su inmenso cariño. Sus menores bellezas le parecieron excelencias sobrehumanas; sus medianos aciertos, preciadas perfecciones. Toda alabanza juzgóla pequeña. Aquella poesía honraba ciertamente á todo el Estudio.

El sujeto de la composición era sumamente delicado, y Cervantes lo trató con singular acierto. Una tragedia horrible de familia, representada en las habitaciones de Palacio, había trascendido al público, á pesar de todas las precauciones adoptadas, apasionando los ánimos, dividiendo los pareceres, haciendo aventurar los juicios, sin atinar con la verdad, velada por las conveniencias. Dos meses antes que la reina doña Isabel de Valois (24 de Julio de 1568), había fallecido el hijo mayor de Felipe II, el Príncipe D. Carlos, nacido de su primer matrimonio con la Infanta doña María, hija del Rey de Portugal D. Juan III. Hablábase misteriosamente de la muerte del Príncipe; decíase que había perecido por excesiva crueldad del padre como castigo de su desobediencia, según unos; de sus rendidos galanteos á la Reina, según otros. Cada cual disminuía ó abultaba las causas según sus afectos ó inclinaciones. La circunstancia de haber estado concertado antes que con Felipe II el matrimonio de la Infanta francesa con el Príncipe D. Carlos, servía de pábulo á la murmuración y daba cuerpo y vida á suposiciones y lances amorosos, que quizá sólo existieron en la imaginación de sus inventores, y luego han dado materia para las creaciones de poetas y novelistas, más bien basadas en la pasión política ó diversidad de opiniones religiosas que conformes á la razón y verdad. La desgracia, corrección, prisión y desventurado fin del Príncipe, hay que atribuirlos, con más sensatez, á su natural independiente, franca benevolencia hacia los protestantes flamencos y abierta censura al sistema de inhumanidad y tiranía que se practicaba contra los rebeldes: delito de lesa religión que Felipe II no podía perdonar en su hijo, parte porque le parecía peligroso el consentirlo, parte por la ceguedad con que le ha-

cía proceder su exagerado celo religioso, muy creído de ser el único defensor de la verdad, cuando era sólo el sostenedor de la causa romana, de las ambiciones papales, de sus intereses mundanos. Pudo parecer abominable la noble actitud del Príncipe, pero los hechos concluyeron por darle la razón, habiendo sido estériles cuantos tesoros y sangre se consumieron y derramaron durante setenta años por subyugar á un pueblo que defendió con heroísmo la libertad de conciencia, por cuyo camino buscaba, como logró, su engrandecimiento y prosperidad (1).

Si la muerte del Príncipe fue sentida hondamente por cuantas personas no estaban dominadas por el fanatismo y

(1) Uno de los valerosos soldados que murieron en Flandes fue precisamente el hermano menor de Miguel, Rodrigo de Cervantes, del cual hemos adquirido, como de un Alonso de Cervantes, pariente quizás de ellos, curiosos datos en nuestras visitas al Archivo general de Alcalá de Henares, á cuyo digno Jefe, el ilustrado Sr. D. Julio Melgares Marín, somos deudores de grandes atenciones, por lo que le damos públicamente las más expresivas gracias.

Son seis los documentos que hemos revisado y copiado allí, para darlos á la estampa, referentes á Rodrigo. Por ellos sabemos que, hasta el 2 de Febrero de 1586, fue alfréez en la compañía de hombres de armas de D. Jusepe de Acuña; y después, hasta el 2 de Julio de 1600, fecha de su muerte, estuvo desempeñando el mismo cargo en la compañía del capitán Sebastián Otaula, del tercio del Maestre de campo Luis del Villar.

Consta su fallecimiento de certificación dada por Asensio de Eguiguren, contados de los Estados de Flandes, el 16 de Octubre de 1608. Los herederos del hermano de Miguel cobraron, por lo que se le quedó debiendo de su sueldo, en cinco partidas, noventa y cuatro mil seiscientos maravedís; y todavía se les restaba en 26 de Noviembre 1654 la suma de ciento setenta y siete mil, que probablemente no llegaron á cobrar.

De estos documentos tiene también sacada copia el ilustre cervantista D. José M.^a Asensio, quien los ha entregado al distinguido bibliófilo don Cristobal Pérez Pastor, para su segundo tomo de documentos inéditos acerca de Cervantes.

Adelanto en LA ESPAÑA MODERNA la publicación de estas noticias á la de los documentos, por el verdadero interés que contienen para los que se dedican al estudio de la literatura cervantina.

veían claro á cuántos sacrificios inútiles nos llevaba la imprudencia de las guerras de Flandes, el repentino fin de la Reina (3 de Octubre de 1568) por dolencia nacida y agravada á un mismo punto, aumentó el pesar, siendo verdadero duelo nacional su pérdida, con recuerdos de extremo cariño á su memoria. España no podía olvidar que su casamiento con Felipe II puso término á aquellas guerras tan prolongadas, sangrientas y costosas sostenidas con Francia por espacio de tanto tiempo, fomentadas y agravadas impiamente por los mismos soberanos Pontífices, movidos de intereses de familia, por favorecer pretensiones repugnantes de nepotismo. España no podía olvidar que aquella dama había sido iris de paz, mensajera del bien, reparadora de los daños pasados, fianza de futuras prosperidades, concierto santo de voluntades, esperanza de colmadas dichas. Ensalzábese su divinal belleza, su virtud, su discreción, su caridad, todas las excelsas prendas de su alma. Al desaparecer del mundo aquel «claro lucero de Occidente», como la llamó Cervantes, todos los corazones agradecidos la bendecían. Era general y fundado el temor de que con su muerte volverían á desatarse las calamidades de la guerra.

Vino por entonces á España, como legado especial del Papa Pío V, Julio Aquaviva, hijo de Juan Jerónimo, duque de Atri, camarero y refrendario suyo, para dar el pésame á Felipe II por la muerte del Príncipe D. Carlos. Encontrólo todo más agravado de desdichas con el fallecimiento de la Reina. Según comunicó el entonces Embajador de España en Roma, D. Juan de Zúñiga, á Felipe II, el Papa enviaba á su legado «á condolerse con S. M. de la muerte del Príncipe nuestro señor», y hacía encarecimiento de sus virtudes, muchas letras y suficiencia. Pero Aquaviva fue recibido con notoria frialdad é indiferencia, como si molestase la comisión afectuosa que traía. La verdad es que el momento de su llegada no podía ser más enojoso, estando el ánimo del Rey tan agobiado por la pena, y habiendo dado terminantes órdenes de que

nadie le diese pésame por la desgracia de su primogénito. Hay que achacar á esta causa el poco tiempo que estuvo en la corte y la brevedad con que emprendió su viaje de regreso. No creemos que trajera Aquaviva instrucciones reservadas del Papa, como pretende Navarrete, para suplicar al Rey un arreglo favorable sobre las disensiones surgidas en Milán, Nápoles y Sicilia entre los gobernadores de aquellos Estados y las autoridades eclesiásticas, codiciosas de su aumento y predominio de jurisdicción. Fueron otros Embajadores los que mediaron en esas negociaciones, como más adelante veremos. El silencio guardado por los historiadores contemporáneos, Herrera y Cabrera de Córdoba, respecto del viaje de Aquaviva y la expresa confesión de D. Juan de Zúñiga sobre el objeto de él, confirman esta creencia.

Habiendo presenciado, sin duda, Aquaviva las solemnísimas exequias de las Descalzas Reales el 24 de Octubre de 1568, y teniendo conocimiento de las composiciones poéticas escritas con dicha ocasión, y especialmente de la elegía de Cervantes, dedicada al cardenal Espinosa, á quien visitaría varias veces como presidente del Consejo que era, no es aventurado decir que, como persona tan perita y entendida en estudios de buen gusto, apreciara, cual se merecía, las notables primicias del aventajado joven. El buen concepto que de sus méritos habría de oír de labios del mismo López de Hoyos le interesaría seguramente. Quizás le informaron sobre la pobreza de sus padres é imposibilidad de proseguir mayores estudios en famosas universidades. Nació de aquí un afecto generoso de estima y protección al talento de aquel mozo desvalido; siguió la oferta de llevárselo á Italia para que perfeccionase allí sus bellas disposiciones. Hubo de aceptar Cervantes el favor y merced con que se le brindaba, y su viaje á Roma quedó acordado como criado de Monseñor. La familia accedería con beneplácito á la ausencia del sér querido con deseo de su mejora. Cervantes mismo, contento y agradecido, tal vez concibió ilusiones hermosas respecto de un porvenir venturoso. Llevarían-

le á Italia, tanto su amor al estudio y la depuración de su instinto poético, cuanto sus aficiones á la milicia, decidido á alistarse en ella si los sucesos no respondiesen á sus esperanzas. Doblegábase así á la necesidad, proponiéndose obrar conforme aconsejasen las circunstancias. No era cálculo ni propósitos mezquinos los que le impelían. Si en el servicio del legado, después Cardenal, hubiera encontrado medios para mejorar sus predilecciones literarias con tranquilidad de espíritu y sin menoscabo de su dignidad é independendencia, con seguridad que habría dado nueva dirección á sus inclinaciones, contribuyendo á su reposo. Pero el oficio de criado ó camareero de un Cardenal no era posible que pudiera seducirle, aunque fuese distinguido entre los primeros por consideración á sus méritos. No podía avenirse aquella vida de antesala, de humillaciones, de molestias, de pequeñas atenciones, de importunos formulismos, con la alteza de sus intentos. Explica esto el poco tiempo que estuvo Cervantes como sirviente del Cardenal: no pasaría seguramente de un año. La realidad le mostró cuánto se había equivocado, y le hizo volver la vista, como remedio supremo, al ejercicio penoso de las armas, que incitaba entonces á la juventud española con alicientes de gloria.

D. Jerónimo Morán, en su *Vida de Cervantes*, refiriéndose á un documento que descubrió en el archivo de Simancas, pretende atribuir á muy distinta causa la ida de Cervantes á Italia. Habiéndose dado una provisión real, fecha en Madrid á 15 de Septiembre de 1569, para que se prendiera á un Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, por ciertas heridas que causó en la corte á Antonio de Segura, andante en ella, Morán cree que ese Cervantes, en la suposición de que fuera el mismo nacido en Alcalá, quiso esquivar la acción de la justicia huyendo á Roma bajo la salvaguardia del legado Julio Aquaviva; pero los argumentos que ofrece dicho escritor no pasan de conjeturas y no pueden aceptarse. Los Alcaldes de corte habían impuesto al Miguel de Cervantes, condenado en rebeldía, la pena de que «con vergüenza pública le fuese cor-

tada la mano derecha y destierro de los reinos españoles por tiempo de diez años». La provisión da indicios de que ese Cervantes había sido visto poco antes de aquella fecha en la ciudad de Sevilla y en otras partes, por lo que se mandaba al alguacil Juan de Medina que fuera con vara alta de justicia á aquella capital y á todas las otras partes, villas y lugares de estos reinos y señoríos donde hubiese precisión, hasta que lo prendiese, embargándole sus bienes y conduciéndole á la cárcel real de la corte para que se viese su causa y se proveyera en justicia.

Hay un dato irrecusable para tener la certeza de que no es del discípulo de Juan López de Hoyos de quien se trataba en el documento referido; y es que Miguel de Cervantes Saavedra marcharía con Julio Aquaviva á Roma en Enero ó Febrero de 1569, y al que se mandaba prender, como condenado en rebeldía, quizás en 1567, sabíase que permanecía en España en el mes de Septiembre (siete meses después) y aún se fijaba como punto exacto donde se le había visto la ciudad de Sevilla. ¿Es posible relacionar semejantes discrepancias?

No es más atendible la sospecha de Morán de que Cervantes adoptaría por astucia desde entonces, ó después, cuando su alistamiento como soldado, el sobrenombre Saavedra, «para descaminar á sus perseguidores, en el caso de que efectivamente fuese él aquel á quien se mandaba prender por los Alcaldes de casa y corte, ó para estorbar que sus camaradas descubriesen en su persona aquel mismo Cervantes que la Justicia andaba buscando.» Y no es atendible, ni aun probable ni verosímil tal suposición, pues, no el sobrenombre, sino su apellido legítimo Saavedra, hemos ya visto que lo llevó y usó Cervantes porque era el segundo de su señor padre, y por tanto originario de la propia familia; ni era posible tampoco que tal ardid, aun en la hipótesis de que fuese lo que quiere Morán, hubiese servido para librarle de las persecuciones de la Justicia, siendo, por el contrario, más expuesta su situación en la milicia para que pudiese quedar la verdad oculta y el

delito sin castigo; máxime cuando había de por medio parte ofendida y agraviada que á todo trance procuraría su captura y daño en venganza de las heridas que recibió. Y estas razones suben de punto si el herido en la pendencia fue, como quiere Morán, un alguacil.

No es menester, por consiguiente, recurrir á tales sutilezas y sofismas para explicar, como intenta hacerlo doña Blanca de los Ríos, la repentina marcha de Cervantes á Roma con el legado Julio Aquaviva, presentándosele ocasión propicia, estando ya explicados los motivos que á ello hubieron de inducirle, y teniendo en cuenta los ejemplos de otros muchos ingenios de aquel tiempo que, bajo la protección de cardenales, príncipes, caballeros ó personas bien acomodadas iban á Italia, madre y maestra de todas las ciencias, en frase del docto Novoa, para perfeccionar sus estudios ó mejorar de fortuna, dedicándose al ejercicio de las armas con estímulo de alcanzar famoso nombre.

En este mismo año, en que Miguel se alejaba de su familia para entrar de lleno en los contratiempos de la vida, su hermana mayor, doña Andrea, joven entonces de 25 años, en la flor de su juventud, contrajo matrimonio con Nicolás de Ovando, persona de algunos bienes de fortuna y de plebeyo estado, según parece. Documentos descubiertos y publicados hace tres años, por el ilustrado D. Cristóbal Pérez Pastor, nos han facilitado pormenores muy curiosos respecto de la dote de la novia y de la vida de familia, abriéndonos el santuario del hogar y participándonos secretos muy interesantes.

Vivió con la familia de Rodrigo de Cervantes durante algunos años en Madrid, en clase de huésped ó agregado, un señor, viudo según creemos, y quizás paisano, italiano de origen, conocido y amigo de antiguo, llamado Juan Francisco Locadelo. Este señor estuvo enfermo varias veces, y tanto Rodrigo de Cervantes como su hija doña Andrea le asistieron y cuidaron con todo cariño, puntualidad y regalo.

Era agradecido Locadelo, y obligado de tan señalado esmero y celosa solicitud, quiso pagarlo en la forma que más pudiese servirles. Constándole la estrechez con que pasaba la vida la familia con quien moraba, y que presto contraería matrimonio doña Andrea, hizo donación á la joven de dineros, muebles, vestidos y joyas, de cuanto era necesario para un hogar de mediana posición. Es notable el cariño con que lo dispone y señala todo el buen Locadelo, no olvidando particularidad por insignificante que pareciera, enumerando ante escribano minuciosamente los objetos que regalaba y entregó á doña Andrea, «para que tuviese mejor con que se poder casar y honrar y para ayuda al dicho su casamiento.»

Previsor el donante, por impedir que lo que graciosamente cedía para comodidad y bien de doña Andrea pudiera aplicarse á distinto objeto, hizo constar por palabras textuales que «ni sus padres, ni hermanos, ni algunos de ellos, ni ninguna otra persona, tuviesen ni hubieran cosa de dichos bienes contra la voluntad de doña Andrea.» Ella exclusivamente había de tenerlos, y poseerlos, gozarlos y emplearlos como quisiese y á bien tuviera, gastándolos y distribuyéndolos á su voluntad; y en el caso de que sus padres, hermanos ó cualquiera otra persona intentare tomárselos ó quitárselos, ó la molestasen ó vejaran en lo más mínimo, por el mismo caso, desde luego la donación hecha quedaba anulada, sin ningún valor ni efecto, y obligada doña Andrea á restituirle, sin detenimiento alguno, todos los bienes entregados, salvo aquellos que hasta dicho día hubiere ella consumido y gustado de su libre voluntad. Recibió doña Andrea, ante el escribano Francisco Ortíz, el donativo que se le hacía en Madrid el 9 de Junio de 1568, aceptando la merced con palabras de respeto y gratitud como persona bien nacida.

La cantidad en dinero que le regaló con el ajuar de casa Locadelo, ascendió á trescientos escudos de oro en oro (más de 3.000 pesetas de nuestra actual moneda), con lo que doña Andrea remediaría muchas necesidades de presente, y podría

desprenderse de algunas sumas en lo sucesivo para bien y ayuda de sus desvalidos hermanos.

Fue doña Andrea hermana cariñosa, hija amantísima, de ejemplares virtudes domésticas, digna imitadora de su santa madre y de su rectísimo padre. Educada en un ambiente de sublime abnegación, donde todo era de todos, donde el sacrificio constituía el primero y más sagrado de los deberes, donde el amor á los suyos se confundía con la adoración; doña Andrea, á pesar de sus tres matrimonios, con el gran cariño de una hija única, nunca dejó de ser, viviendo sus maridos ó viuda, aun rodeada de los mayores cuidados y afectos de su nuevo estado, el dulce consuelo de sus padres, la vigilante bienhechora del viejo hogar, la varonil fortalecedora de los ánimos abatidos, el escudo salvador de sus hermanos en desgracia. Difundíase maravillosamente el cariño de su alma para que á todos los amados de su corazón comprendiera, lo mismo á los antiguos que á los nuevos, para que todos por igual de él participasen, sin esas preferencias egoistas que suele crear el interés y sostiene y fomenta la soberbia; bendita confraternidad de puros amores que sólo pueden comprender y practicar los espíritus superiores, la almas grandes.

RAMÓN LEÓN MÁINEZ.

EL TEATRO HISPANOAMERICANO

La misma María Guerrero lo ha dicho, llena de verdadera amargura:— «Las quejas de la prensa mejicana no son justas. Méjico no tiene aún formado su teatro nacional, como no lo tiene formado ninguna de las otras Repúblicas de nuestra sangre, como no lo tiene formado tampoco la ya extensa y viril literatura de los Estados Unidos. Nuestra producción dramática se impone, así al modelo de sus escritores como á las exigencias del porvenir; porque nuestro teatro español en la Historia equivale á una institución tan imperecedera como el teatro helénico en la antigüedad clásica, y el teatro Shaksperiano á nuestra moderna edad. Los ensayos de todo género que, así en Méjico como en el Perú y otras partes, se han hecho para instituirse teatros propios, teatros nacionales, no han pasado hasta aquí de meros ensayos, y el teatro español ha sido, es y será siempre su maestro, aun con más razón que el antiguo teatro griego y romano; porque al fin y al cabo Grecia y Roma hablaban dos idiomas distintos, y entre los nuevos pueblos independientes de la América que colonizamos, y España que la dotó de sus nuevas sociedades y fue por cuatro siglos su metrópoli, no existe, en la cima literaria, sino un idioma común.»

Periódicos de la capital de la República de Méjico, periódicos

cos de los Estados en cuyas capitales han tenido ocasión de conocer el sumo arte de la gran comediante española, como *El Tapatio* de Guadalajara de Jalisco, han pretendido que María Guerrero les hubiera representado alguna obra dramática del repertorio nacional, y Eusebio A. Garcidueñas, en *El Patriota* de Celaya, ha expresado esquivaces violentas así contra nuestra gran artista, como sobre las obras de producción española que les había llevado á representar, únicamente porque el tético romanticismo póstumo de algunos de nuestros dramaturgos no encaja bien en el alegre espíritu de las sociedades jóvenes, que quieren investirse de una fisonomía propia en el regazo de la vida práctica moderna y abjurar de todo el fardo secular de sus pasadas tradiciones: como si en este mismo romanticismo no comulgasen cuando aceptan los dramas de otras literaturas, y como si á este mismo romanticismo no tendieran los vuelos todos de sus tendencias literarias, aun respirando en los ambientes de su infancia.

Las últimas generaciones literarias de Méjico nos dan un numeroso contingente de poetas ensayistas dramáticos, entre los que sobresalen Manuel Acuña, Gustavo Bas, Adolfo Bianchi, Cámara, Alfredo Chavero, A. Cisneros, Rafael Delgado, Enriquez, Roberto Esteva, Ramón Manterola, José Martí, Juan Antonio Mateos, José Monroy, Adolfo Obregón, José Peón Contreras, Manuel Peredo, Juan de Dios Peza, Isabel de Prieto de Landázuri, José Rosas Moreno, José Sebastián Segura. Obras de estos ingenios son, entre otras, los dramas y comedias que llevan por títulos *Los amigos peligrosos*, *Hasta el cielo*, *Otra vida*, *Churubusco*, *La hija del Rey*, *Sor Juana Inés de la Cruz*, *Gil González de Avila*, *Juan de Villalpando*, *Antón de Alaminos*, *Xóchit*, *La Conspiración de Méjico*, *Angel de redención*, *El Esclavo*, *Los Maurel*, *El sacrificio de la vida*, *Impulsos del corazón*, *Caridad*, *Vivo ó muerto*, *Esperanza*, *Por el joyel del sombrero*, *La mano de Dios*, *Un lirio entre zarzas*, *Hernán Cortés*, *María*, *Los parientes*, *Bienaventurados*, *Ambición y coquetismo*, *El pasado*, *Amor con amor se paga*, *La taza*

de té, Deberes y sacrificios, El otro, La caja de dulces, Después del duelo. ¿En qué literatura, viva ó muerta, se halla el molde de estas producciones dramáticas y varias otras que no hay para qué enumerar? ¿De qué corrientes dramáticas son mera imitación, sin tener, con algunas excepciones, el sello espontáneo de la originalidad, de la oportunidad y de la naturaleza? Pues en el simple catálogo que queda hecho, como las obras que han obtenido mayor éxito en el público de la nación que las ha producido, y que son como el repertorio fundamental de la noble aspiración que tiende á crearse un teatro propio, ó al menos de fisonomía propia, dentro del gran edificio del teatro de lengua castellana, el remedo de todos los grandes autores dramáticos y cómicos que en España han florecido desde la restauración del teatro español en este siglo, desde los que pertenecieron á la escuela romántico-histórica de Zorrilla, el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbuch, y los que siguieron las inspiraciones cómicas del género que creó Bretón de los Herreros, hasta los que, con Echegaray y sus secuaces, han creado el romanticismo pseudo-filosófico que aún prevalece en nuestra escena, y los que tienden, con Tamayo, López de Ayala y Blasco, al naturalismo de la moderna comedia urbana, que no empuña el látigo de la sátira de Aristófanes, sino se reduce á la culta escuela de las costumbres de Moratín. ¿A qué abominar tanto de aquellos romanticismos y de aquellos naturalismos, que sirven á toda la América española y á los ilustres poetas que despiertan en ella de fuente y de patrón, si al cabo la propia labor que allí mismo se ensaya no es más que una servil imitación de los modelos que se impugnan, y á cuya gradación eminente no se ha logrado llegar todavía? Se truena contra el romanticismo de Echegaray, cuyo menor defecto que se le atribuye es la total carencia del concepto de la verosimilitud, y si se abre el proscenio de aquellas sociedades jóvenes á la representación de nuestras grandes compañías de actores ambulantes, no se les obliga á representar con preferencia sino las obras zaheridas del román-

tico dramaturgo español. Si no son estas obras las que se reclaman, son las traducciones, no menos románticas, de otros romanticismos extranjeros, como el de la literatura que ha creado *La corte de Napoleón*, el *Cyrano de Bergerac*, *El Aguilucho*. Mas si se toma la simbólica carátula de Talía y el genio de cada una de aquellas jóvenes sociedades de común origen se lanza á intentar producciones propias, el instinto de imitación las unce al carro de lo mismo sobre que vierten sus censuras, y las nuevas obras que aspiran á implantar sus sellos nacionales sobre una escena también nueva, también propia, también libre, no son más que un recuerdo, y generalmente malo, del patrón que le da la literatura materna y el opulento edificio de nuestro teatro español.

Imbuídos en el Perú del mismo espíritu nacional y exclusivo que se ha reflejado en los periódicos de Méjico con motivo de la gira artística de nuestra María Guerrero y de nuestro Fernando Ruiz de Mendoza por la opulenta República del golfo, de retorno hacia Europa de su temporada en los teatros de las Repúblicas del Plata, al llegar en Febrero último al teatro de Lima la compañía de que es actor Antonio Vico, se hizo el primer ajuste por quince funciones, durante las que no había de repetirse ninguna de las obras del programa previamente aprobado, componiéndose éste de catorce dramas originales de poetas de España, ó extranjeros arreglados á nuestra escena, y el estreno de una obra dramática de producción nacional. Las catorce obras del cartel aprobado fueron: *Un drama nuevo*, *O locura ó santidad*, *Juan José*, *Lo positivo*, *Mancha que limpia*, *Tierra baja*, *Teresa Raquin*, *Dolores*, *Bruno el tejedor*, *El libre cambio*, *La vieja ley*, *Vida alegre y muerte triste*, *El alcalde ae Zalamea*, *La levita* y *El gran Galeoto*. El drama nacional que había de estrenarse se había encomendado, ó lo tenía escrito, el poeta que, aunque todavía joven, ya alcanza por excelencia el dictado común en ambos mundos *del poeta nacional del Perú*, esto es, José Santos Chocano.

Aunque en los catorce dramas del programa de la temporada de Vico están comprendidas obras del teatro español de todos los tiempos desde *El alcalde de Zalamea*, del siglo XVII, al *Bruno el tejedor*, de la declinación de la primera escuela romántica de nuestro siglo, por los epígrafes de los dramas al golpe se ve la decidida preferencia que se concede á las obras de Echegaray. Pero este dramaturgo, cuyo romanticismo particular se presta ya á tantas polémicas hostiles en América misma, no concluye su misión en el hecho que se relata con prestar la abundancia de sus obras al recreo de los espectadores del coliseo de Lima, sino que infiltrándose en el espíritu de Chocano parece que le inspira toda la concepción filosófica, todo el plan artístico, todo el corte literario y todos los recursos dramáticos que caracterizan el nuevo drama estrenado por Vico en el teatro Principal con el título de *Vendimiario*, á cuya representación, habiéndose querido darle todo el aparato de acontecimiento solemne, asistieron, entre la concurrencia más distinguida, el jefe del Estado, cuatro Ministros de los que forman el Gobierno del Presidente Romana, todo el cuerpo diplomático y todo el mundo literario de Lima.

La decidida tendencia de Chocano hacia el nuevo romanticismo pseudofilosófico del dramaturgo español Echegaray, ya se había dado á conocer en otra producción dramática suya, anteriormente representada, *El nuevo Hamlet*; pero entonces se consideró al poeta más influido por el gran trágico, en quien se comprende y simboliza todo el teatro inglés antiguo y moderno, hasta que, hecha ahora la comparación de sus dos obras, se ha echado de ver que el drama *Vendimiario*, como antes *El nuevo Hamlet*, no han tenido más patrón ni influencia que la de nuestro tan debatido dramaturgo moderno, de quien todo el público de los teatros de América, dígase lo que se quiera, no se sacia de que con sus escenas se le haga pasar por las violentas impresiones de un emocionismo que no tiene su palanca en ninguna de las leyes de la lógica. El carácter principal que Chocano se propuso presentar como protagonista de

su obra, es *el de raptor de oficio*. Los incidentes de la trama en que le desenvuelve, son los que dan á su obra más que la inverosimilitud que se atribuye á las de Echegaray, la incoherencia que en *Vendimiarario* han encontrado todos los críticos locales, ingenuos admiradores de Chocano, sin embargo, cuando se trata del eximio poeta lírico de pindáricos arranques y clásica elocución. No hay un solo personaje en *Vendimiarario* que esté dentro de la realidad; no hay afecto, ni sentimiento alguno que eleve á ninguno de ellos á la grandeza del drama, siendo tal el desconocimiento en el autor de lo que constituye en el teatro el arte de los efectos, que se vió al público reír en escenas preparadas para lo patético, y no tomó interés por ninguno de aquellos tipos vulgares del lodo social, á quien no supo el poeta dar el realce de cada representación, ni hacer conservar la línea de cada carácter. Hay un hecho que comprueba el éxito frustrado de *Vendimiarario*, más que el estilete crítico de los censores del poeta nacional peruano. Terminado el abono, hubo un deseo general en Lima de que la compañía de Antonio Vico prolongase su estancia en aquella capital, abriendo una nueva serie de representaciones. En ésta y en los beneficios se ejecutaron los dramas de Echegaray, *Muerte cicil*, *El gran Galeoto*, *O locura ó santidad* y *Lo sublime en lo vulgar*: De otros poetas españoles, se pusieron además en escena, *Un drama nuevo*, *El tanto por ciento*, *Mariana*, *Dolores*, *María del Carmen*; pero no *El nuevo Hamlet* y el *Vendimiarario*, de Chocano, lo que atentamente considerado es toda una revelación, de tanta más importancia, cuanto que en todo el tiempo de las representaciones de Vico se estrenaron algunos juguetes cómicos de autores locales, como el *A rey muerto, rey puesto*, del Señor Alejandro J. Segrestán, y estos finales de fiesta, que se ejecutaron varias noches, tuvieron más fortuna que los dramas referidos, obras de otro aliento, y que son las que pueden imprimir fisonomía al carácter de un teatro propio.

No es difícil indagar las causas que producen este fenómeno. Menéndez Pelayo las pone de relieve cuando dice que es

imposible producir artificialmente en pueblos nacientes y en sociedades nuevas el estado complejo de relaciones afectivas y de condiciones técnicas de que el teatro es fruto. Cuando España, según las últimas comprobaciones documentarias, había transferido y dado al Nuevo Mundo hasta la muerte de Felipe II doce millones de sus hijos, es decir, vez y media la suma de la población á que se quedó limitada nuestra Península, aquellas sociedades que desde mediados del siglo XVI comenzaron á dar muestras de aficiones literarias, en cuanto contaron con establecimientos é instituciones sedentarias, Gobiernos militares y políticos, Capítulos eclesiásticos y corporaciones religiosas, aulas elementales y de gramática, y cátedras universitarias. Estas aficiones singularmente se expresaban en el palenque de la imaginación y por el ministerio de la poesía. Pero aquella literatura que pudo elevarse de la emoción de los sentimientos afectivos á la concepción de los pensamientos épicos, estuvo muy lejos de abordar por mucho tiempo todos los géneros de la poesía, eludiendo instintivamente el peligro de no llegar á la perfección en ninguno, y ciertamente la poesía dramática hubiera carecido enteramente de representación en tan vastas comarcas durante los cuatro siglos de nuestra dominación, si de aquella lejana cuna no hubieran confluído hacia la Península algunas capacidades aptas para entrar en la compleja disciplina de la producción dramática. Poetas que han escrito para el teatro en la Península, su patria, ha habido algunos, los cuales quedaron estériles en América, permaneciendo allí infecundos, hasta que al regresar á España volvieron á entrar en el juego complicado de una sociedad adulta. Juan de la Cueva, que en Sevilla, antes de Lope de Vega, había escrito composiciones representables de carácter histórico, como *Los siete infantes de Lara*, *El cerco de Zamora* y *Bernardo del Carpio*, parece que licenció de todo punto á su Talía apenas puso los pies en Méjico en los últimos años del reinado de Felipe II ó principios del de Felipe III. Por el contrario, Luis de Belmonte y Bermú-

dez, que se hallaba en el Perú por el mismo tiempo al servicio de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, no descubrió sus facultades para producir obras dramáticas tan excelentes como *El diablo predicador*, *El sastre del Campillo*, *A un tiempo rey y vasallo*, *El valor no tiene edad* y las demás, hasta el número de treinta que le reconoce como suyas La-Barrera en su *Catálogo del Teatro español*, ya escritas por sí, ya en colaboración con Mira de Mescua, el Conde del Basto, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guzmán, Fernando de Lodeña, Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas, D. Guillén de Castro, Martínez de Meneses, Rojas Zorrilla, Moreto y Calderón, hasta que volvió de los valles Andinos y de las remotas riberas del Pacífico en la América del Sur para llevar al teatro, con aquellos otros poetas, las hazañas bélicas y las virtudes cívicas del magnate, su favorecedor y patrono.

Si de Méjico no se hubiese trasladado primero á Sevilla y después á Madrid el grande ingenio de D. Juan Ruíz de Alarcón, probablemente habrían quedado desconocidas en su patria las bizarras facultades con que al respirar el ambiente político, literario y social de la corte de los dos últimos Felipes de Austria llegó á colocarse, como astro de primera magnitud, en la gloriosa constelación de los grandes nombres que en el Olimpo del teatro que creó Lope de Vega hombreáronse como iguales con el Fénix de los ingenios, y compartieron perpetuamente con él las magnificencias de la fama y de la eternidad. Ningún otro poeta excelso dramático se produjo en América en aquel siglo, por falta de ambiente en que esparcir las alas de su genio. De modo que si en el último tercio del siglo XVII Doña Juana Inés de Asbaje (*Sor Juana Inés de la Cruz*), la musa del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl, en vez que haber enervado las facultades de su genio en el limitado ambiente de San Miguel de Nepanthla, y comprimido su alma en los cerrados muros del Convento de San Jerónimo de Méjico, atravesando el Atlántico, como en nuestro siglo Gertrudis Gómez de Avellaneda, hubiera entrado en los amplios

horizontes de España, á pesar de la pronunciada decadencia de los tiempos que alcanzó, acaso su labor dramática no se hubiera limitado á las comedias conventuales, para representar en el locutorio, *Los empeños de una casa* y *Amor es mal laberinto*, y á los autos *El misterio del Sacramento* y *El Divino Narciso*, sino que, abordando otros asuntos dentro del mar de pasiones que no fueron un secreto para su alma, habría dado al arte y á las letras obras con que hacer más tangible é incuestionable la grandeza de espíritu que poseía por privilegiado don de la Naturaleza.

No hubiera llegado á su cumbre entre el final del siglo XVII y principios del XVIII en el Perú, el Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, Dr. Pedro de Peralta Barnuevo, á quien llamaron *El Fénix Americano*, y de cuya producción dramático-literaria sólo nos han quedado la comedia *Triunfos de amor y poder*, que se representó en aquella capital en 1710 en las fiestas por la victoria de Villaviciosa en España y el triunfo definitivo de la causa de Felipe V en la sucesión del trono de Carlos, el *Hechizado*, y otras dos que llevan por título, *Afectos vencen finezas*, y *Rodoguna*, arreglo posterior de Corneille; pero aunque en las primeras se ve seguir al poeta el rumbo calderoniano, que indeciso después truncó por la reforma que introdujo el teatro francés, en todas se observa lo que Menéndez Pelayo definió por total carencia del estado complejo de relaciones afectivas y de condiciones técnicas de que estaban desprovistas aquellas sociedades sin sedimento definitivo, sin compenetración resuelta entre el medio de procedencia y el medio de vida en que vegetaban á la sazón. Y por ventura, ¿estos mismos fenómenos no se han repetido en nuestro siglo, á pesar de las convulsiones políticas con que aquellos pueblos han conquistado y definido su actual existencia nacional, y de los esfuerzos hechos para adquirir sus fisonomías características?

En la poesía dramática castellana, nuestro teatro cuenta entre sus dioses de primer rango en nuestro siglo, á D. Ma-

nuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), que era oriundo de Méjico; á doña Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), que había nacido en la isla de Cuba; á D. Ventura de la Vega (1807-1865), natural de Buenos Aires; y de segundo rango, á D. José Heriberto García de Quevedo, de Venezuela; á don Francisco (*Pancho*) Orgaz, de Cuba también, y aunque sólo como residente temporal en Madrid, al uruguayo D. Alejandro Magariños Cervantes, y otros poetas hispanoamericanos que se han señalado como autores dramáticos. Principalmente los tres primeros desempeñan un papel de primera importancia en la historia moderna del Teatro español, pues el mejicano Gorostiza representó el tránsito brillante en la comedia urbana de la comedia moratiniana á la comedia bretoniana; la gloriosa cubana autora de *Alfonso Munio* y *El Príncipe de Viana* (1844), *Saul* (1849), *Recaredo* (1850), *Baltasar* (1856), eleva la musa dramática de España á la altura de Byron, de Goethe, de Hugo, y el argentino Ventura de la Vega es el precursor de la escuela del naturalismo, última conquista suprema del arte. ¿Fueron estas tres ilustres figuras, que engrandecen nuestro teatro del siglo XIX, genios espontáneos cuyas facultades asombrosas brotaron espléndidas al calor de sus cunas respectivas, ó se desarrollaron al calor del ambiente político, literario y social que formó en unos parte de su educación en España, y en todos el medio en que se agitó su existencia entre nosotros? Antes ni después de Gorostiza, en nuestro siglo, no ha producido Méjico otro poeta cómico de la graduación de Gorostiza, como antes ni después de Ruiz de Alarcón, en el siglo XVII, Méjico tampoco produjo otro Ruiz de Alarcón, á quien del mismo modo que á Gorostiza en nuestro siglo, España, «con sus relaciones afectivas y sus condiciones técnicas», prestó las alas con que se desarrolló su genio respectivo. Antes ni después de la Avellaneda, la isla de Cuba no ha producido otra Avellaneda, como la que el ambiente de España estimuló á las supremas expansiones de sus aptitudes dormidas. Antes ni después de Ventura de la Vega no ha producido

la Argentina otro talento dramático semejante al que España elaboró en el ambiente de su medio político, literario y social, para que dejase monumentos insignes de su existencia literaria: *El hombre de mundo* y *La muerte de César*. Gorostiza, la Avellaneda, Ventura de la Vega, estacionados en Méjico, en Cuba, en Buenos Aires, probablemente no hubieran hecho remontar sus lirás respectivas por encima de esas inspiraciones líricas en que todos los Estados de América, que hablan nuestro idioma, producen sin cesar riquísimas manifestaciones, y cuyos talentos se agostan sin fruto en las bagatelas eternas del corazón enamorado. Mas, si como Lista decía, no es lo mismo expresar afectos en versos líricos que en cuadros representativos de la vida civil, transformados con el magisterio del arte á concepciones insinuantes del ideal, Gorostiza con su musa festiva, la Avellaneda con sus vibraciones trágicas, y Vega con la cultura de su sentir, no habrían llegado á las eminencias donde les coloca la representación personal que respectivamente conquistaron en la opulenta dramática española.

Desde los primeros síntomas que se advirtieron en la América española de las tendencias de su prematura emancipación, los exclusivismos que constituyeron parte del fanatismo nacionalista que de aquellas sociedades se apoderó, trataron de crear todos los divorcios imaginables con los elementos constitutivos del país, cuya coyunda se había de romper. No se pudo proscribir el habla ni todo el edificio artístico que la hermosea, y aunque algunos pidieron inspiraciones emancipadoras á todas las literaturas y hasta á las bárbaras reminiscencias de las razas aborígenes, siendo ineficaces estos artificios, hubo que volver vergonzosamente y como por procedimientos secretos, ya que no clandestinos, á la imitación de lo que de nosotros fluía. Méjico, á cuya capital la cultura española había dotado en 1753 de un hermoso edificio para teatro, probó, en medio de sus insurrecciones, á conservarlo, pero sin obras dramáticas españolas. Entonces surgieron dos tenden-

cias: la de los que quisieron reconstruirlo con obras esculpidas bajo las líneas severas del arte clásico, y la de los que, aun aceptando estas formas que universalmente andaban en boga, querían infiltrarle el espíritu prehistórico de una absoluta reacción. A la cabeza de los primeros se presentó el proscrito cubano D. José María Heredia, residente en Taluca, y que escribió una tragedia en tres actos, con el título de *Los últimos romanos*, que se debía representar ante el General Santana el 16 de Setiembre de 1829; pero ya tenía preparada para las mismas fiestas otra el poeta mejicano de Puebla de los Angeles, D. José María Moreno Benvercue, titulada *Xicohtencatl*, en que los nombres texcocanos del protagonista, de Nopatlin, el General de los tlaxcaltecas, de Coyotl, etc., andaban revueltos con los de nuestros Hernán Cortés, Sandoval, Ordax y otros Capitanes españoles, por supuesto, convirtiendo á nuestros redentores heroicos del salvajismo al Nuevo Mundo, en devoradores de carne humana, y á los inocentes indios en víctimas horrendas de la salvajez cristiana de los españoles. Esta nota, que fue la única contra España durante toda la lucha de la emancipación, y aun mucho tiempo después, los frustrados ensayos del teatro naciente hispanoamericano la perpetuaron en la mayor parte de sus primeras inspiraciones; lo que no obstaba para que, cuando estas tentativas se proyectaban por poetas del timbre de Heredia y aun de Moreno, la forma de sus obras fuera una servil imitación de las que Quintana y otros ilustres varones habían dado en el *Pelayo*, *La viuda de Padilla* y las obras del mismo género con que en la Península se había procurado hacer vibrar las fibras del patriotismo en todos los corazones contra el aleve invasor que había ocupado por el engaño todo el suelo de la patria; ó en pró de las auras de la libertad; mas cuando pasaron los años, y el teatro, la historia el himno continuaron cultivando bajo el influjo de extrañas sugerencias los odios contra la antigua Metrópoli, así Rodríguez Galván en Méjico, como Bermúdez en el Uruguay, y hasta Pardo en el Perú, en *El privado del Virrey*, en *La Cha-*

rrua y en *El aniversario de Ayacucho* siguieron amoldándose en un todo á la pauta del drama de la escuela histórico-romántica que á España misma se había transportado de los escenarios de Francia.

Con todo, no faltaron en esto, como en todo, sus pujos de independencia, y puesto que ya desde el siglo anterior se había dado el ejemplo, aunque de éxito desdichadísimo, del peruano D. Pablo Olavide, que había hecho traducciones irrepresentables al castellano de la *Zaira*, de Voltaire; de la *Zelmira*, de Du Belloy; de *El desertor francés*, de Sedaine, y de la *Hipermenestra*, de Lemièrre; en Chile el ilustre Andrés Bello tradujo como modelo la *Ifigenia en Aulide*; Salvador Sanfuentes el *Británico*, de Racine, y *Los celos infundados*, de Molière, y Hermógenes Irisarri la *Francesca da Rimini*, de Silvio Pellico, el *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, de Alejandro Dumas, y varias comedias del teatro de Scribe y de Legouvé, hasta que Carlos Bello, hijo del gran preceptista, quiso dar los primeros pasos del genio nacional con su drama *Los amores de un poeta*. La despreocupación de algunos de estos escritores llegó á ser tan grande, que el mejicano Fernando de Calderón no titubeó, al comenzar sus primeros ensayos dramáticos, en dar por original su *Ramiro, Conde de Lucena*, cuyo argumento había tomado de la novela española del mismo título, publicada en Madrid en la imprenta de Burgos en 1823 por su autor el joven oficial de nuestro ejército don Rafael de Húmara y Salamanca. Esta obra, usurpada, se puso en escena en Guadalajara y Zacatecas en 1827, en donde también se representaron por aquel tiempo la *Ifigenia*, la *Hercilia* y la *Virginia*, traducidas por Calderón, de Racine y de Alfieri.

Cuando el romanticismo patriótico se fue modificando y se abandonaron casi enteramente los moldes que se pidieron á las literaturas dramáticas de Italia y Francia, enteramente se volvió de lleno á la imitación del drama de nuestro teatro romántico caballeresco y de nuestro teatro cómico bretoniano.

En Cuba lo había ensayado José Jacinto Milanés en su drama *El Conde de Alarcos*, en sus comedias *A buena hambre no hay pan duro* y *Por el puente y por el río*, y en su proverbio *El poeta en la corte*, á la vez que en Madrid su conterránea Gertrudis Gómez de Avellaneda encumbraba su nombre en los dos géneros, y Pancho Orgaz con su *Juan Lorenzo* y las *Consecuencias de un disfraz*. En Colombia D. José Joaquín Ortiz hacía representar su drama *Sulnat* y su proverbio *El Hijo pródigo*, mientras que D. José María Samper volvía en *La conspiración de Setiembre* á las apologías políticas de Bolívar; y en Madrid el venezolano García de Quevedo tomaba la parte que le correspondía en el movimiento dramático de su época, con *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *La huérfana*, *Patria y amor en porfía* y *Treinta mil duros de dote*, y el uruguayo Magariños Cervantes se veía aplaudir en nuestro escenario con sus *Percances matrimoniales* y su *Amor y patria*, en tanto que en el Perú las huellas de Felipe Pardo, el discípulo de Lista y condiscípulo de Espronceda, Vega, Molins y Cheste, abrían camino con sus comedias, aunque desmayadas, *Frutos de la educación*, *Una huérfana de Chorrillos* y *Don Leocadio*, á una serie de jóvenes de los de la *Bohemia limeña* de 1848 á 1860, que con tantas sales anecdóticas ha descrito la pluma fácil y jovial de Ricardo Palma.

El que mayores condiciones de escritor dramático descubrió en aquella tentativa fue Manuel Ascensio Segura, de quien Menéndez Pelayo dice que en la facilidad, gracia y soltura de sus obras recuerda la maravillosa espontaneidad de Narciso Serra, con quien tiene más puntos de analogía que con Bretón de los Herreros y D. Ramón de la Cruz. Palma añade que Segura, en efecto, se propuso á estos tres escritores cómicos de España por modelos. Segura fue en el teatro peruano el más acabado pintor de las costumbres limeñas, como Cruz y Olmedilla lo fue de la manolería de su tiempo, Bretón de las clases medias del suyo, y Serra de la plaza pública y del cuartel. Trató de elevarse hasta el drama histórico en *Blasco Núñez*

Vela, y al romántico en *Amor y política*; pero las chispas de su genio donde mejor centellean es en sus comedias *Ña Catita*, *El resignado*, *La saya y el manto*, *La moza mala*, *El sargento Canuto*, *Nadie me la pega* y *La espía*, y en los juguetes *Lances de Amancaes* y *El Cacharparé*. Con Ricardo Palma escribió la comedia en tres actos *El santo de Panchita*. *El espía* es un episodio de Ayacucho en 1824. La mejor de sus comedias es *Ña Catita*, cuya protagonista representa el tipo de la beata maldiciente y embrollona. Es la que tiene un argumento que excita más el interés, la que sostiene con más consistencia el tipo que diseña; y aunque el diálogo no es tan vivo y picado como el de Serra, abunda en sales *criollas* de buena ley, y la versificación es tan fácil, como puede observarse por esta escena de *Ña Catita*:

MERCEDES. ¿Y para qué, señorita,
Darle de noche una cita
Cuando siempre viene aquí?
¿No ve usted que eso sería
Excitar la habladuría?
Yo, al menos, lo pienso así.

JULIANA. Mercedes, si tú pudieras
Penetrar aquí, me dieras
Sin *trepidat* (1) la razón.
Verías cuánto padece,
Cuánta lástima merece
Este pobre corazón.
Aquí arde, amiga, una llama
Que penetra, que se inflama
Cada día más tenaz,
Y extinguir no me es posible
El poder irresistible
De este fuego tan voraz.
En vano á veces lo intento;
Porque es mayor el tormento,
Más grande mi frenesí.
¿Mas cómo hacerlo podría

(1) Modismo americano. En Castilla hubiéramos escrito *sin vacilar*.

Si el mismo afán y agonía
 Él también sufre por mí?
 Mi madre lo sabe todo;
 Y con rabia y con mal modo
 Me ha reprendido mi amor,
 Porque pretende casarme,
 Más claro, sacrificarme,
 A un hombre que tengo horror.
 Me ha dicho que en este asunto
 No cederá un solo punto,
 Pues dió su palabra ya,
 Y que si acaso me niego,
 Sin atender á mi ruego
 La maldición me echará.
 De mi situación, Mercedes,
 Formarte una idea puedes
 Por lo que acabas de oír;
 Lo peor es que el consuelo,
 Si no se lo pido al cielo,
 ¿A quién lo voy á pedir?
 A donde vuelvo los ojos
 No encuentro más que sonrojos:
 Porque no falta mi fe,
 Todos, todos me abandonan;
 Todos contra mí se enconan:
 ¿Qué haré, Mercedes, qué haré?

Segura hizo prosélitos, ó por mejor decir, escuela, dentro de la escuela de su propia imitación. El primero que siguió sus pasos fue Arnaldo Márquez, el cual rindiendo el acostumbrado culto á las intransigencias patrióticas, como en América se ha hecho al dar sus primeros pasos por toda clase de escritores, se inició en el teatro con su comedia *La bandera de Ayacucho*, á la que siguieron *La cartera de un Ministro* y *La familia del mendigo*. A Márquez sucedió Manuel Nicolás Corpancho, que alternó su profesión de médico con el culto de la poesía dramática, aunque sus primeras obras para el teatro,

El poeta cruzado y *El Templario*, las dió á la escena casi adolescente. Era poeta más lírico que dramático, como todos los que en América hasta aquí han escrito dramas y comedias, y no sólo profesaba el culto del proselitismo literario á los modelos de la escuela caballeresca y romántica de España, sino que enamorado de la antigua patria y de los nobles caracteres que llenan el ciclo de su historia, de ésta tomó sus personajes. No paró hasta que vino á Madrid, y en nuestro General D. Juan de Zavala, que fue después Marqués de Sierra Bullones, y cuya familia tenía en el Perú tanto asiento, encontró estímulo, que no llegó á ser, por desdicha, tan fecundo como debiera, porque su vida acabó harto temprana y trágicamente, suicidándose á bordo del vapor que lo conducía de Cuba á Méjico, ante el inminente peligro de morir entre las llamas de un incendio y el naufragio del buque incendiado. Toribio Mansilla, Luis Benjamín Cisneros y Carlos Augusto Salaverry, fueron los últimos representantes de aquella generación, con Melchor Pastor, Narciso Arístegui y Anselmo Yañez. Después de éstos vino la abundancia de *autorcillos*, que se escalonan desde 1862, hasta que la musa grandiosa de Chocano se presenta para arrojarlos del templo.

¿Hay, en realidad, más nombres que citar entre los aspirantes á la fundación de un teatro hispaneamericano, que pueda tener propia individualidad? ¿Las obras que de los autores de reflejo, que presiguiendo las evoluciones del arte dramático en España se han escrito por tantos escritores ilustres del Nuevo Mundo, han llegado á alcanzar ni particularmente, ni en conjunto aquella notoriedad del mérito sobresaliente que las impone en el tesoro de una literatura como la española, común á cuantos hablan la lengua de Cervantes? En España se ha consagrado el genio dramático de Ruiz de Alarcón, de Gorostiza, de Ventura de la Vega, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y hasta en esfera inferior de Pancho Orgaz, de José Heriberto García de Quevedo y de Alejandro Magariños Cervantes, todos americanos. ¿A dónde habría llegado el desarrollo

de las grandes disposiciones para la poesía dramática de Sor Juana Inés de la Cruz, de José María de Heredia, de Felipe Pardo y Aliaga, de José Jacinto Milanés y de Manuel Ascensio Laguna, si su genio se hubiera fecundado, como el de Gorostiza, el de la Avellaneda y el de Vega, y de los demás americanos que ejercieron su actividad dramática entre nosotros al contacto de nuestro ambiente y entrando de lleno en la comunidad de nuestras *relaciones afectivas y de nuestras condiciones técnicas*? ¿No es el contacto de este ambiente y no es la comunidad de *estas relaciones afectivas y de estas condiciones técnicas* lo que realmente falta á los nuevos imitadores de nuestros nuevos romanticismos escénicos en poetas del fuste de Chocano en el Perú; de Peón y Contreras, en Méjico; de Trinidad Coronado, en Chile; de Emilio Antonio Escobar, en Colombia, de Cárlos G. Amézaga, el autor de *Sofía Perowskaia*, en el mismo Perú; del ecuatoriano Nicolás Augusto González, el autor de *El Aguila*, Ruben M. Campos, Adelardo Gamarra y Manuel Moncloa y de toda la turba de los que en la Argentina enervan sus facultades en la vil industria del *género chico* que inunda de mendigos, allí como aquí, el templo augusto de Talía? (1)

(1) Escrito este artículo, se ha presentado en uno de nuestros teatros de Madrid una Compañía de comediantes argentinos, que representan composiciones dramáticas *criollas*. Al verlos representar su melodrama *Juan Moreira*, he sentido vislumbrar como en un sueño algo así como un Juan del Enzina, un Juan de Timoneda, ó un Lope de Rueda, aunque más comedidos y castos. La Compañía argentina y las obras que ejecuta revelan la candidez de un arte en la infancia, la sencillez de una cosa que está por venir. Mis impresiones las publiqué en *La Epoca* del día 2 de Agosto y no tengo que modificarlas ni en un tilde. He aquí lo que escribí entonces:

«El circo de Parish ha recogido, á su paso para la capital de Francia, una Compañía dramática argentina, que indudablemente es la primera que viene á Europa. Las obras que representa son melodramas *criollos*; en realidad, dramas populares de las poblaciones rurales de la República del Plata, que, á falta de una gran modelación artística, traspiran el ambiente de las costumbres argentinas. La obra que se está representando se titula *Juan Moreira*, tiene dos actos, está escrita en prosa y es de un

Es preciso reconocer que tal como las nuevas sociedades hispanoamericanas se constituyen desde el día de su prematura emancipación, está muy lejos de aproximarse para ninguna de aquellas nuevas familias el día en que de su propio seno emane el ambiente que puede fecundizar los gérmenes de un teatro propio. En España no lo hubo mientras las diversas monarquías en que se hallaba dividida la Península permanecieron disgregadas. Aun después de unidas bajo un imperio común, las tentativas locales que se llevaron á cabo así en algunos parajes de Castilla, como en Valencia y Zaragoza para crearlo, resultaron estériles. En sus ensayos sin consistencia se empleó todo el siglo XVI, y hasta que los sucesos genera-

naturalismo encantador, porque reproduce fielmente las escenas de la realidad. El argumento no tiene lances, y se desarrolla tan fácilmente, que desde la primera escena el espectador lo recompone entero, y sabe de antemano todo lo que va á suceder. Reducido el *Juan Moreira* á narración ó cuento, es simple y sencillamente un cuento de Fernán-Caballero ó de Antonio de Trueba; pero una Fernán-Caballero ó un Antonio de Trueba de las orillas del Plata, en vez de las del Guadalquivir ó del Urumea. Quien haya sido aficionado á los antiguos dramas de nuestro Gutiérrez de Alba, reconocerá en *Juan Moreira* el argumento de un *Diego Corrientes* contado por un niño. El cartel no nos ha dado ni el nombre del autor del drama, ni siquiera el de los actores que lo representan. No sabemos á qué obedece esta omisión. La presencia de esa Compañía argentina en Madrid y la representación de ese drama criollo tiene para nosotros más importancia, bajo diversos puntos de vista, que la publicación de la leyenda *Celiar*, con que el argentino Magariños Cervantes nos dió á conocer hace cerca de medio siglo el carácter, los sentimientos y los demás rasgos étnicos de los *gauchos*. *Juan Moreira* es, á la vez, un cuadro vivo, palpable, palpitante de verdaderas costumbres *gauchas*. El cuadro de baile puede ser admitido en cualquier obra de la mejor literatura. En el drama y en la representación todo interesa: el lenguaje, el acento de los que le hablan, los trajes, la música, los objetos, accesorios, todo se hace digno de observación. Nuestro público es tardo en enterarse del fondo de estas cosas que salen del patrón normal. Nosotros, que hemos tenido una verdadera complacencia en ver funcionar en Madrid estos primeros artistas criollos de América que á Europa vienen, no podemos menos de recomendarlos á nuestros artistas y á nuestros literatos. En el sencillo melodrama *Juan Moreira*, que representa la Compañía argentina, hay para todos mucho que estudiar.—G.»

les de la Monarquía hicieron compenetrar, en un fondo común de ideas, de sentimientos, de aspiraciones y de intereses, todas sus entidades étnicas, no surgió el genio colosal de Lope de Vega para fundar el teatro español. No basta que los nuevos pueblos hispanoamericanos tengan un fondo de unidad en la lengua y en la raza. Mientras ellos mismos entre sí cada día procuran de definir mejor sus fronteras geográficas y políticas, cada uno desde la emancipación recibe en su seno el torrente invasor de las abigarradas emigraciones que se les entran por las puertas de Europa, de Asia, de Africa, aportando á la ebullición social que allí se opera, elementos que perturbaban la unidad de las antiguas relaciones afectivas, y de las antiguas condiciones técnicas de aquellas sociedades. ¿Cómo ha de surgir de este caos una representación suprema de la literatura que sea ya expresión anticipada de las nuevas colectividades nacionales que se incuban ó se transforman? Conservando, por encima de estas avalanchas, la unidad de la lengua, en el campo de la legislación y la Historia, en las varias órbitas del saber, en la exaltación de la elocuencia sagrada, tribunicia, forense, han podido sobresalir aquellos ilustres prosadores que en la Argentina se llaman Alberdi, Gutiérrez, Avellaneda, López, Mansilla, Sarmiento, Mitre, Cané, Augerich, Goyena, Estrada, Wilde, Mármol, Gorriti; en Chile, Bilbao, Vallejo, Lastarria, los Amunátegui, Barrios Arana, Arteaga Alemparte, La-Barra, Figueroa, Grez; en el Perú, Llave, Pardo; en Colombia, Torres Caicedo, los Caro, Cuervo, Rivas Groot, Madiedo, Samper, Acosta de Sampère, Pombo; en el Uruguay, Magariños, Fregueiro, Acevedo, Lamas; en Venezuela, Camacho, Rojas, Guzmán Blanco, Bolet, Peraza, etc. Con este mismo elemento común de unidad en la lengua, la poesía lírica, que es esencialmente subjetiva, ha podido ostentar la rica y numerosa variedad de sus eminentes representantes de confín á confín. Pero la dramática reclama otras condiciones de la colectividad, que ninguno de los pueblos del Norte, del Centro y del Sur puede aún ofrecer. Lo que en

la poesía dramática se intenta en toda la Hispanoamérica por mucho tiempo, no será idéntico, sino con lo que hasta aquí se ha intentado. Corrientes de imitación, obras de reflejo, desmayadas como la luz de la luna, ante la majestuosa y radiante llama germinadora del sol.

Méjico no tiene teatro á pesar de los escritores dramáticos que amontona, y entre los que las figuras de Juan de Dios Peza, José Peón y Contreras y Manuel Peredo no pueden dejar de descollar. Pero Méjico no tiene teatro por la misma razón que carece de él toda la América que se emancipó de nosotros, y la demostración última de este aserto lo da la capital argentina, que ha venido á constituir en toda la América española la verdadera capital intelectual de la raza emancipada con este hecho bastante significativo. Diez y seis salas de espectáculos públicos se hallan abiertas en Buenos Aires en los momentos en que se escriben estas líneas. ¿Qué elementos artísticos las entretienen? Una compañía de *ópera italiana* en la Opera; una compañía de *ópera cómica alemana* en el Argentino; una *compañía dramática española* en el Odeón, y otra, española también, alternando con la *ópera alemana*, en el Argentino; una *compañía francesa de comedias y vaudevilles* en San Martín; una *compañía dramática italiana* en Victoria; tres *compañías de zarzuela*, dos españolas y una nacional en Mayo, Rivadavia y la Comedia; otra *compañía de bufos y coreográfica* en Apolo; *dos compañías cómico-dramáticas italianas* en Doria y Libertad; otra *compañía lírica italiana* en el Politeama, *conciertos* en el Casino, y *dos compañías ecuestres* en los Circos Anselmi y Alarcón.

¿Cuál de estos espectáculos líricos de representación *españoles, alemanes, franceses é italianos* ha de dar el tono al teatro hispanoamericano nacional?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO. — MÉJICO: Reelección de Porfirio Díaz. — Relaciones con los Estados Unidos.—Temores y desconfianzas.—CUBA: La próxima Convención y el proyectado Código constitucional.—Limitaciones que imponen los Estados Unidos para el uso de la independencia. — Dudas y desconfianzas.—Votos de España por la independencia de Cuba.—COLOMBIA: Término de la insurrección. — Combate y bombardeo de Panamá. — Intervención del Cónsul americano y del jefe del crucero inglés *Leander*.—Renuncia de San Clemente.—VENEZUELA: Proclamación de la paz.—ARGENTINA: Visita de Campos Salles.—Nuevo aplazamiento.

Ha llegado Méjico, bajo el Gobierno del General Porfirio Díaz, á una altura legal como no existe otra semejante en el mundo. La forma de sus instituciones tiene por base sustantiva el derecho electoral. Méjico es el único país del mundo donde prevalecen instituciones basadas en el sufragio de los pueblos, en el que este sufragio se ejerce sin coacciones, sin lucha anterior de programas más ó menos sinceros, sin ningún género de violencias, sin ninguna discordancia de partidos. Las elecciones presidenciales se han verificado el día 8 de Julio último, y la candidatura del General Porfirio Díaz ha salido triunfante por *el voto unánime* de los electores. Toda la prensa, así de la capital como de los Estados federativos, proclaman unánimemente también, que esta elección traduce fielmente la voluntad nacional.

En los veintidós distritos en que está dividida la República para la elección de los miembros de las Cámaras federales,

el distrito federal de la capital, el del Estado de Méjico con las ciudades de Toluca, Sinacantepec, Lerma, Tenango, Tenancingo, Sultepec, Timasealtepec, Valle de Bravo, Ixtlahuaca, Jilotepec, Tlalnepantla, Cuautikan, Zumpango, Otumba, Texcoco y Chalco, y los distritos de Morelos, Hidalgo, Puebla, Michoacan, Querétaro, Tepic, Jalisco, Oaxaca, Tlaxcala, Zacatecas, Guanajato, Durango, San Luis del Potosí, Veracruz, Tabasco, Coahuila, Chiapas, Colima, Sinaloa y Michoacan, las elecciones de Diputados y Senadores se han llevado á cabo con la misma regularidad, y sin que se provoquen esos accidentes ruidosos de los países en que el método y el cuerpo electoral están corrompidos, y hasta en las elecciones para la Suprema Corte Federal la imposición legal es tan poderosa, y de tal modo arraiga en el corazón del pueblo mejicano, que la de los cinco puestos de magistrados que ha habido que cubrir, se ha hecho, ó por otros de inferior categoría, cuya elección ha equivalido á un ascenso, ó por Senadores y otras personas de posición tan respetable.

A la elección presidencial habían precedido en algunos Estados grandes manifestaciones porfiristas, como la que se verificó en Veracruz, en la plaza de Armas, el día 2. La hizo el pueblo entero congregado en grupos numerosísimos, y en ellas aclamaron al General Díaz para la Presidencia, y á don Apolinar del Castillo para el Gobierno del Estado. Contra Castillo hubo algunos protestantes, pero los discursos pronunciados en el parque Ciriaco Vázquez, al pie de la estatua del General, que allí se levanta, por muchos oradores entusiastas del hombre que ha transformado en algunos años la paz moral, económica, industrial y política de la República, fueron siempre aclamados por la multitud.

Es la cuarta vez que Porfirio Díaz es reelegido para la Presidencia, que durará hasta 1904, y en el beneplácito que su reelección produce, tiene el raro privilegio de hallar totalmente conforme con el voto de sus pueblos las numerosas colonias extranjeras que residen en aquel país. El día de la re-

elección se vieron por las calles grupos de españoles, italianos y franceses, fraternizando con los del pueblo mejicano, y asociándose á sus alegrías y á su satisfacción, sobre todo, cuando en la mañana del día 9 se vió á las Comisiones de los seis colegios electorales de la capital, dirigirse al palacio de Chapultepec para dar cuenta al General Díaz del resultado del escrutinio y de las noticias que el telégrafo comunicaba de los demás Estados, así como para felicitarle en discurso de tonos levantados que pronunció el Licenciado Chavero. La contestación del General en cada período, excitó el entusiasmo, si bien en él Porfirio Díaz no añadió una frase más á las protestas que hizo ya hace algunos meses cuando le fue ofrecida su candidatura: «Si es grande el honor — dijo — que todo ciudadano recibe cuando es llamado á la primera magistratura de su nación, este honor sube de punto cuando en un período continuado se repite tantas veces y se consagra en voto solemne de la voluntad nacional por el unánime voto de los que le eligen. Como he consagrado á mi patria mi juventud y mi edad viril, le consagraré, si me lo pide, hasta el último aliento de mi existencia. Pero tengo setenta años de edad y cuarenta y tres de servicios. ¿Podrán responder mis aptitudes á las esperanzas de la patria?»

*
*
*

Registrando los diez ó doce periódicos que se publican en Méjico por sus connacionales, fácilmente se advierte que allí se vive en una perpetua alarma con el espíritu imperialista de la gran República vecina, que á todo aquel continente amenaza sin disimulos. Cada día, de algunas de las ciudades de los Estados Unidos, llega un nuevo grito de absorción, y aun la aparente atención que en Washington se ha tenido, señalando á Méjico para que en su recinto se celebre el segundo Congreso panamericano en el mes de Octubre de 1901, lejos de haber lisonjeado el espíritu nacional, lo exalta, hasta inspirar

y producir artículos como los últimos aparecidos en las columnas de algunos periódicos. Ya desde que el señor Bourke Cockran, uno de los *leaders* del partido demócrata, pronunció en Nueva York el 27 de Junio pasado aquel discurso en que pronosticaba que no sería improbable que en día relativamente cercano las anexiones que el imperialismo yanqui proyecta, tendiese su garra sobre Méjico, la América Central y toda la del Sur, veíase por la opinión con alegría que el Departamento de Guerra y Marina, que desempeña el General D. Bernardo Reyes, enviaba al astillero de Cramp al señor Altamirano y Gonzaga, comisionado para encargarse de la construcción de dos cruceros protegidos de rápido andar, que sirvieran de partida para la formación de la gran Marina que Méjico necesita tener para defender sus costas y proteger su creciente comercio, y que posteriormente se hacían nuevos contratos con el establecimiento naviero de Greenwich, en Inglaterra, para otros cinco barcos de guerra, entre ellos dos acorazados de primera, que unidos á las remisiones pedidas á los arsenales de los Estados Unidos, y á la escuadrilla que Méjico ya posee, podrán constituir una fuerza naval ofensiva y defensiva, á lo menos del porte de las que recientemente han creado en el Atlántico y en el Pacífico la Argentina y Chile. Sumadas, en alianza común de raza, estas tres escuadras, podrán ser un valladar que contenga las arrogancias humillantes con que los sajones del Norte insultan y provocan á diario á los hispanoamericanos del Norte, del Centro y del Sur. *El Nacional*, de Méjico, ha aplaudido sin reservas estas determinaciones, contra las tendencias de esa política agresiva bautizada con el nombre de imperialismo, y contra el jingoismo yanqui que, adulando la opinión pública de su país con espejismos de grandezas semejantes á las de la antigua Roma, llega á inspirar artículos como los de Samuel E. Moffet, en *The Forum* de Nueva York, en los cuales se vaticina la ruina de todas las actuales naciones del mundo, para condensar sus territorios en tres grandes y únicos imperios, encabezados por

Inglaterra, señora del África y Europa, Rusia dominadora del Asia, y los Estados Unidos adueñados de todos los demás confines del planeta. *El Nacional* deduce de estas jactancias, que el nuevo período presidencial de Porfirio Díaz tiene por misión suprema dotar á su país de los elementos necesarios de defensa y de las alianzas de raza indispensables, si no para convertir en *un desierto*, como quería D. Sebastián Lerdo de Tejada, las fronteras que median entre Méjico y los Estados Unidos, al menos para poner á la República en estado de poder asegurar siempre su independencia, y rechazar todas esas ligas con el enemigo común, y esas alianzas secretas ofensivas y defensivas en que algunos piensan, y que no serían sino poner en manos del poderoso rival la suerte de la nación.

El Tiempo se adhiere á estas ideas; y aunque aspira á vivir, y á vivir con todo el aliento de la moderna civilización, rechaza toda inteligencia con quien las pueda absorber, no abiertas tanto las heridas de los recuerdos de los despojos pasados, cuanto las de las amenazas que cada día se formulan y renuevan. *La Patria* es la única que difiere de los que sustentan á todo trance ideas *nacionales* enfrente de la corriente *cosmopolita*. Ella es la única que opina que á toda América conviene estrechar relaciones con los Estados Unidos, porque *la unidad latina está deshecha por el tiempo y por el espacio*. Pero mientras *La Patria* se expresa así, las tendencias más serias y reflexivas hasta en el halago del Congreso panamericano, han hallado un motivo de terror y han exclamado el *timeo Danaos et dona ferentes*. ¿Qué será el Congreso panamericano para las jóvenes Repúblicas de sangre ibérica?, se preguntan. Y el escritor sudamericano Vargas Vila les responde: «¡El Congreso panamericano! ¡He aquí el momento de la conquista! ¿Concurriréis á la cita, pueblos incautos de la sangre latina? Acudir es delinquir. ¡Contemplad la odisea de ese pillaje! En Cuba, la ocupación: ¡conquista disfrazada! En Manila, la guerra de exterminio: ¡conquista salvaje que hiere los sentimientos de la humanidad! En Puerto Rico, la posesión y el hambre: ¡con-

quista salvaje! En Nicaragua, la adquisición del canal: ¡conquista amonedada que hiere todos los idealismos! En Colombia, la guerra civil y la intervención forzada: ¡conquista del crimen y del engaño! Por dondequiera, la falacia, la intriga, la crueldad y el despojo. ¿Y estas son victorias de la civilización? ¡Escritores, pensadores, diaristas de nuestra América latina, engañados, han aplaudido algunas de estas conquistas! ¡Qué inocencia! ¡Ellas darán sus frutos de oprobio, de servidumbre y de maldición para todos nosotros! ¿Por qué no hacer ver á todos nuestros hermanos lo que son, en realidad, la raza que se propone dominarnos y el pueblo que se propone uncirnos al carro de su poder? Su raza insultadora y arrogante, es nuestra enemiga y nuestra difamadora. Su pueblo se jacta de grande, y sólo es insolente con nosotros; presume de superior, y sólo piensa en conquistarnos. Ante este pensamiento de conquista, que avanza como una ola, callar ¿no es un delito? La victoria ha hecho augusto el crimen. Ante las hordas que se aprestan á caer del Norte sobre nosotros, demos el grito de alarma, pongámonos alerta. ¿Qué dique levantaremos ante la ola de los bárbaros que adelanta? La fuerza se repele con la fuerza. Preparémonos á resistir, y nuestra arma primera sea la unión. La unión es la fuerza: unión de Méjico con sus hermanos del Centro; unión de la antigua confederación colombiana; unión de la antigua confederación del Plata; unión de las vertientes andinas entre Chile y Perú y Bolivia: ¡que por todas partes, en vez de los síntomas de guerra que nuestros contrarios atizan para dividirnos y debilitarnos más, que no se escuche otro acento que el de unión, unión, unión! Un Congreso de esos pueblos y de esa raza, convocado en la Argentina y reunido en Buenos Aires, precisamente enfrente á este Congreso pérfido panamericano, con que se nos trata de encadenar, prestando nosotros nuestro propio consentimiento, ese sería el principio y el lazo de esta unión. La gran metrópoli del Sur, haciéndose el nido del alma latina, frente á la metrópoli del Norte, hecha nido sombrío del alma sajona, se-

ría la nueva Jerusalem de nuestra redención. Entre tanto, pueblos hispanoamericanos, pensadlo bien: no asistid á la emboscada del panamericanismo, no asistid.»

*
* *

El concepto que de la perfidia de la política norteamericana ha llegado á formarse en todo el mundo es tal, que cuando el Gobernador general de la Isla de Cuba ha publicado las ordenanzas convocando para la elección de los miembros de una Convención nacional que haya de proceder á la obra de una Constitución fundamental política, que ha de preceder á la de los mandatarios supremos que han de ponerla en práctica, este anuncio de próxima realización de la suspirada independencia, ha promovido mayor número de desconfianzas que jamás han existido. La ordenanza del General Wood, cuyo preámbulo establece que la prueba de moderación que el pueblo de la Isla ha dado en el ejercicio de su soberanía al hacerse las elecciones para la constitución de los Municipios, lo habilitan para que pueda lograr el uso total de su independencia, protestando los Estados Unidos de que jamás han tenido intención de absorber su soberanía ni ejercer otra intervención que la que exige la seguridad de la pacificación, marca la fecha en que han de verificarse así las elecciones, como la inauguración de la nueva Asamblea constituyente, el número de delegados por distritos ó provincias, correspondiendo tres á Pinar del Río, ocho á la Habana, cuatro á Matanzas, siete á Santa Clara, dos á Puerto Príncipe y siete á Santiago de Cuba, en total 31, y si bien no determina el punto en que se ha de tener la reunión, generalmente se cree que será en Santa Clara, por ser el centro geográfico de la Isla. Mas aunque hasta ahora no hay más actos oficiales procedentes del Gobierno delegado de los Estados Unidos, por donde pueda conocerse toda la extensión y toda la profundidad de sus intenciones, no han podido dejar de ser temas de discusión en el asunto, qué liber-

tad ó qué limitaciones dejará el Gobierno de Washington, así á las líneas generales de la obra constituyente, como á las demás prerrogativas que incumban á un Gobierno en realidad independiente y soberano, toda vez que ya amenaza con un criterio de coacción irresistible la prescripción de la misma ordenanza en que atribuye á la Convención *nonnata* como una de sus facultades precisas, ó más bien de sus obligaciones impuestas, la que conjuntamente con la obra constitucional habrá de dejar determinados en ella, de acuerdo con el Gobierno de los Estados Unidos, las relaciones que han de existir entre este Gobierno y el de la Isla de Cuba. Si las restricciones que desde luego se imponen á la Convención cubana, son las de dejar á cargo de los Estados Unidos las relaciones exteriores del Gobierno de la Isla, la prohibición de poder declarar la guerra sin permiso del Gobierno de Washington, el derecho de veto que éste se reserva en la legislación y en los actos financieros, principalmente en lo relativo al aumento de la Deuda, la supervisión permanente del Gobierno norteamericano sobre el Tesoro de la Isla, y la guarnición militar indefinida por parte de los Estados Unidos de las fortificaciones que dominan el puerto de la Habana y otros importantes para la seguridad y defensa del territorio, lo que los Estados Unidos dan á Cuba es una verdadera pamema de independencia, colocándola en una situación más restringida y penosa que la que España le ofrecía con su no aceptada autonomía. Como dice muy bien un periódico americano, si se despoja á un país del derecho de administrar su propia Hacienda y su fortuna, y si se le niega la facultad de mantener representación y relaciones exteriores, y se le impone el yugo de una fuerza militar extranjera y permanente que le cohiba y le mantenga en perpetua amenaza, ¿qué quedaría á Cuba, después de reunida la Convención, redactado un Código y constituido un Gobierno al parecer soberano, que representara los atributos verdaderos de esta decantada soberanía? Pero hay más: los Estados Unidos, que arrogándose la facultad de decretarlo todo, ha

repugnado dar á la Isla de Cuba una Constitución hecha, como Napoleón la daba á España desde Bayona en 1808 para la Monarquía que había de regir su hermano, y como España en sus prerrogativas soberanas la otorgaba á Cuba por medio de los decretos de su Constitución autónoma, ni aun en la redacción del Código que ha de discutir la Convención que se reunirá en Noviembre próximo, renuncia á una inspección personal constante que, sin embargo, no bastará para que, después de redactado y aprobado el nonnato Código, en Washington se tache y anule en él lo que parezca, y desde luego se anuncia, aunque la ordenanza del Gobierno general no lo expresa, que á intervenir los actos de la Asamblea irá un Ministro de la Suprema Corte de Justicia Federal, que se supone sea el Juez Brown, y aun el mismo Coronel Secretario de Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca, Mr. John Hay, asistirá á la instalación, hasta dejar á la Asamblea en funciones. El primer movimiento que en la opinión pública de Cuba han causado estas disposiciones, ha sido de no encubierto disgusto, y el telégrafo nos comunica que algunos de los hombres más significados en la lucha por la Independencia, todos los que constituyen el partido nacional, han elevado mensajes á Mac-Kinley, protestando de lo que se hace y pidiendo lisa y llanamente la independencia prometida, sin limitaciones que la reduzcan á una verdadera comedia.

Muchos han llevado su pensamiento más allá, é imbuídos del espíritu de desconfianza que despiertan los actos tortuosos de la política americana, inseguros de lo que pueda salir de la Asamblea que se ha convocado, creen adivinar que si el Gobierno de los Estados Unidos, comprometido por el acuerdo de Abril de 1898, no podía decorosamente dejar de hacer algo que demostrara su firmeza en otorgar á Cuba la independencia ofrecida, en el momento de llegar á realizarlo, como un acto de estrategia del partido reinante en las vísperas de la reelección de Mac-Kinley, contrastado por los demócratas de Bayen, que han escrito en su programa la libertad de todos

los pueblos conquistados por el imperialismo, no se obra de buena fe, dejando las cosas dispuestas de tal modo, que en el primer conflicto que surja de una situación amarrada con tantas cadenas y minada por tantas emboscadas como los norteamericanos son maestros de inventar y tender, esta independencia con tantas cortapisas sólo equivaldrá á una carrera de obstáculos insuperables, á fin de hallar en ellos mismos el pretexto de mañana, para sincerar la conducta del Gobierno yanqui, y realizar la anexión definitiva. La independencia que los Estados Unidos tratan de otorgar á Cuba no es otra cosa que la consagración legal por los cubanos del alto protectorado que el Gobierno de Washington se reserva. Sus mismos delegados y representantes pondrán todos los medios imaginables para que el edificio de la independencia fracase, y cuando ni la isla haya conseguido el grado de prosperidad que por su soberanía se promete, y antes bien, esta misma soberanía haya producido un cúmulo insuperable de dificultades políticas, económicas, sociales, como las que se crean con manos ocultas y sin descanso en otras repúblicas latinas, á quienes no se permite un momento de paz interior, entonces los Estados Unidos se hallarán en condiciones de mentir al mundo que ellos han hecho por la independencia de Cuba todos los sacrificios imaginables, y que, no lográndose los frutos de esta posesión de sí misma por la condición ingobernable de sus habitantes, los Estados Unidos tienen que poner coto en nombre de la civilización, de sus intereses lesionados y de su alta representación en la prosperidad del mundo americano, sometiendo á Cuba, no á la anexión de un Estado confederado, sino á la situación vejatoria y afrentosa en que se ha puesto á Puerto Rico.

A poco que se observe la conducta seguida por los Estados Unidos en Cuba durante los dos años que lleva de ocupación, se ve que, en vez de fomentar, como habían prometido, con grandes y nuevas empresas la prosperidad de la isla, han hecho todo lo posible para impedir que se levante de su postración, ya cerrando las puertas á las nuevas empresas por me-

dio de la ley Foraker, ya llevando á los Estados Unidos lo más saneado de la recaudación aduanera, que es casi la única fuente de los ingresos de la isla, ya dejando subsistentes los crecidos derechos arancelarios que en los Estados Unidos gravan los principales productos cubanos, como el tabaco y el azúcar; en tanto que ellos, sin pedir permiso á los habitantes de la isla de Cuba, han reformado á su sabor el arancel de la gran Antilla en el sentido de beneficiar las procedencias de la República del Norte: es decir, que en la situación que los Estados Unidos han creado para la isla de Cuba, Cuba da á los Estados Unidos casi el libre cambio, y los Estados Unidos á Cuba el ultraproteccionismo. Consideremos como hechos secundarios los que simplemente se presentan á la vista como esencialmente abusivos, en cuyo número incluyamos las inmoralidades escandalosas de la administración que iban á moralizar, y que tan alto han puesto el nombre honrado de la administración moral de los Estados Unidos en las filtraciones descubiertas en la Administración de Correos, y en el hecho que todo el mundo presencia atónito en Cuba, de las importaciones, libres de derechos, que en ella se hacen, de cuantos víveres, ropas, calzado y todo género de productos se envían con destino á su ejército de ocupación, y cuyas cuantiosas mercancías invaden ilícitamente las plazas mercantiles de toda la isla, bajo el título de sobrantes, haciendo sus importadores un pingüe negocio de muchos millones de dollars contra las industrias locales y el comercio matriculado que paga sus impuestos, sus derechos aduaneros y todos los gravámenes que sobre ellos pesan.

Cuando las limitaciones y condiciones que se imponen á los instrumentos sobre que ha de girar la independencia de Cuba, erigida en República soberana, son de tal naturaleza que equivalen á atar más y más las manos de aquel país, al que, á título de protector, se ha erigido en su interventor omnímodo, la independencia que haya de surgir de los actos que se preparan, no será más que una ficción momentánea que

apareje para plazo más próximo, y nunca lejano, el atropello de la anexión que todo el mundo ve inminente. La ordenanza para la reunión de la Asamblea de los treinta y un constituyentes, el Código que se proyecta y sobre cuyas bases el Gobierno americano se reserva el derecho del veto, la prohibición del mantenimiento de relaciones exteriores, la intervención continua de las operaciones financieras del Gobierno de la isla, la ocupación militar de sus fortalezas por un tiempo ilimitado, quitan al acto de la independencia toda su elevada consagración y lo reducen á una farsa que repugna.

Para España esta situación de las cosas es tan afflictiva como para los cubanos mismos. Los cubanos, que, como LA ESPAÑA MODERNA repetidas veces ha dicho, ayer fueron nuestros rebeldes y los tratábamos como á tales, desde el Tratado de París se elevan en nuestro pensamiento, como todo el mundo latinoamericano, á pesar de la esquivez de la suerte, á la categoría del interés de raza y de familia que estrechan más los vínculos de todo género que á aquella isla nos une y unirá siempre. No podemos dejar de mirarlos, por lo tanto, como hermanos, y sus intereses son nuestros intereses. Hoy conspiran los Estados Unidos solapadamente contra Cuba, como ayer conspiraron por Cuba contra España. Entonces los cubanos se convirtieron en auxiliares de los que se les vendían por protectores. Nunca Cuba espere de España las represalias de esta conducta. El afán de su independencia es hoy tan vigoroso en nuestro espíritu como lo fue hace tres años el de nuestros más acérrimos adversarios de la manigua. Queremos la independencia de Cuba. No volveremos á dominar más aquella isla. Pero el interés de sangre y de familia nadie logrará borrarlo jamás de nuestros corazones.

*
* *

No es sólo en la isla de Cuba donde la aproximación de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos coincide con

ciertas corrientes de pacificación ó tregua. La noticia más satisfactoria, bajo este punto de vista, es la terminación de la larga guerra civil que desde Octubre del año pasado ha venido ensangrentando la República de Colombia. Antes de esta ocasión se ha escrito en estas páginas, y hay necesidad de repetirlo: la insurrección que ha sostenido en armas el general Uribe en Colombia, á nombre del partido liberal, contra la situación legal del Sr. Sanclemente, ha sido un artificio sostenido desde extrañas fronteras, y como ha comprometido la integridad de aquellos Estados, ha sido una verdadera guerra de parricidio. Desde algunos Estados del Centro, desde las provincias fronterizas del Ecuador y de Venezuela, se han prestado á la rebelión auxilios que no pecan de menos criminales, porque la hostilidad sostenida contra Colombia, de haber triunfado la dirección disolvente de la insurrección, á la vez que habría podido desmembrar profundamente esta República, hubiera abierto para el porvenir una herida no menos grave y onerosa para la integridad y la independencia ulterior de los mismos que la auxiliaban. Por fortuna, en medio de sus quebrantamientos económicos, el Gobierno legal de Colombia, ayudado virilmente por la fuerza poderosa de la opinión, ha podido defender victoriosamente el principio de la legalidad y de la integridad nacional, y por tentativas que se han hecho en unos y otros Estados para promover la conmoción, es decir, el caos general, vencedor unas veces, vencido en el campo de batalla otras, ha sostenido incólume el depósito de su poder y se han frustrado todos los esfuerzos del artificio para que aquella combatida sociedad cayera en la anarquía.

Cuando los encubiertos directores de la insurrección, después de tantas pruebas sangrientas y desacertadas, se persuadieron de la inutilidad de conseguir el movimiento general que se pretendía, la guerra se llevó al itsmo, para provocar la intervención extranjera, y esto es lo único que se ha realizado del programa fraguado hace cerca de un año por los enemi-

gos de la integridad de Colombia. El término de tan prolongada contienda ha tenido lugar en los territorios del istmo de Panamá, puesto bajo las garantías internacionales por el tratado de 1846 entre Colombia y los Estados Unidos. En virtud de dicho tratado, no sólo se declaró neutral todo el istmo, sino que los Estados Unidos adquirieron el derecho á mantener el orden en aquel territorio contra cualquier género de agresiones que lo comprometieran. Para hacer efectivos estos derechos y esta obligación, ya que ninguna potencia de Europa, ni ningún otro Estado americano, han proyectado la menor tentativa de invasión contra el territorio de Colombia ni en los fracasos de las compañías constructoras del canal, ni por ningún otro motivo, ha sido necesario sugerir á una fuerza lanzada á las aventuras parricidas de una revolución la idea de venir, vencida en todas partes, á reñir sus últimos combates donde el interés internacional pudiera ser herido para provocar esta intervención. Y así ha sucedido; pero con la particularidad, de que, aunque en la secretaría de Estado del Gobierno de Washington, apenas llegaron el 25 de Julio último las noticias de que los insurrectos colombianos se disponían á bombardear la plaza de Panamá, se tomaron aceleradas disposiciones, á fin de que la intervención yanqui obrase como el rayo, el Cónsul americano en aquella ciudad, Mr. Cudger no pudo eludir la acción común con los marinos del crucero inglés *Leander*, cuyos diligentes oficios alcanzaron, después del brutal combate del día 26 en que las fuerzas revolucionarias perdieron entre sus numerosos muertos á los generales Temístocles Díaz y Joaquín Arosemena y las del Gobierno al coronel Barona, á los comandantes Holguín y Linares y el capitán Pacheco, se firmase primero un armisticio para dar sepultura á los muertos, y después un acto de sumisión de los rebeldes derrotados á las autoridades legales, en virtud de concesiones recíprocas así de concordia política como de humanidad.

Todavía, á pesar de las confirmaciones oficiales, es lícito

dudar si esta revolución que á tantas escenas horrorosas é indescriptibles de sangre y estragos ha dado lugar, habrá tenido definitivo y deseado término. ¡Tantas veces se ha anunciado el fin de la revolución después de un hecho tan doloroso como la jornada del 26 de Julio en los arrabales de la ciudad de Panamá! Los que han descrito por medio del telégrafo las escenas de aquel día, no titubean en asegurar que aquellos pacíficos territorios, llamados á otras lides civilizadoras y de comunicación entre los hombres, jamás han presenciado tan numerosa hecatombe. Después de estos sucesos, en Bogotá hubo una reforma en el Ministerio del Sr. Sanclemente, y el telégrafo últimamente ha anunciado que este anciano magistrado ha renunciado la presidencia. En realidad, Sanclemente era la ley y era el derecho; pero á veces más que la ley y el derecho vale la paz, y Colombia es uno de los pueblos americanos que tienen más urgencia de conquistar en propio provecho las seguridades de una larga pacificación.

Aún no terminada la guerra civil, las quejas producidas, ya por los auxilios dispensados á los revolucionarios, ya por las recíprocas invasiones de los territorios limítrofes y de algunos abusos cometidos por unos y otros invasores, hacían temer una ruptura de relaciones entre Colombia y el Ecuador. Si el cambio de situación que se ha verificado logra dominar también pacífica y satisfactoriamente estas asperezas, tal vez Colombia pueda entrar pronto en el camino de las reparaciones que le son tan necesarias. El sucesor de Sanclemente ya ejerció la presidencia antes que éste la asumiera en su persona, con mucha autoridad y prestigio. Se dudó entonces si en la avanzada edad de Sanclemente su magistratura podría dar ocasión á conflictos como los que han sobrevenido. El invocó su derecho, y, aunque residiendo fuera de la capital de la República, ha conllevado su poder sin que las fuerzas sanamente gubernamentales del país le hayan abandonado un solo instante. En honor de Colombia, hay que reconocer que el país en su mayoría, durante la larga insurrección, ha

estado con la legalidad. Que no falte á la nueva situación esta fuerza y este prestigio, y que, con éxitos inmediatos, haga comprender á los revoltosos de Colombia que entregarse á la protección de los émulos de la patria equivale tanto como á hacerla traición.

*
* *

De las mismas alegrías en la paz participa Caracas, la capital de Venezuela. Allí, donde recientemente se había dado el escándalo del encarcelamiento y expulsión del juriscousulto y diplomático chileno Ricardo Becerra, una de las inteligencias científicas más ilustres de la América ibérica contemporánea, el 24 de Julio último, su Presidente, el General Castro, después de haber hecho abortar todas las tentativas de revolución armada que se habían venido haciendo, desde su elevación á la presidencia de la República, expidió una proclama, declarando oficialmente la paz en toda la nación venezolana. La publicación de este documento se hizo en la fiesta del cumpleaños de Simón Bolívar, y por lo tanto, revistió toda la solemnidad apetecible para hacer vibrar el acto en el corazón de todos los caraqueños.

Después de este acto se procederá ahora á las elecciones generales. Para preparar este acto, que han de sancionar los poderes que el General Castro ejerce, ha hecho una modificación ministerial, otorgando los cargos del Ministerio á hombres que gozan tanta reputación por sus talentos, como prestigio por su probidad. Tiempo es ya de que estas jóvenes Repúblicas entren en un régimen legal de conducta imperturbable. ¡La paz! ¡La paz! Es el mayor beneficio que puede darse á aquellas jóvenes sociedades que tienen que desarrollar tantos gérmenes de que les dotó la Naturaleza para su prosperidad y florecimiento. Europa habrá de envanecerse de no tener que arrepentirse de haberse apresurado á recono-

cer el poder del General Castro sobre los estragos de una revolución.

* * *

Los continuados aplazamientos que ha venido sufriendo desde Mayo último la retribución de la visita al General Roca, Presidente de la Argentina, por el del Brasil, Campos Salles, son cosa que no puede menos de llamar la atención del mundo político. El último plazo que se fijó fue para el 8 de Setiembre. Ahora, para que vuelva á aplazarse, sirve ya de pretexto la probabilidad de que, como en el año último ocurrió, se propague al Brasil la epidemia bubónica que ha vuelto á presentarse en la Asunción del Paraguay. Mucha desgracia será, en efecto, que este azote aflija de nuevo al Brasil; pero como los espíritus políticos suelen ser tan descreídos, no á la epidemia del Paraguay, sino á otras causas de más honda importancia atribuyen estos aplazamientos.

La cuestión es saber, si los origina algún móvil político, cuál es la tendencia de este móvil. Parecía cuando Roca visitó á Montevideo y á Río Janeiro que en el fondo de estas visitas palpitaban salvadoras alianzas. Los problemas suramericanos, calladamente unos, á gritos otros, se complican. Chile por una parte, la Argentina por otra, refuerzan con nuevas construcciones sus fuerzas navales respectivas. El Perú hace ostentosos avances de aproximación hacia la Argentina, y Bolivia se liga en causa común con su vecino de los Andes. Los límites en el Brasil y la cuestión del Acre pone en suma tirantez las relaciones de Pando con Campos Salles; y mientras al Perú se atribuye que buscando la protección de los Estados Unidos hasta ha cedido al gobierno de Washington un depósito de carbón en sus costas, Mr. Hay no logra convencer á Morla Vicuña de que Chile concurra en Octubre del año que viene al Congreso panamericano de Méjico.

Los problemas iberoamericanos nos tienen acostumbra-

dos, con contadas excepciones, á que las situaciones más rígidas se deshagan como el grano de sal en el agua, y nosotros nos alegramos siempre de ello. Pero las nubes que se amontonan en el extremo austral de la América del Mediodía ¿terminarán en borrasca inevitable? Los aplazamientos de la visita de Campos Salles á Buenos Aires mucho nos hacen meditar.

IOB.

CRÓNICA LITERARIA

EÇA DE QUEIROZ.—Alejamiento intelectual entre españoles y portugueses.—Representación de EÇA DE QUEIROZ en la literatura portuguesa.—La influencia francesa.—EÇA DE QUEIROZ y Flaubert y EÇA DE QUEIROZ y Zola.—Principales obras del escritor portugués.

El nombre de Eça de Queiroz les habrá sonado á cosa nueva á la mayor parte de los que hayan leído en los periódicos, días pasados, la noticia de la muerte del novelista portugués. Puede decirse que se ha hablado más de éste al noticiar su fallecimiento, haciendo las breves necrologías que son de costumbre en estos casos, que se habló de él en vida á la publicación de sus libros, ignorados casi todos del público español, y hasta de algunos de nuestros literatos y críticos. Sobre las obras de Eça de Queiroz sólo recuerdo algún artículo de la señora Pardo Bazán. No sé si algún otro crítico trataría de ellas, pero si lo hubo en efecto, sería una excepción más.

Era, sin embargo, Eça de Queiroz escritor tan digno de estudio ó más acaso, que bastantes de los literatos franceses que nos son familiares, y de los cuales se suele hablar largamente en los periódicos con motivo de la publicación de cualquiera de sus libros ó del estreno de alguna de sus obras dramáticas si de dramaturgos se trata. El caso del autor de *Os Maias* es un ejemplo más del apartamiento intelectual y moral

de los dos pueblos hermanos de la península ibérica, que son dos hermanos que no se tratan. No sé á ciencia cierta si en Portugal se leen algo los autores españoles, pero es visible que la literatura española no ejerce allí influencia apreciable. En cuanto á nosotros, apenas hay quien lea á los escritores portugueses modernos, y la falta de comunicación entre unos y otros peninsulares es tal, que recuerdo como hecho característico lo que me decía un librero hace algún tiempo al explicarme el excesivo retraso en la llegada de un libro portugués (creo que del mismo Eça de Queiroz ó de Oliveira Martins): «Prefiero pedir libros al Japón; es mucho más fácil y más breve.» Parece que entre ambas naciones se alza un invisible muro que trueca su vecindad en apartamiento.

Los dos escritores que he citado, Eça de Queiroz y Oliveira Martins, tan notables ambos, cada uno en su género, novelista el uno, escritor didáctico, historiador, sociólogo y jurisconsulto el otro, verdadero polígrafo, en suma, fueron poco conocidos en España, apenas más que de nombre, á pesar de la fama de que en su país, tan próximo, gozaban. De Oliveira Martins se tradujo al castellano la *Historia de la Civilización Ibérica*, pero ninguno de sus restantes libros, ni la *Historia de Portugal*, ni *As Raças humanas*, ni el *Portugal contemporáneo*, ni el *Quadro das instituições primitivas* fueron vertidos á nuestro idioma. Ni siquiera lo fue la obra maestra de Oliveira desde el punto de vista literario: el *Sistema dos Mythos religiosos*, que recuerda á Renán por la magia del estilo y es sin disputa una de las más acabadas tentativas de evocación poética de la historia religiosa. «Para escribir este libro—decía el autor en la introducción que le puso—querría disponer de una pluma que fuese como la varita de las hadas; y querría poder mojarla en tinta semejante á los filtros de los magos ó al *Soma* de inmortalidad de los dioses védicos.» Oliveira encontró la pluma que necesitaba. En su libro puede discutirse al pensador pero hay que admirar al poeta.

De Eça de Queiroz se tradujeron al castellano dos obras:

O primo Bazilio y *O crime do Padre Amaro*, pero casi puede decirse que sólo se tradujo una, la primera, pues la versión de la última, tomada sin duda de la primera edición portuguesa, no da idea de esta novela, que el autor refundió, corrigió y aumentó hasta el punto de convertirla casi en una obra nueva. La edición definitiva tiene doble extensión de la primera, y en la portada se lee: *Terceira edição.—Inteiramente refundida, recomposta, é diferente na forma é na acção da edição primitiva.* Esta transformación tan radical de una obra literaria, caso poco frecuente, se explica diciendo que *O crime do Padre Amaro* se publicó por primera vez en una Revista (la *Revista Occidental* de Jayme Batalha Reis), y como Eça de Queiroz dejase pasar tiempo sin acabarla, el editor encargó á un escritor adocenado que la pusiese término. No respondo de la exactitud de esta historia, pero hay que reconocer que no es inverosímil.

Ni Oliveira Martins, ni Eça de Queiroz, alcanzaron toda la notoriedad universal á que su mérito les daba derecho. Padecieron ambos las limitaciones á que les condenaban su patria y su lengua. Franceses, ingleses, alemanes ó italianos hubieran conseguido el renombre de notabilidades europeas. Pero hijos de una nación decadente y obscurecida, artífices de una lengua que no alcanza la difusión de los idiomas que combaten en primera línea en la batalla de las lenguas; su fama atravesó con trabajo las fronteras de su país, y fuera de ellas no llegaron á ser populares, ni siquiera muy conocidos, si bien lo fue algo más Oliveira Martins por la índole de sus trabajos, por el carácter cosmopolita de los estudios científicos, categoría á que pertenecían sus escritos jurídicos, sociológicos é históricos, y en parte también por la posición que alcanzó á última hora en la política de su país.

Si los grandes hombres se guiaran por su interés, en nadie serían tan poderosas como en ellos las sugerencias del patriotismo, que, por el contrario, suele estar más vivo y arraigado en los humildes, en los oscuros, en los *números* de la masa so-

cial que en los espíritus superiores. A estos es á quienes principalmente afecta la grandeza ó decadencia de su patria. Pertenecientes á una gran nación, se les abren, fáciles, todos los caminos del renombre y del buen éxito y se les vienen á la mano todos los medios materiales y sociales necesarios para la realización de su ideal. Hijos de una nación pobre y empedeñecida, se encuentran como alejados del movimiento del mundo; la Naturaleza les ha dado alas para elevarse á las más altas regiones, pero la Historia les sujeta al suelo con los obstáculos de un idioma poco difundido, de la falta de ambiente literario ó científico y de la ausencia de la atención del mundo en el rincón donde nacieron. Se hallan mal colocados en el campo de batalla, y su esfuerzo tiene que ser más penoso y perseverante si han de alcanzar el laurel de los vencedores. En cambio, en la vida en la masa vulgar hay menores diferencias. Con más ó menos grados de bienestar y mayores ó menores aspiraciones, la vida del obrero y de la más modesta burguesía es muy semejante en todos los pueblos civilizados. Y, sin embargo, el patriotismo típico, que no razona, pero siente, producto del hábito y de la herencia, es patrimonio siempre de esas capas sociales que participan menos de los beneficios y de los males que acarrea á las naciones el papel más ó menos brillante que desempeñan en el mundo. En los grandes hombres, la misma amplitud de su pensamiento les inclina á cierto cosmopolitismo, les hace ser humanos antes que nacionales.

* * *

Era Eça de Queiroz la primera figura viviente de la literatura portuguesa. Entre los novelistas de su país ninguno podía disputarle el primer puesto, ni se le acercaba siquiera en mérito. Y entre los novelistas de la península ibérica de este siglo acaso le correspondía el segundo lugar, aventajándole sólo Galdós por la magnitud y la solidez de su obra,

si bien el escritor portugués sobrepujó á veces al autor de los *Episodios* en los primores de la ejecución literaria, en la elevación y colorido del estilo, en la amplitud de su horizonte estético y en la delicadeza de la intuición artística.

En la moderna literatura lusitana, Eça de Queiroz no tenía sólo la representación individual correspondiente á un escritor de su mérito; tenía también la de ser uno de los primeros adalides de aquel movimiento literario que renovó las letras portuguesas en la segunda mitad del siglo, y abrió nuevos caminos á la corriente intelectual y artística, en la novela, en la filosofía, en la crítica, en la historia y en la jurisprudencia. Fue uno de los asiduos del brillante *cenáculo* del poeta Anthero de Quental; formó parte de aquella generación en que se dieron á conocer Quental, Theophilo Braga, Oliveira Martins, Ramalho Ortigão (el colaborador y amigo inseparable de Eça), Guerra Junqueiro y otras celebridades portuguesas.

El autor de *A reliquia* debutó en las letras en una época de encogimiento literario, de rutina, de imitación, de uniformidad de estilo, de frases hechas, y de clichés consagrados por el uso. Eça fue un innovador y un revolucionario. Prescindió de los modelos consagrados, de Herculano y Garrett, y escribió en un portugués suyo, en un estilo original lleno de vigor y de colorido, sembrado de imágenes, *vivido*, despojado de los afeites convencionales de la retórica artificiosa. Y al par con el estilo iban las ideas, irreverentes, atrevidas, saturadas de ironía, piedra de escándalo para cuantos rendían culto al justo medio.

No podían menos de escandalizar, en efecto, al público y á la crítica de entonces, acostumbrados á una literatura mesurada y enemiga de excesos, los dos rasgos capitales de los escritos de Eça de Queiros; un volterianismo remozado, *modernizado*, al estilo del de Anatolio France, aunque más enérgico y punzante en sus ironías, y un erotismo enteramente pagano. No hay obra de Eça de Queiroz, ó al menos no la hay de

las principales que salieron de su pluma, en que el amor carnal no inspire páginas escritas con la delectación de un Catulo, de un poeta de los tiempos en que el amor no se creía pecado, y en que dioses y hombres rendían el cuello sin rubor ni recato al suave yugo de la rubia Afrodita.....

Se explica que la crítica no fuera blanda al principio con Eça de Queiros, y que le tratara de ateo, de obsceno, de demoralizador. Pero el talento del autor de *Os Maias* se fue imponiendo poco á poco. El esfuerzo de la generación literaria á que pertenecía, hizo cambiar el gusto del público y reivindicó para el escritor aquella libertad que al principio escandalizaba tanto. Eça de Queiroz dejó de ser discutido, pasó á esa categoría que dan el mérito consagrado ya y la autoridad reconocida; á la posición que tiene entre nosotros Galdós, por ejemplo. Y el público le acompañó con su favor constantemente. Los libros de Eça de Queiroz eran de los que más se vendían en Portugal.

En su juventud fue periodista político, pero según parece se redujo esto á un ensayo efímero y el autor de *Os Maias* no mostró tampoco aptitudes extraordinarias para aquella profesión. Su gran afición era la novela, y novelas fueron casi todas sus obras.

Eça de Queiroz empezó á darse á conocer como literato en 1868. Dos años antes había concluído la carrera de Derecho en la Universidad de Coimbra. En el folletín de la *Gazeta de Portugal*, de Teixeira de Vasconcellos, publicó una serie de cuentos originales hasta la extravagancia. Uno de los críticos lusitanos que han escrito sobre las obras de Eça de Queiroz dice que en ellos mostraba una como epilepsia del talento. Entre estos cuentos el más popular y conocido es *O senhor diabo* que indicaba ya lo que había de ser el ingenio del autor de *O Mandarim*. Poco después, ó al mismo tiempo, publicaba en el *Diario de Noticias*, en colaboración con su amigo Ramalho Ortigão, aquel famoso *Mysterio da Estrada de Cintra* que tuvo intrigada unos días á media Liboa, y que muchos toma-

ron por relato de un suceso real y no por invención novelesca, haciendo crecer extraordinariamente la tirada del periódico. Tres años después colaboraba, también con Ramalho Ortigão, en los primeros cuadernos de *As Farpas*, publicación satírica que han comparado algunos á *Les Guêpes* de Alfonso Karr y que metió mucho ruido en Lisboa. Publicó después en la *Revista Occidental*, *O crime do Padre Amaro*. Y sucesivamente fueron apareciendo *O Primo Bazilio*, *O Mandarim*, *A Reliquia* y por último *Os Maias*, la obra maestra del novelista portugués.

Después de *Os Maias* la pluma de Eça de Queiroz no produjo nada que sobrepusiese ni igualase á esta novela. En la *Revista de Portugal* publicó la *Correspondencia de Fradique Mendes* y en la Revista brasileña editada en París, *Revista Moderna*, *A illustre casa Ramires*, que no llegó á concluirse por la corta vida de aquella publicación.

Ultimamente trabajaba, según parece, en una *Vida de San Christovao* y tenía concluída una novela titulada *As cidades e as serras*, mas estos trabajos permanecen inéditos y el primero no sé si lo dejaría bastante adelantado para que pueda publicarse.

*
* *

La influencia francesa es visible en las obras de Eça de Queiroz, como sucede comunmente con los escritores modernos de la familia ibera y más todavía con los iberoamericanos que con los portugueses y los españoles. Pero tenía demasiada originalidad el autor de *A Reliquia* para ser meramente un imitador. No es difícil advertir en sus libros la predilección por la lectura de los autores franceses modernos, la tendencia del gusto hacia los procedimientos de composición y exposición seguidos por ellos, mas Eça de Queiroz pintó tipos portugueses contemporáneos tan llenos de vida como los tipos españoles que nos presenta Galdós en sus novelas, si bien se circuns-

cribió menos que el novelista español al escenario de la clase media. Además de esto, el estilo es personal, verdadero estilo propio, en todas las producciones del autor de *A Reliquia*. No debe tomarse en cuenta para apreciar en su justo valor esa influencia francesa, el que Eça de Queiroz fuese desde 1888 Cónsul general de Portugal en París, pues anteriores á esa fecha son sus principales obras, en las que tal rasgo se advierte.

La única obra del escritor portugués que puede considerarse como una imitación y en que claramente se descubre que fue inspirada por el pensamiento de otro libro, es *O Primo Bazilio*. Esta novela es una *Madame Bovary* portuguesa, cuya acción se desarrolla en Lisboa y entre personajes lusitanos. El asunto es el mismo, aunque la obra no puede considerarse como un plagio, pues la viva y animada pintura de tipos y costumbres que hace en ella el autor de *O Primo Bazilio* basta para dar á este libro la novedad de que su argumento carecía después de publicada la conocida novela de Flaubert.

A Flaubert era á quien más se parecía en el estilo Eça de Queiroz, aunque no fuese éste, como el autor de *Salambó*, un paciente cincelador de la frase, desvelado siempre por el cuidado de la lima, sino más bien un poeta que dejaba correr libremente la vena de su espontánea y abundosa inspiración. El *Zola* portugués le llamaron algunos, quién en son de elogio, quién en son de censura; pero la comparación, fundada unas veces en el realismo del novelista lusitano, sacada á relucir otras con ocasión de la semejanza de asunto entre *La faute de l'Abbe Mouret* y *O crimen do Padre Amaro*, era poco exacta. Eça de Queiroz se parecía más á Daudet, y sobre todo á Flaubert, que al autor de *La Débâcle*.

La semejanza de asunto que existe entre las dos obras que acabo de citar, no es ya tan completa como la que se advierte entre *Madame Bovary* y *O Primo Bazilio*. La base de la acción es la misma en ambas obras: un sacerdote que quebranta sus votos; pero la manera de desarrollar y de concebir este asunto,

es muy diferente. No hay nada en *O crimen do Padre Amaro* que se parezca á aquella poética pintura del *Paradou*, que ofrece á los amores de Sergio y Albina el cuadro maravilloso de una selva encantada de cuento de hadas. La obra de Zola es un poema, un poema pagano, cuyas endechas cantan el triunfo del amor y de la carne sobre los votos del espíritu. La novela de Eça de Queiroz se desarrolla en un medio prosaico, mezquino; es acaso más humana y más real, y su mérito consiste en la fuerza dramática de la acción, y sobre todo en la extraordinaria vida de los personajes, que el lector parece que está viendo al recorrer las páginas del libro. Entre el romanticismo arrebatado de *La faute de l'Abbé Mouret* y aquella evocación de la vida real burguesa de una ciudad de provincia que vemos en *O crimen do Padre Amaro*, hay gran diferencia. Más parecido que entre estas dos obras, no obstante la semejanza de su asunto, hay acaso entre la novela del escritor portugués y cualquier otra de las obras más realistas de Zola, como *Pot Bouille* ó *La Conquête de Plassans*, cuyo argumento es completamente distinto. La analogía de los asuntos no crea la verdadera semejanza de las obras, que consiste principalmente en la manera de concebir y de desarrollar la acción, de presentar los personajes, etc.

O Mandarim y *A Reliquia*, son dos obras de gran originalidad. Sobre el fondo realista de una novela de costumbres de la vida burguesa, ingerta, por decirlo así, el novelista, en la primera de estas obras, las páginas de sabor exótico, impregnadas del perfume de Oriente de que habla Pedro Loti, de la descripción de Pekin, y en la segunda, el cuadro lleno de luz y colorido de la Judea en tiempo de la Pasión, que no cede á los mejores trozos de *Salambó*. Resulta irreverente, en verdad, la evocación del drama sagrado, en medio de una fábula mundana y licenciosa, pero no puede desconocerse el arte exquisito con que está hecha la descripción (puramente profana) de la Jerusalem histórica, y de las escenas de la tragedia divina que inmortalizó á Judea. Y en ambas obras, el contraste entre

la poesía de estas descripciones del Asia misteriosa, y estas escenas del más sublime drama de la Historia, y la prosa ó la realidad vulgar de los personajes contemporáneos que intervienen en la acción matriz de la novela, es de un efecto sorprendente.

Os Maias es, á mi juicio, la más acabada de las obras de Eça de Queiroz. Se publicó y fue escrita al mismo tiempo que *A Reliquia*. Es también la más extensa de las novelas del escritor portugués. Pero sus dos gruesos tomos, que tienen aproximadamente tanta lectura como los tres de *Angel Guerra*, se leen con interés y emoción crecientes, á medida que avanza el curso de la acción. *Os Maias* es una novela contemporánea que tiene por teatro á Lisboa, y se desarrolla en un círculo intelectual y aristocrático. El autor la puso por subtítulo *Episodios da vida romantica*, y el asunto es un drama amoroso. La intensidad de sentimiento que respiran sus páginas, recuerda *La educación sentimental*, de Flaubert. La evocación de la vida real, así en personajes como en escenas, es de una intensidad admirable. *Os Maias* es, para mi gusto, una de los mejores novelas publicadas en Europa en estos últimos treinta años.

La pérdida de Eça de Queiroz es irreparable para la literatura portuguesa. No hay en la nueva generación nadie que haya mostrado ser capaz de ocupar el puesto que deja vacante en la novela lusitana el autor de *O Mandarin*.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: BELLAS ARTES: La arquitectura en el siglo XIX.—LINGÜÍSTICA: Lenguas y dialectos.—LITERATURA Y POLÍTICA: La prensa francesa en el siglo XIX.—RELIGIÓN: Católicos y protestantes en Francia.—DRAMÁTICA: El novísimo drama en Rusia y Alejandro Ostrovski.—IMPRESIONES Y NOTAS: Los mandamientos de Tolstoi.—La literatura española en Rusia.—El futuro Papa.—Recursos de la beneficencia norteamericana.—Los filósofos rusos.—Decálogo forestal.—A propósito del lenguaje de los pájaros.—Preparación de la celuloide.—Napoleón III y Wagner.—El movimiento intelectual en el Japón.—La hora de la muerte.—La mujer en los proverbios rusos.

BELLAS ARTES

LA ARQUITECTURA EN EL SIGLO XIX.—La arquitectura desempeña en el arte—dice Frantz Jourdain en la *Revue Bleue*—el papel de la Cenicienta, olvidada ó desdeñada, como si no fuera digna de figurar al lado de sus hermanas la pintura y la escultura, la literatura y la música. Estéticamente, el fin de la arquitectura es producir sensaciones por medio de la línea, como la música por los sonidos; con sus divisiones rimadas á modo de estrofas, la arquitectura ofrece misteriosas analogías con la música, desdeñando ambas artes la reproducción de las formas corporales que constituyen la esencia misma de la pintura y la escultura.

Francia, que había ofrecido al mundo brillante ejemplo de

originalidad, creando el gótico y el Luis XV, rompió, al rayar el siglo, con su glorioso pasado, resucitando una Roma falsificada, con sus tribunas, cascos, togas, coturnos, lictores y coronas de laurel. El coche se transforma en carro, el caballo en corcel, el sillón en silla curul, y el Instituto crea el estilo *bombero*, de que todavía no estamos libres. La arquitectura se hace dura, ensimismada, pretenciosa y simétrica, tomando el aspecto de un granadero que viene á rectificar la alineación. Con sus frontones, pilastras, columnas y entablamentos, con sus líneas rectas, techos aplastados y ornamentación ampulosa y monótona, los edificios construídos bajo Napoleón se parecen al discurso latino de un retórico que no hubiera comprendido la majestad romana. A pesar del hermoso arco de triunfo del Carrousel, que es una verdadera restauración antigua, no se podrá perdonar á Percier y Fontaine el ala derecha de las Tullerías y la maciza fachada de la calle de Rívoli, ni emitir juicio favorable sobre la extravagante columna Vendome, la Bolsa, la columna del Chatelet ni el monumento á Dessaix, saliendo únicamente bien parados el Arco de la Estrella y la Magdalena que, después de todo, no encarnan ya el espíritu del estilo Imperio como ciertos detalles de la Malmaison ó del Elíseo y las fachadas de algunos cuarteles.

Bajo Luis XVIII, la arquitectura se modificó poco; y si Roma no continuó reinando con Marte, continuó con Minerva, Apolo y Venus, siguiendo los académicos considerando el románico, el gótico y hasta el renacimiento, como «manifestaciones de vergonzosa barbarie». Sólo después de 1830 reaccionó la opinión, fustigada por el romanticismo; pero no se hizo más que salir del ergástulo para encerrarse en la torre de Nesle; bajo Luis Felipe se abusó de la ornamentación, se emplearon malos materiales, se inauguró el reinado de las fundiciones más groseras, se difundieron los *simili* y el *toc*, y so pretexto de renovar el culto del gótico y del renacimiento, se retrató en los balcones á Eloisa y Abelardo, se imaginaron trovadores inverosímiles y castellanas para carniceros, cruza-

dos de Carnaval, pajes de morcilla, héroes de pastelería, se puso la ojiva en todas las salsas y se coronó de almenas las más inofensivas casas burguesas. La catedral de Orleans y Santa Clotilde son espantoso testimonio de los estragos de aquella enfermedad. Los clásicos, por su parte, alentados por el elemento oficial, no se dieron por vencidos, y la Sala Ventadour, el antiguo Hotel de Ville, el Tribunal de Cuentas y Nuestra Señora de Loreto atestiguan lo pobre de su inspiración y de sus recursos.

Dos personalidades de primer orden se destacan de entre este montón de adocenados: Viollet-le-Duc y Labrouste: el primero con sus sabias restauraciones de Nuestra Señora de París, San Dionisio, Reims, Amiens, Pierrefond y Carcasona y con sus maravillosas obras de erudición que proclaman el principio de construir según las necesidades, las costumbres, el clima y los materiales, sin preocuparse de fórmulas empíricas y caducas, y el segundo, empleando atrevidamente el metal en las construcciones y procurando dar á las fachadas la fisonomía acomodada al destino del edificio.

Siguiendo las enseñanzas de estos maestros, Dutrou levantó las naves del Palacio de la Industria, y Baltard desterró del Mercado central la piedra y la madera, llevando la audacia al extremo de introducir el hierro y el acero en la arquitectura sagrada de San Agustín. Las niñadas románticas desaparecen por otra parte, y afinado el gusto, Lassus edifica la iglesia de Belleville, joyel medioetáneo que en nada se parece á las caricaturas góticas luisfilipescas; Heret comienza la iglesia románica de Menilmontant; Dubau restaura admirablemente la Santa Capilla, la galería de Apolo y el Palacio de Blois; Ballu adorna la perspectiva de la Chaussée-d'Antin con la hermosa iglesia de la Trinidad; Corroyer obtiene el más cumplido éxito en la restauración del Mont-Saint-Michel y de la catedral de Soissons; Garnier acierta á resucitar el clásico italiano del renacimiento, afrancesado y lleno de originalidad al mismo tiempo, en el Teatro de la Opera de París; Duc levantó la co-

lumna de Julio y la severa mole del Palacio de Justicia, y Coquart dejó en el monumento á los Generales Lecomte y Clemente Tomás un modelo viril de arquitectura funeraria.

Anemiadas por la centralización, las provincias pierden su carácter propio, surtiéndose de monumentos en París, donde lo mismo se expiden proyectos á Lila que á Marsella; de aquí que sean pocos los monumentos dignos de mención, como el Museo de Grenoble, por Questel; la catedral de Marsella, por Vaudoyer, muy superior al pastel de confitería del Sagrado Corazón de París, por Abadie; el teatro de Tours, por Rohart; el palacio de Chantilly, por Damnet; la Facultad de Burdeos, por Pascal, y la basílica de San Martín de Tours, por Laloux.

A pesar de la presión de la enseñanza oficial, se descubren gérmenes de indisciplina después de la guerra de 1870. Al lado de pobres diablos muy premios de Roma y muy condecorados, algunos audaces abandonan el rebaño. Train saca deliciosos efectos decorativos del barro cocido y del hierro en el colegio Chaptal; Lheureux acaba el colegio de Santa Bárbara, comenzado por Labrouste, y termina brillantemente la Escuela de Derecho; Sedille prodiga su genio de decorador neogriego en multitud de construcciones, arriesgando felices innovaciones en los almacenes del Printemps; Magne renueva los esplendores del renacimiento francés, y Vaudremer, una verdadera gloria francesa, digno continuador de Labrouste, deja en San Pedro de Montrouge, en los Liceos de Molière y Buffon, en la iglesia griega de la calle Bizet, en Nuestra Señora de Auteuil y en multitud de palacios y aun de simples casas de alquiler, toda una fastuosa serie de obras impecables, inspiradas en el más sano espíritu revolucionario.

El éxito de la Exposición de 1889 se debe á esos revolucionarios que hicieron los palacios de azuladas cúpulas de Formigé, los amplios pórticos de Bouvard, la rozagante estación del Campo de Marte, de Lisch, y sobre todo, la galería de las máquinas, de Dutert. Desgraciadamente, aquel vigoroso im-

pulso se ha detenido, y el tren retrocede; la actual Exposición nos impondrá la dolorosa comprobación de este aserto, pues esos innumerables palacios de cartón, de *staff*, de yeso, de relleno, de pastelería y de papel mascado, ostentarán al sol la más impudente falsedad del siglo. Pero no hay que dejarse engañar por el espejismo de los palacios de los Campos Elíseos, fantasma enharinado que espanta á nuestra democracia refunfuñadora; nada de eso quedará, y artistas como Baudot seguirán la enseñanza genial de Viollet-le-Duc; con el último fuego de bengala de la fiesta de 1900 se desvanecerá la mentira que se nos ha querido imponer, y la aurora del siglo XX iluminará el triunfo definitivo de las ideas de raza y de libertad, que han producido en todo tiempo las obras maestras.

LINGÜÍSTICA

LENGUAS Y DIALECTOS.—Gaston Derys publica en la *Revue des Revues* un interesante artículo sobre «la decadencia del francés en Bélgica», que contiene provechosas enseñanzas para los españoles.

En 1880 los belgas que hablaban francés y los que hablaban flamenco eran, poco más ó menos, el mismo número. En 1.º de Enero de 1899 hablaban flamenco 3.609.221 personas, y francés 3.060.511. Hace algunos años no se reconocía en Bélgica más lengua *oficial* que el francés, mientras que hoy el Gobierno eleva el alemán al rango de lengua nacional con el francés y el flamenco, y otorga al flamenco el título de lengua oficial, lo mismo que al francés.

Desde hace algunos meses las leyes se promulgan en las dos lenguas, y en las escuelas de Bruselas se ha comenzado establecer el sistema mixto, enseñando al mismo tiempo el flamenco y el francés, siendo preciso acreditar que se conoce el flamenco para poder obtener un cargo público. Para mostrar

hasta qué punto el Gobierno belga está trabajando por la suplantación del francés, no hay más que ver sino que desde el año último los nombres franceses de las estaciones situadas en territorios de lengua flamenca han sido sustituidos por nombres germánicos: Tirlemont se llama hoy Thielen; Lovaina, Leuven; Courtrai, Cortreyck; Gante, Gent.

En Bélgica hay dos razas: la walona, de origen galo, y la flamenca, de tronco germánico, separadas por el más profundo antagonismo. Al Norte de la llanura brabantona, los pueblos walones se encuentran frente á los flamencos, y unos y otros se miran con hostilidad; ni se comprenden, aunque sólo les separa una línea artificial, ni simpatizan entre sí. Los walones llaman á sus vecinos *flamingants*, y los flamencos apodan á los suyos *francequillons*. Son valores étnicos que un buen Gobierno debería procurar unir, y que con la política que se sigue se encuentran cada vez más separados.

La obra de la unificación caminaba con lentitud, aunque con solidez; pero desde hace veinte años los flamencos empezaron á combatir por su lengua; sus poetas les empujaron, y aquel movimiento, puramente literario, capitaneado por Pol de Mont, ha concluído por ser un movimiento político que, ayudado por las circunstancias y poderosamente secundado por el Emperador de Alemania, ha logrado comenzar la germanización de Bélgica, dividiendo del modo más profundo las provincias flamencas de las walongas, y creando para el porvenir un estado de cosas nada favorable á los intereses nacionales (1).

(1) No resistimos al deseo de transcribir un artículo que con motivo del catalanismo escribimos poco ha, y que por referirse, de un lado, al concepto científico del idioma y de los dialectos, y relacionarse de otro, por las derivaciones políticas é internacionales de estas complejas cuestiones, con el trabajo que analizamos, creemos de gran oportunidad. Helo aquí:

«¿EL CATALÁN ES LENGUA Ó DIALECTO?—Corre todavía como válida entre paganos y semieruditos la especie de que el castellano es la única

Los flamencos triunfan porque están apoyados por el Gobierno, sin que los Embajadores de Francia en Bélgica hagan absolutamente nada para alentar á los que trabajan en la defensa del francés, en tanto que hasta los ingleses han fundado

lengua en España, y que todos los demás lenguajes de la Península son corrupciones del idioma nacional.

Es un error.

El castellano, el catalán y el gallego son *dialectos* con el mismo valor y la misma categoría de origen, hermanos del francés y del provenzal, del portugués y del toscano, dialectos también cuyo tronco común es el *románico* ó romance.

Porque *dialecto* no es otra cosa que el modo de hablar de los habitantes de una misma comarca, siempre que ese modo de hablar tenga cultivo literario; en eso se diferencian los dialectos de los simples *patois*, pues éstos carecen de cultivo literario, como se diferencian de los *idiomas* en que éstos tienen carácter oficial ó nacional.

¿Qué es el francés? El *dialecto* hablado antiguamente en la comarca llamada Isla de Francia—capital París—hermano del borgoñón y del picardo. ¿Cómo ganó la categoría de idioma? Convirtiéndose en lengua oficial de la nación, como pudo haberse convertido el gascón ó el provenzal.

¿Qué es el castellano? El *dialecto* hablado en Castilla. ¿Cómo se convirtió en idioma? Llegando á ser la lengua preponderante en España, no sólo por la mayor extensión de su cultivo, sino porque refundidos en la corona de Castilla todos los antiguos reinos de la Península—como se refundieron en la de Francia todos los señoríos independientes de la antigua Galia—era natural que el dialecto usado en Castilla fuera el que adquiriese carácter oficial y nacional.

Iguales, pues, por su origen, el castellano pasó de la categoría de dialecto á la de lengua ó idioma, quedando en su primitiva condición de dialecto el catalán.

Esto en el orden que pudiéramos llamar político. Pues científicamente, si el catalán tiene derecho á figurar como dialecto *en España*, no es realmente dialecto independiente, sino subdialecto ó dialecto subordinado á otro grupo lingüístico superior, el provenzal, como el andaluz, el murciano y el extremeño son subdialectos del castellano. El provenzal, en efecto, el lemosín, como equivocadamente lo llaman muchos todavía, ó el languedociano, como en rigor debiera llamarse, es el dialecto ó tronco común del catalán, del valenciano y del mallorquín, subdialectos de la famosa lengua de *oc*.

Tal es la verdadera condición del habla catalana, y aspirar á que este dialecto se convierta en idioma, es cometer un crimen de lesa nación, pues cada pueblo debe tener su lengua oficial, y la lengua oficial del pueblo español—por haberlo querido así la Historia—es el castellano. Pre-

un periódico en inglés, sostenido con calor por todos los ingleses establecidos en Bélgica. Y es que los franceses—y los españoles mucho más—se preocupan poco de estos asuntos, que tienen inmensa trascendencia, y que á veces son la clave de hondísimos problemas interiores é internacionales.

tender que el catalán suplante al castellano en Cataluña, es pretender hacer girones la patria común de todos, con evidente daño, en primer término, de los mismos catalanes, que más que ninguna otra comarca vive y prospera con aplauso de todos á la sombra del pabellón español.

Si algo significamos todavía en el mundo ¿no lo debemos á nuestra inmortal literatura? ¿No lo debemos á las joyas que se llaman el *Quijote* y *La vida es sueño*? ¿No lo debemos á la hermosísima lengua de Castilla, hablada en todo el Sur de América como lengua nacional de las Repúblicas hispanoamericanas? Suponed por un momento muerta la lengua castellana y olvidadas sus producciones: ¿qué quedaría de España? Quizá ni el nombre. ¿Y qué sería entonces de Cataluña, que de la vida de España vive? ¿No quedaría aplastada en la tremenda lucha por la existencia que hoy se libra en todas partes?

El espectáculo de la poderosa Rusia, empeñada en imponer su lengua á la Finlandia, ó el de la no menos poderosa Alemania, haciendo increíbles esfuerzos por implantar en Alsacia-Lorena y en Schleswig-Holstein el alemán, revela la transcendental importancia que en la solución de los problemas políticos y económicos conceden los pueblos más cultos al empleo de la lengua nacional. Como que esa lengua es el vehículo del comercio y de la diplomacia, y cuanto más extenso sea su dominio, más firmes serán las conquistas realizadas por las armas ó por los tratados, y más amplias y fáciles las comunicaciones establecidas para movilizar los ejércitos del comercio y de las letras, cuyas conquistas preparan ó completan las llevadas á cabo por las armas.

Viva el catalán, y viva luengos años, dando á la patria días de gloria con sus Balagueres y Verdagueres, sus Milá y sus Serafí Pitarras: pero, por Dios, tengan su pluma y su lengua Obispos y literatos cuando se trate de invadir campos políticos; no sueñen con suicidas reivindicaciones ni con revisiones del fallo de la Historia, y no intenten jamás restar prestigios ni contener progresos del castellano, porque tanto valdría tirar por la ventana la herencia común, harto empequeñecida ya, y resucitando atávicos celos empeñarse en ostentar el dictado de fraticidas y parricidas.»

LITERATURA Y POLÍTICA

LA PRENSA FRANCESA EN EL SIGLO XIX.—La Revolución produjo enorme desarrollo en la prensa periódica, pues si en 1789 se contaban en toda Francia 250 periódicos, en 1800 no bajaban de 1.350, según dice Cornély en la *Revue Bleue*. En este número entraba, sin embargo, de todo. Los periódicos de París monopolizaban la política, teniendo redactores de oficio, mientras los de provincias no eran más que á modo de prospectos, con los precios del mercado, avisos oficiales, cuadros de ferias, calendarios y alguna croniquilla local. En cuanto á la forma, fuera del *Moniteur*, que se publicaba en folio, los demás solían aparecer en 8.º ó 12.º, siendo pocos los que llegaban al 4.º, no saliendo, en general, más que una ó dos veces por semana, ni vendiéndose sino por suscripción, que solía costar de 9 á 12 francos por trimestre. La tirada se hacía en máquinas de mano.

Los periódicos revolucionarios contribuyeron al terror, y al hacerse sentir la reacción, lo primero que desapareció fue la libertad de la prensa, reduciéndose el número de periódicos permitidos, á los trece siguientes: *Le Moniteur Universel*, *Les Débats*, *Le Journal de Paris*, *Le Bien Informé*, *Le Publiciste*, *L'Ami des Lois*, *La Clef des Cabinets des Souverains*, *Le Citoyen Français*, *La Gazette de France*, *Le Journal des Hommes Libres*, *Le Journal du Soir*, *Le Journal des Défenseurs de la Patrie* y *La Décade Philosophique*. Casi todos se limitaban á reproducir y comentar el *Moniteur*; y como no podían apenas hablar de política, se dedicaron á la literatura, inaugurando el más leído de todos, que era el *Journal des Débats*, el folletín, parte del periódico dedicada á los sucesos literarios y de sociedad y críticas de arte. Geoffroy fue el principal folletínista; so pretexto de crítica teatral y de efemérides daba su opinión sobre todos los asuntos del día y hasta sobre los actos

del poder, haciendo la fortuna del periódico, que llegó á contar con 32.000 suscriptores. En el mismo periódico se inauguró el reclamo y la sección de variedades con chistes y charadas, no tardando en ser imitado por los demás. Todavía le pareció á Napoleón que había mucha libertad y demasiados periódicos, y el 5 de Febrero de 1810 extendió la censura á toda la librería, y el 28 de Setiembre de 1811, el *Journal des Débats*, convertido en *Journal de l'Empire*, contenía la nota-orden siguiente: «A contar del 1.º de Octubre próximo, no se publicarán en París más que cuatro periódicos: *Le Moniteur*, *Le Journal de l'Empire*, *La Gazette de France* y *Le Journal de Paris*».

La restauración de 1814 comenzó afirmando en la Carta la libertad de la prensa, motivando la aparición de 25 periódicos; pero tal ruido armaron, que el 21 de Octubre hubo que restablecer la censura. Napoleón la suprimió en los Cien días, y los Borbones, al volver, la restablecieron en Junio, la suprimieron en Julio é hicieron votar en Agosto una ley que sometía la prensa á la autorización. En Mayo de 1819 París contaba con 150 periódicos, de los cuales ocho eran diarios políticos. Dos leyes de Mayo de 1819 organizaron la libertad de la prensa, y otra de 31 de Marzo de 1820, después del asesinato del Duque de Berry, restableció la autorización y la censura, inaugurando la del 17 de Marzo de 1822 los procesos de tendencia, permitiendo la condena de los periódicos por artículos que tendiesen al descrédito del Gobierno. En 1824 había seis diarios ministeriales con 14.344 suscriptores y otros seis de oposición con 41.330. El 18 de Julio de 1828 se suprimió la autorización, y el desbordamiento que se produjo motivó una ordenanza de Carlos X, restableciéndola. En este período de la Restauración hubo excesos lamentables, pero jamás la prensa se rebajó al empleo de ciertas armas indignas y viles, y entonces fundaron *Le Constitutionnel*, que data de los Cien días; *Le Conservateur*, donde escribieron Chateaubriand, Polignac, Lamennais y Bonald; *La Minerve*, donde figuran Benjamín

Constant, Pagés, Courier y Beranger, *Le Globe*, *Le Temps*, *Le National* y *Figaro*, fundado en 1826.

Desde Luis Felipe á nuestros días la legislación ha variado mucho, pero no tan bruscamente. Luis Felipe ofreció que no habría delitos de prensa, y le dió libertad; pero después del atentado de Fieschi, la ley de 9 de Setiembre de 1835 agravó las penas y estableció la caución. La República de 1848 proclamó la libertad absoluta; pero tres meses después tuvo que suprimir seis periódicos, restablecer la caución y el timbre, y exigir la firma de los autores en todo artículo político ó religioso. Todo el mundo estaba harto de libertad, y cuando vino Napoleón III se asimilaron los periódicos á los establecimientos insalubres y á las industrias peligrosas, exigiéndose para su publicación la autorización del Gobierno, la caución, la firma del autor en cada artículo y la del gerente en cada ejemplar; el periódico estaba sujeto al timbre, y podía ser amonestado, suspendido, recogido y suprimido; en 1869 se dulcificó este rigor, aboliéndose la autorización, la suspensión y la supresión y rebajándose los derechos de timbre. El Gobierno provisional proclamó la libertad de la prensa, aunque tuvo que castigar á dos periódicos durante el sitio; y la Asamblea Nacional dictó varias medidas, y en 1881 se dictó la ley de 29 de Julio, vigente aún, en la que se organizó la libertad de la prensa, suprimiendo todas las medidas preventivas y represivas, y atribuyendo al Jurado el conocimiento de los delitos de injuria á los hombres públicos; como el Jurado absuelve invariablemente á todos los periodistas, puede decirse que á la prensa nada le está vedado, privilegio del que abusa y que ha motivado varias reclamaciones y proyectos de reforma.

El acontecimiento más importante en la historia de la prensa fue el de la venta del periódico en las calles, revolución introducida en 1835 por Emilio Girardín, que bajó bruscamente el precio de suscripción de *La Presse* á 40 francos, organizó la venta por números sueltos, y dió expansión á los anuncios, para buscar en ellos la compensación de la rebaja

en los precios de suscripción. Esta reforma, que fue coronada por el éxito, llegando á producirle los anuncios al poco tiempo 150.000 francos, produjo gran clamoreo y hasta motivó el duelo, que costó la vida á Armando Carrel; pero no tardó en ser seguida por todos, difundiéndose el gusto por la lectura de tal modo, que en 1836 se timbraron en París 42 millones de hojas, y en 1846, diez años después, 80 millones.

Hoy se publican en París 2.685 periódicos, entre los cuales hay 154 políticos, 168 revistas, 201 financieros, 215 de Medicina, 117 de modas, 91 de ciencias, 69 de agricultura, etc., y 16 feministas; 142 son diarios, 784 semanales, 387 bimensuales, etc. En las provincias y colonias se publican 4.051, de los cuales son diarios 355, haciendo un total de 6.736 publicaciones periódicas. La prensa ha aprovechado todos los grandes inventos, telégrafos, vapores, ferrocarriles, para su expansión; pero su enorme desarrollo arranca de la invención de las rotativas, que permiten las tiradas de millones de ejemplares. A esta difusión ha contribuído también la baratura, sólo posible cuando se ha descargado á la prensa de impuestos como el del timbre, que llegaba á 6 céntimos por ejemplar: hoy el tipo corriente del diario francés es el de 5 céntimos. Como este precio de venta, con los demás gastos, iguala casi al de coste, los periódicos han buscado en los anuncios la compensación; pero el industrial francés cree todavía en el refrán de que «el buen paño en el arca se vende», y como los anuncios, en general, son caros, no anuncia, resultando de aquí que son pocos los periódicos que hacen buenos negocios lícitamente.

Los periódicos de París, antes leídos con preferencia en las provincias, sufren la formidable competencia que les hace la prensa provinciana desde su última transformación; todos los grandes diarios de provincias tienen, en efecto, nutridísima información telegráfica ó telefónica, y hoy puede decirse que los periódicos de provincias, con artículos enteros, noticias, sesiones de las Cámaras, estrenos, etc., se hacen en París, sistema que acabará con los periodistas de provincias, pero que permite tener en provincias periódicos poderosos y prósperos

que hacen imposible toda competencia. La política se expide á provincias completamente guisada y aderezada como un plato de fonda ó como un vestido cortado y arreglado por un gran almacén.

¿Cuál es el estado de la prensa política actual? Lastimosísimo. Y si fuera cierto que cada pueblo tiene la prensa que merece, había que dolerse no poco del estado del país, juzgado por el estado de la prensa. El carácter de ferocidad, de maldad, de bajeza de las polémicas de prensa, haría creer que Francia es un país profundamente dividido por odios irreconciliables. Y en la mayor parte de los periódicos la ignorancia corre parejas con la mala fe, no habiendo jamás un periodista sabido ni leído menos que hoy, ni mentido con mayor descaro, negando lo que sabe ser cierto y afirmando lo que le consta ser falso; de donde podría deducirse que la buena fe había desaparecido del país. Los folletines están llenos de relatos de crímenes horribles y de aventuras estúpidas, lo que haría creer que el respeto á la vida y á la propiedad no existe. Multitud de casos han demostrado la venalidad de la prensa, siendo corriente el disfrazar y desnaturalizar el anuncio legítimo vistiéndolo con formas de reclamo charlatanesco, por lo que podría parecer que Francia es una nación de charlatanes.

Afortunadamente no es así. La prensa es el espejo del país; pero un espejo falso como los que se ven en el palacio de la Optica de la Exposición, que presentan hinchadas unas figuras y alargadas y adelgazadas otras. Los franceses son mejores que sus periódicos, y hay que tener la esperanza de que los periódicos mismos han de mejorar por la fuerza misma de las cosas. Y no ha de hacer falta para lograrlo atacar á la libertad de la prensa, ni imponer tasas que hagan imposible la vida del periódico. Bastará con que no se confunda la libertad con la irresponsabilidad. «Se debe tener libertad—decía en 1819 el Conde de Lanjuinais—para publicar sus opiniones, como se tiene para hablar á un transeunte ó para ir y venir por la vía pública.» Es cierto; pero la libertad de hablar al transeunte

no implica la libertad de injuriarle; la libertad de ir y venir no implica la libertad de atropellar.

RELIGIÓN

CATÓLICOS Y PROTESTANTES EN FRANCIA.—*La Patrie Française*, preocupada por el estado de inquietud que Francia atraviesa, ha abierto una información, dirigiendo á los más distinguidos pensadores el siguiente cuestionario:

1.º ¿Es la moral protestante menos supersticiosa que la moral católica? ¿Sería el clericalismo protestante menos «jesuítico» que el católico? ¿Serviría para favorecer el poder del Estado?

2.º ¿No evitan Inglaterra y Alemania el aplicar las máximas del protestantismo á su política? ¿Se encuentra la misma cordura en los protestantes franceses? ¿A qué tendencias ha dado la Reforma satisfacción en Francia? ¿No había revestido por ende el protestantismo francés un carácter particularmente desorganizador?

3.º La Francia de hoy, tal cual es, ¿tiene interés en «protestantizarse», en el sentido que debe darse á esta palabra según los militantes franceses del protestantismo? ¿Habría en ello un progreso ó un retroceso de civilización (vida social, letras y artes), un aumento ó una disminución de poder político y económico (situación en Europa, en Oriente, en las colonias)?

4.º ¿Está conforme con el interés nacional la influencia adquirida por los protestantes en Francia á fines del siglo XIX? ¿No crea el más urgente de los peligros, tanto para los verdaderos nacionalistas como para los buenos franceses? ¿No deben por el momento defenderse todos juntos de la invasión protestante, y destruyendo el método de los enemigos del Estado, reunirse en torno de la tradición católica?

Algunas respuestas son notables: Pablo Bourget se lamen-

ta de que se hable tan ligeramente de «superstición» al lado de «moral católica» y de «jesuitismo», en el sentido calumnioso en que lo toman los enemigos de la famosa Compañía, y repite la célebre fórmula: «En Francia no hay bastante religión para dividirla en dos.» El caso del francés nacido católico y hecho protestante es tan raro, que, socialmente, es insignificante. Dejar de ser católico es dejar de ser cristiano, y dejar de ser cristiano es volver á la barbarie, y á la peor de todas, á la barbarie de las decadencias. Atacar al catolicismo en Francia es contribuir, quiérase ó no, á la decadencia del país, y por consiguiente, defender el catolicismo es cumplir un deber cívico.

Estas discusiones—dice el Vizconde de Vogüé—son peligrosas, y sólo pueden producir fermentos de guerra religiosa y civil, que no pueden ahogarse sino por un poder bastante fuerte, bastante independiente y equitativo para imponer abstención común á los clericales de todas las playas, y recíproca tolerancia á los franceses de todas las confesiones.

Yo soy lorenés—dice Mauricio Barrés—y una de nuestras grandes fechas lorenesas es el año 1525, en que el Duque Antonio hizo pedazos á los protestantes; si las bandas protestantes hubieran triunfado entonces, Lorena se hubiera orientado hacia Alemania. Mi razón está de acuerdo con mis instintos, y tengo el aplastamiento de los protestantes por el Duque Antonio como uno de los más felices acontecimientos de la vida pasada, entendiendo que debo mantener con arreglo á mis fuerzas el beneficio de aquella victoria.

En Inglaterra—dice Dimier—el protestantismo es la religión nacional, como en Francia es la religión antinacional. Los protestantes aborrecen la historia de Francia. Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, son personajes odiosos para ellos, y no pueden oír el nombre de Richelieu sin gemir. Después de tres siglos y medio, todavía no digieren el fracaso de la conjuración de Amboise. El interés de Francia está hoy más que nunca, en ser católica internacionalmente, lo que n o po-

dría ser si el partido protestante hiciese las leyes en el interior.

La tradición católica—afirma Gauthier Villars—es el alma misma de Francia. ¿Qué servicios de orden superior ha prestado la Reforma? Ninguno. Por el contrario, ha causado mucho mal, rompiendo la unidad de la Iglesia y desencadenando las guerras más tristes, no pudiéndose sostener seriamente que Inglaterra y Alemania le deban su superioridad. Echo de menos los tiempos de la Escuela de Alejandría, y deseo que una guerra civil nos permita pasar de la literatura á la acción: no se devolvería la salud á este país, sino «riflando» á un tercio de los electores, por lo menos.

La verdad es—dice Drummont—que subsiste en Francia un estado de espíritu protestante que pocas gentes sospechaban, y que se ha revelado, con ocasión del proceso Dreyfus con tal intensidad, que ha dejado estupefacto á todo el mundo. Al ver ese rosario de protestantes, los Monod, los Buisson, los Stapfer, los Giry, los Pressensé, seguir con tanto entusiasmo á Scheurer-Kestner, los espíritus más refractarios han tenido que rendirse á la evidencia y deducir que el alma hugonota vivía siempre, conservada y cristalizada como en los tiempos de la Liga.

Mi inquebrantable convicción—afirma Talmeyr—apoyada en todo lo que he visto desde hace veinticinco años, es que el movimiento de pretendido «libre pensamiento» á que asistimos, no es más que un movimiento judío y protestante, muy sabiamente, muy *ricamente* conducido, contra la existencia misma de Francia. Frente á esto, ¿qué debemos hacer creyentes y no creyentes? Unirnos en torno de nuestra tradición católica, y unirnos para vivir, porque *primum est vivere, deinde philosophari*.

El catolicismo—dice Juan de Bonnefon—es absoluto; no discute, se impone. O es el amo, ó no es nada. El protestantismo, por la forma exterior de su culto, por el disimulo de sus enseñanzas, es en Francia un extranjero. No ha perjudi-

cado á la Iglesia romana por los hijos que ha tomado de nuestros poéticos altares para llevarlos á la frialdad de sus templos; habrían salido del catolicismo por otra brecha. El protestantismo es el que ha decidido á algunos á renegar de la Santa Inquisición, la más alta y más noble justicia que jamás se haya practicado por la mano del hombre en nombre de Dios.

DRAMÁTICA

EL NOVÍSIMO DRAMA EN RUSIA, Y ALEJANDRO OSTROVSKY.—
La Rassegna internazionale della letteratura contemporanea, excelente publicación que ha comenzado á ver la luz en Florencia, consagra á Ostrovsky un estudio, bien merecido seguramente, por un autor tan digno como los más ilustres de sus compatriotas, de ser conocido y admirado en Occidente, y que para Ciampoli, el autor del artículo en cuestión, merece figurar como el verdadero creador del novísimo drama ruso, el Shakspeare de la burguesía.

Alejandro Nicolaievitch Ostrovsky, nació en Moscú el 31 de Marzo de 1823 y murió el 4 de Junio de 1886. Su labor en estos sesenta y tres años fue amplia y fecunda, y habiendo asistido al nacimiento, desarrollo y muerte del romanticismo, al surgir del naturalismo, del psicologismo y del simbolismo, supo, como hombre de ingenio, sacar partido de todas las escuelas, dejando el sello de su personalidad en todas sus obras.

Ostrovsky se encontró en el teatro con la añeja fórmula del *castigat ridendo*, proclamada por Catalina II, y comprendió que había que cambiar aquel arte de jardinería de estufa por el más amplio del cultivo de los campos, vasto, aireado, libre. Allí estaban intactos la pintura de las costumbres, la discusión de las cuestiones sociales, la aproximación del hombre á la Naturaleza, el acuerdo entre la vida exterior y la interna, tesoros de experiencia, observaciones, hechos, caracte-

res, símbolos, prontos á ser recogidos por el primero que los quiera. Y Ostrovsky reunió todas sus energías y dedicó su vida entera á la reforma del teatro ruso.

La materia primera, si no la única, de su labor, fue la vida de la burguesía mercantil, que tan perfectamente conocía, siendo sus héroes comerciantes que permanecen encerrados en sus antiguas usanzas y odian la civilización; comerciantes que querrían parecer incultos sin conseguir ocultar su grosera corteza villanesca; hijos de tenderos que gastan en un mes capitales acumulados en siglos; quebrados que sienten, sin embargo, el hereditario escrúpulo del honor; elegantes vanos que se pagan de frases sonoras; mujeres y doncellas ignorantes, débiles, á merced de maridos y padres brutales; beatas groseras, refunfuñonas y malvadas; comadres astutas; viudas charlatanas, casamenteras locuaces, arruinados, borrachos, embusteros; todo ese mundo que puede llamarse con Dobrolimbof, «el reino de las tinieblas».

El primer ensayo dramático de Ostrovsky fue una *Escena de familia* (1847), en la que una madre viuda quiere casar á su hija con un viudo, que intenta embrollarlas á ambas mientras le engañan á él; mayor ingenio mostró en *El acuerdo* (1850), *La esposa pobre* (1852) y *Cada cual en su puesto* (1853), obteniendo ruidoso éxito en *Pobreza no es vicio* (1854) y en *Pagado por los otros* (1857), llegando al apogeo de la fama con su *Tempestad* (1860) y su *No se vive como se quiere* (1855), dramas que, por su brillo, dejan en la sombra y hacen olvidar las comedias *Un empleo lucrativo* y *El Alumno*; después de *La Tempestad*, su obra maestra, escribió *Falta y dolor* (1863), *El Burlón* (1864), *Puerto animado* (1865), *El Torbellino* (1867), *Un corazón ardiente* (1869), *Oro falso* (1870), *Amor tardío* (1874), *Esposas ricas* (1876), *La última víctima* (1878), *Sin dote* (1879), *Los Inocentes culpables* (1884), *Fuera del mundo* (1885) y otras muchas, sin contar las escritas en colaboración con Solovieff, como *Día alegre*, *Luz sin calor*, *Luna de miel*, etcétera.

La Tempestad bastaría para hacer la reputación de un autor. El asunto no es gran cosa: Catalina tiene una suegra infatuada con las tradiciones, que quiere reinar en el matrimonio, y no consiente un movimiento sin su permiso, haciendo la vida insoportable; la nuera ama á Boris, un comerciante, y durante una ausencia del marido, se entrega á su pasión; pero á la vuelta del marido, durante una tempestad, lo confiesa todo, y, roída por los remordimientos, se arroja en el Volga, esperando que quien la ama ruegue á Dios por ella.

Pero, dentro de este argumento, el drama se desarrolla con un vigor y una realidad que pocos han alcanzado en el arte. Del carácter de Catalina irradia toda la luz, sin que haya en él nada artificioso: sencilla, suave, apasionada, religiosa, exquisitamente sensible, creyente hasta el éxtasis, enamorada hasta la perdición, representa en toda su conmovedora verdad la tragedia de una vida despedazada por el despotismo doméstico. Apenas se abre el drama, comienza la continua persecución de la suegra Kabarsova, no encontrando apoyo Catalina en su tonto marido, que desea también un poco de respiro, sino en su cuñada Barbarita, á quien confía sus cuitas. «¿Por qué no volamos como los pájaros?—le dice.—Me parece que si yo me lanzase, levantando los brazos, volaría.» Y le cuenta su vida de niña, pasada entre las fuentes, las flores y la iglesia, y el amor que siente, y el miedo que le sobrecoge, y su horror al pecado.

Estando el marido para marchar, Catalina le suplica que no se vaya, ó que la lleve consigo, ó que la haga jurar que no verá á ningún extraño; pero todo es inútil. El marido se va, dejando á Catalina entregada á los tormentos de su inaguantable suegra. La cuñada le proporciona una entrevista con Boris durante la noche, y ella, que ha buscado la salvación en la oración y el trabajo, se rinde á la fatalidad: «Así debía ser: el destino lo quiere.» Catalina acude á la cita.

«*Boris.* ¿Sois vos, Catalina.....? No sé cómo agradecereros..... ¡Si supiéseis cuánto os amo! (Trata de cogerle la mano).—*Catalina* (miedosa,

sin alzar la vista): No me toquéis, no; no me toquéis.....—No os enfadéis.—¡Apártate, vete, desgraciado! ¿Sabes que toda una vida de oración no bastará para lavar este pecado? Este pecado me pesa como una losa en el corazón.—¡No me arrojéis así!—¿Por qué has venido? ¿Por qué has venido, mi perdición? ¿No estoy casada? ¿No debo vivir con el marido, hasta en la caja de la sepultura?—Sin embargo, me habéis permitido venir.—¿Oyes, enemigo de mi salvación? «¡Hasta en la caja de la sepultura!»—Mejor hubiera sido no veros más.—¿Qué, me voy preparando? ¿Dónde hallaré refugio? Dí, ¿lo sabes tú?—Calmaos (la coge por un brazo): tranquilizaos.—¿Por qué quieres mi perdición?—¿Yo querer vuestra perdición? ¿Yo, que os amo sobre todas las cosas del mundo, más que á mí mismo?—¡No, no; tú me has arruinado.—¿Luego me creéis tan vil?—Me has arruinado, arruinado.—¡Dios me libre; preferiría morir!—¿Cómo? ¿No me has arruinado, si yo salgo de noche de casa para venir á ti?—Pero, ¿no habéis sido libre?—No; yo no tengo ya voluntad; si la tuviese, no estaría aquí contigo (alza los ojos y mira á Boris); ahora tu voluntad es la mía; tu voluntad me domina (se le arroja al cuello).—¡Oh, vida mía! (abrazándola).—¿Sabes? Quisiera morir en este instante de una vez.—¿Por qué morir, si tan hermoso es vivir?—No, no; bien sé que no viviré.—No hables así, te lo suplico; me haces daño.—Tú eres feliz, eres libre como un cosaco; pero yo.....—Nadie sabrá nada de nuestro amor..... ¿Crees que seré tan cruel?—¡Oh! ¿Por qué tener piedad de mí? No es culpa de nadie. Lo he querido yo misma; no tengas piedad; acúsame, que lo sepa el mundo, que vea el universo lo que hago (abraza á Boris); si por tí no he tenido miedo del pecado, ¿temeré el juicio de los hombres? Dicen también que el pecado pesa menos en la conciencia cuando hace sufrir aquí arriba, en la tierra.—¿Por qué tener esas malas ideas, si somos felices ahora?—Tienes razón; demasiado tiempo tendré de pensar y de llorar.—¡Y yo que hace poco temí ser despedido!—¡Despedirte! ¡Qué locura! ¿Cómo suponer? Si tú no hubieras venido, hubiera venido yo.—No sabía, sin embargo, que tú me amases.—Y tanto tiempo que hace te amo. Has venido para hacer de mí una pecadora. Desde el día en que te ví, no he estado ya en mí; la primera vez que te ví, creo que si me hubieras cogido por la mano te habría seguido; te habría seguido hasta el fin del mundo, sin volverme atrás.—¿Estará fuera tu marido una temporada?—Quince días.—Entonces, tendremos tiempo de estar juntos.—Sí; y luego..... (pensativa) cuando me vuelvan á encerrar, será mi muerte.»

Vuelve en efecto el marido. «Ella tiembla como si tuviese calentura (dice Barbarita á Boris); está pálida, pálida; va y viene por la casa como si buscase algo; tiene ojos de loca;

esta mañana se ha puesto á llorar, á sollozar; apenas se atreve á mirar al marido; la madre está en guardia, y la observando vueltas alrededor, y esto la turba más..... hay que temerle todo de ella.» Catalina, sin embargo, sale de paseo con el marido, la suegra y la cuñada, cuando estalla una tempestad, y una vieja loca grita: «¿Por qué te escondes? ¿Porque eres hermosa? La belleza es tu perdición. ¿Crees poder huir de los ojos de Dios? ¡Anda, abajo, abajo, al río!....» Catalina se turba, se llena de miedo, se echa á los pies del marido y lo confiesa todo. La suegra, vuelta al hijo, le grita: «¿Ves á donde conduce el ser libre? ¿No te lo decía yo? Y le añade que «matarla es poco» que «hay que sepultarla viva.»

Al fin ella huye de casa, busca á su amante, se dicen adiós y él se va á la Siberia, recomendándole ella que cuando ande por los caminos no deje pasar á ningún pobre sin darle limosna y pedirle que ruegue por su alma pecadora. Boris se aleja, y cuando le pierde de vista, Catalina se pregunta: «¿Dónde ir ahora? ¿A casa? No; la casa ó la fosa son la misma cosa..... Sí, la casa ó la fosa..... En la fosa se estará mejor..... Una fosa pequeña, bajo un árbol. El buen sol la calienta, la lluvia la riega; en primavera crece encima la yerba; los pájaros vienen á posarse sobre los árboles para cantar y hacer el nido; brotan las flores amarillas, rojas, azules, de todos colores. ¡Qué paz, qué serenidad! Se diría que me siento mejor. No quiero pensar en la vida. ¿Vivir todavía? No, no; basta ya; la vida es mala; la gente me da horror, horror la casa, aquellas paredes horror. No volveré, no, no volveré allí..... Si volviese, los vería hablar, moverse..... ¿qué me importa? Aquí es..... Está obscuro. Y vuelven á cantar allí abajo. ¿Qué cantan? No entiendo.... ¡Si muriese ahora!... Pero ¿qué cantan allí abajo?.... Que venga la muerte por sí, ó que yo vaya á buscarla ¿no es lo mismo? Yo no puedo vivir. He pecado; no rezarán por mí.... El que me ama rezará..... Aquí es; se ponen las manos en cruz..... En la sepultura; sí, así, me acuerdo bien. Si me encuentran ahora, me obligarán á volver á casa.... ¡Ah! no, no....

¡fuera! (Se acerca á la orilla del río y grita en alta voz arrojándose al agua:) «¡Amor, alegría, adiós!» Y desaparece. Entre tanto la suegra, el marido y la cuñada la vienen buscando con linternas inútilmente, sin que se oigan las voces de los barqueros. Poco después la sacan, cadáver. «¡Tú la has matado, tú, tú!» grita el hijo á la madre arrojándose sobre el pobre cuerpo.

La obra es realmente soberbia, y merecía ser conocida del público de Occidente. Ostrovsky hizo escuela, y el teatro ruso se convirtió en uno de los más fecundos de Europa, y si la libertad de la escena estuviera menos comprimida por la censura, se habrían de anotar gran número de obras excelentes. El que más se acercó al maestro, fue Pisemsky con *El veterano*, *Baal*, *Min* y *El hipocondriaco* y, sobre todo, con el *Amargo destino*; el drama popular, intentado implantar por Stahovic en *De noche*, y Potjekin con *Fortuna mal adquirida*, no tuvo éxito; en cambio, el drama social adquirió gran desarrollo con *Las bodas de Krecinsky* y *El tiempo pasado*, de Suhovo-Kobelin, *Todavía hay hombres honrados* y *El hábito no hace al monje*, de Livov; *Oropel*, *Matrimonio de amor* y *Culpable*, de Potjekin; *Vida amargada* y *Padre de familia*, de Cernishef; *El crimen*, de Diakonof; *El matrimonio civil*, de Cernjavsky; *Los héroes de la palabra* y *El bien común*, de Mann; *El viejo célibe*, de Turgueneff, y tantas y tantas otras obras. Entre otros muchos, como Djacenko y Krilof, Cieskof, Boborikin, Neviezin, Steller, Gehs, Tarnovsky, Trofimof, Turbin y Maximod que, á pesar de sus triunfos, no estuvieron á la altura del arte grande, sobresalen Antropof, con *Fuegos fatuos*; Palm, con *El viejo señor*, *El dilucidador* y *La pecadora*, y, sobre todo, Potjekin, Schpazinskij y Solovief, autores de alto vuelo que han hecho arraigar en Rusia la comedia y el drama psicológicos.

No contento Ostrovsky con haber impreso al teatro tanto movimiento de observación y análisis, quiso ensayar otros dos géneros, el drama histórico y el fantástico, y en ambos obtuvo

también los más lisonjeros triunfos; al primero de estos géneros pertenecen *Kusima Minin* (1862), la tragedia *El voivoda* (1865), los cuadros dramáticos *El falso Demetrio*, *Basilio Suiski* y *Tuseno*, llenos de originalidad y fuerza, y sobre todos *Basilisa Malentjena* (1868); al segundo, en el que no tiene igual, corresponde *Blancanieve*, drama simbólico de extraordinaria valía, lleno de sentimiento y de majestad. En ambos géneros creó también escuela, siendo sus secuaces más notables Alejandro Constantinovic Tolstoi, con su trilogía *La muerte de Ivan el Terrible*, *El Czar Teodoro Ivannovic* y *El Czar Boris*, Averkijer, Maikof, Kostomarof y Burenin.

El 25.º aniversario de la carrera dramática de Ostrovsky, fue festejado con gran aparato; pero nada llamó tanto la atención como la llegada de una comisión de comerciantes moscovitas que, al presentar á Ostrovsky un precioso recuerdo, le dió las gracias por haber estudiado y castigado con tanto calor en sus obras á la clase mercantil, que había sacado de sus dramas más provecho que de todas las leyes, sermones y libros.

Cuando pensó en construir un teatro, el Emperador, que conocía sus nobles propósitos, le dijo: «¿Y para qué un nuevo teatro? Toma los que hay.» Y le nombró director de los teatros imperiales de Moscú, en los que introdujo radicales reformas en el repertorio, en las decoraciones, en el vestuario, en la recitación y en todo. El impulso que imprimió al arte escénico, dura y durará todavía largo tiempo, y Ostrovsky ocupará siempre en la literatura dramática rusa un puesto preeminente, mereciendo figurar también en la historia universal de la dramática, al lado de Calderón y de Shakspeare.

IMPRESIONES Y NOTAS

LOS «MANDAMIENTOS» DE TOLSTOI.—Según Edgardo Steiner, que en el *Litterarisches Echo* dedica al gran pensador

ruso un profundo estudio, la doctrina moral de Tolstoi se resume en los siguientes preceptos que, basados en las Sagradas Escrituras, debieran reemplazar á las leyes penales existentes:

1.º No cometerás ninguna muerte, ni aun irritarás á tu prójimo.—2.º No cometerás ningún adulterio, ni seducirás á ninguna mujer, ni serás nunca infiel á la que estás unido.—3.º No violarás ningún juramento.—4.º Tenderás la mejilla izquierda á quien te haya abofeteado la derecha, y perdonarás todas las injurias.—5.º Amarás y socorrerás á tus enemigos.

*
* *

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN RUSIA.—En una serie de artículos titulados *De las pasiones á la contemplación*, publicados por K. D. Balmouf en la revista rusa *Niediela*, el autor declara la literatura española muy superior á la italiana, sobre todo por la originalidad, pues los italianos lo han sacado todo de la iniciativa de los antiguos, como los romanos se redujeron á imitar á los griegos, mientras que los españoles se han formado á sí mismos, con genio propio.

Balmouf pasa ligeramente revista á nuestros grandes escritores del siglo de oro, y se detiene especialmente en Calderón, cuya inmensa labor analiza, estimándole como el más grande de los poetas dramáticos católicos, como Shakspeare es el mayor de los dramaturgos en sentido puramente humano, considerándole en muchos puntos superior al mismo Shakspeare, y repitiendo la frase de Goethe de que «Calderón nos da la quinta esencia de la humanidad».

*
* *

EL FUTURO PAPA.—La edad avanzada de León XIII pone constantemente sobre el tapete la cuestión de su sucesor. El Dr. Sigmundo Muntz dedica á su examen un bien documenta-

do artículo en la *Contemporary*, estimando que, aunque nada positivo haya trascendido todavía, se sabe que se han hecho ya muchos trabajos, y que cada aspirante representa intereses políticos é internacionales considerables, habiéndolos partidarios de la Triple Alianza y enemigos de la misma, y siendo lo más probable que el elegido sea italiano y esté fuera de los partidos extremos.

Los candidatos hasta la fecha conocidos son los Cardenales Svampa, Gotti, Capecelatro, Vannutelli, Parocchi, Ledochowski y Rampolla; descartado por su condición de polaco Ledochowski, es difícil predecir cual de los otros será el preferido, aunque los que por el momento se cotizan con más probabilidades son Vannutelli, Parocchi y Rampolla.

Rampolla—dice Muntz—es hombre de cincuenta y siete años; fue Nuncio en Madrid, y se reveló como hábil diplomático cuando el asunto de las Carolinas; pasa por un intransigente, y será candidato del partido intransigente, teniendo grandes probabilidades de ser elegido porque los partidarios de su política están en gran mayoría entre los Cardenales italianos, teniendo además los votos de casi todos los Cardenales franceses y españoles.

Su más temible competidor es el Cardenal Parocchi, que ha perdido en los veinte años que lleva en Roma mucho de su antigua intransigencia, apareciendo hoy casi como conciliador, por contraste con los demás Prelados, que son completamente fanáticos, y sobre todo con Rampolla, cuyo irreductible carácter es vivo retrato de los tiempos más sombríos de la Edad Media.

Vannutelli, Nuncio en Bruselas, tuvo que recibir sus pasaportes del Ministro Frère-Orban á consecuencia de la lucha entablada en el período del Kultur-Kampf; nombrado después Nuncio en Viena, tuvo que presenciar la visita del Rey Humberto, cordialmente recibido por la corte de Austria, y la del Rey de Bélgica, acompañado de su Ministro Frère-Orban, enemigo declarado de la curia romana. Ciertamente no fue

ningún éxito cada uno de estos sucesos, pero, á pesar de todo, Vannutelli tiene bastantes partidarios por sus condiciones de carácter.

*
* *

RECURSOS DE LA BENEFICENCIA NORTEAMERICANA.—La caridad emplea para tocar los corazones todo género de formas, y lo mismo crea los petitorios de las iglesias, que las kermesses benéficas, ó los bailes ó corridas de beneficencia. Los americanos, en esto como en todo, pretenden ser originales, y entre los recursos á que han apelado, nos cuenta en el *Quiver* la señorita Banks, el siguiente:

Las cajas del Hospital de los niños comenzaban á agotarse, y entonces las jóvenes que componen el Consejo de Administración se dirigieron al Presidente de la línea de tranvías de la *City Street*, quien ofreció prestar la línea entera á las demandaderas del Hospital. El 10 de Marzo último, los empleados recibieron un día de licencia, y las jóvenes tomaron posesión de los coches para recoger el precio de los asientos. Desde las cinco y media de la mañana, las conductoras improvisadas se presentaron en las estaciones de la línea, y ocupando sus coches respectivos, se dispusieron á cumplir su tarea; los coches iban engalanados con grandes anuncios, en los que se leía: *Fiesta de la caridad. No se da vuelta. Caja del Hospital de los Niños*. No hubo ni una reclamación; y después de cubiertos los gastos, quedaron libres 7.000 duros para los pobres.

*
* *

LOS FILÓSOFOS RUSOS.—Tres son las figuras más notables de filósofos de la Rusia contemporánea, según Wladimiro Solovieff dice en la *Viestnik Ieuropy*: Troitzky, Grott é Imokievitch.

Troitzky es sencillamente un propagandista de la filosofía inglesa; para él, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, no significan nada; después de exponer á sus alumnos las teorías de estos filósofos, les decía: «Ya ven ustedes, señores, ¿qué representa todo eso? ¡leña, sólo leña! Pues bien; vamos á echarla á la estufa, y ahora pasemos á las bases de nuestra ciencia.» La filosofía experimental era su encanto, y fuera de ella no veía nada. Su influencia en la juventud llegó á ser tal, que el Gobierno ruso llegó á preocuparse de ella.

Grott tenía un espíritu más abierto, y transformaba fácilmente sus impresiones en ideas, y sus ideas en trabajo de todas clases, artículos, libros y actos. Ha sido el fundador en Rusia de la primera Sociedad filosófica, y de la primera, y hasta la fecha única Revista de la misma clase. Empezó por seguir á Herberto Spencer, y siguiendo por Jordan Bruno, ha concluído por enamorarse de Plotino y Aristóteles, aunque nunca ha dejado de ser la clave de todas sus ideas la evolución, llegando á extender la transformación de las fuerzas físicas al mundo orgánico, y admitiendo la hipótesis de una forma de existencia independiente de la materia indestructible. En cuanto á Imokievitch, enseñó la diferencia que hay entre la ciencia de lo absoluto y la absoluta ciencia.

* * *

DECÁLOGO FORESTAL.—El Consejo nacional de cultivos de Bohemia, ha redactado el siguiente decálogo, que reproducimos del *Madrid Científico*.

«1.º Ten fe en que cada árbol, cada monte y cada bosque son otros tantos eslabones entre el suelo y la atmósfera, sin cuya evaporación la tierra más fértil se convertirá en un desierto.

2.º No pronunciarás la palabra *bosque* en vano, sino que procurarás que los miserables matorrales de propiedad comunal se transformen en otras tantas bien pobladas selvas.

3.º Reflexiona que el bosque satisface la mayor parte de tus necesidades; que la Naturaleza ha ligado tu existencia con el bosque desde la cuna hasta el sepulcro, y que, á pesar de tu resistencia, ha hecho que tu bienestar dependa de su desarrollo.

4.º Honra al bosque en sus árboles. Cultiva y conserva los bosques para tus hijos, con el fin de que tanto á ti como á tu descendencia os pruebe bien esta tierra.

5.º No matarás las aves ni otros animales que se alimenten de insectos dañinos á las plantas forestales; antes bien, procurarás enseñar á tus hijos á que conozcan los animales perjudiciales á los bosques y á que distinguan á los enemigos de éstos para que destruyan á los primeros y protejan á los segundos.

6.º No mancharás el suelo forestal con cultivos de especies impropias á sus condiciones; antes al contrario, enseñarás á tus hijos las leyes eternas de la Naturaleza, para que cuando emprendan cultivos, trabajos de conservación y aprovechamientos forestales se ciñan siempre á ellas.

7.º No robarás ningún árbol vivo, ni hojarasca, ni resina, ni otras savias vitales, ni ramas verdes, ni cortezas, ni nada de cuanto sea necesario para la vida del árbol.

8.º No presentarás falso testimonio en provecho de ningún dañador ni encubrirás á ningún cazador furtivo; por el contrario, deberás poner en conocimiento de los vigilantes forestales ó de las autoridades judiciales cualquier daño que observes, con el fin de que cada causante reciba el condigno castigo.

9.º No codiciarás los productos forestales ajenos, ni anexionarás á tu bolsillo el valor de productos de los bosques comunales.

10. No hagas cortas inconvenientes, seducido por falsas promesas de embaucadores falaces, ni prestes oído ni te avengas á que saquen hojarasca del bosque, ni á que los montes comunales sean subdivididos; sólo debes pensar que Dios te ha

dado la inteligencia para que cuides el bosque como á tu propia salud.»

*
* *

A PROPÓSITO DEL LENGUAJE DE LOS PÁJAROS.—En la *Revue des Revues* publicó Magand d'Aubusson un artículo sobre *El lenguaje de los pájaros*, dando cuenta de sus observaciones personales y llamando sobre ellas la atención de los lingüistas. Miguel Breal, del Instituto de Francia, atiende al llamamiento y desenvuelve en un interesante artículo sus opiniones.

Tras dos inviernos de observación, dedicados exclusivamente al estudio de los cuervos, Magand d'Aubusson ha llegado á recoger las siguientes formas del grito del cuervo:

cra-cre-cro-cru-cruú
 gras-gres-gros-grus-gruús
 craé-creé-croa-crua-gruás
 crao-creé-croé-crué-grués
 crau-creo-croó-cruó-gruós.

Admitida la exactitud de la observación, Breal hace notar dos hechos: la repetición regular de las consonantes iniciales y la alternancia regular de la vocal. Esa repetición es ley de la lengua animal: el *zquo zquo*, *zquo zquo* del ruiseñor, el *tell tell* del gorrión, lo demuestran; y de esta repetición han sacado su nombre algunos animales: el *turtur* y el *ulula* de los romanos, y nuestro *cuco*. ¿Por qué tal repetición? Porque, una vez puestos en movimiento los órganos de la locución, hay que hacer un esfuerzo para contenerlos, siendo más fácil repetir el esfuerzo primero; el *papá*, *mamá* de los niños son voces cortadas de la cinta sin fin que sale de la boca de los bebés. En cuanto á la diferencia de la vocal, depende de la abertura de la garganta.

En la primera etapa de la evolución del lenguaje, la repetición ó geminación es cosa corriente: el cafre, al decir *tya tya*

(resbalar) ó *nyo nyo* (romper), no hace más que los cuervos. En un reciente trabajo sobre los comienzos del verbo indoeuropeo, decía Breal que las formas del pretérito perfecto le parecían las más antiguas, viendo en el redoblamiento de la consonante un medio de afirmar con más fuerza. Cuando el latino hace de *pe-pul i* una forma de *pello*, ó el griego hace de *di-do-mi* una forma del verbo «dar», obedece al mismo instinto que reina en los seres inferiores.

*
* *

PREPARACIÓN DE LA CELULOIDE.—La celuloide, esa última conquista de la química comercial que á tantas aplicaciones se presta, no es más que una mezcla de piroxilina y alcanfor, según dice *Madrid Científico*. Adicionada esta mezcla con alcohol y fuertemente comprimida, es lentamente fusible, constituyendo una materia dura, elástica y transparente, susceptible del más hermoso pulimento; adicionada con sustancias coloreadas se hace opaca, tomando el aspecto del marfil, ébano, coral, turquesa, etc., con los que tantas preciosidades lanza la industria al torrente de la circulación.

Descubierto por Isaías y Juan Wesley Hyatt, de Newark, en 1869, se ha venido fabricando este producto casi exclusivamente en América, hasta que hace pocos años se establecieron fábricas del mismo en Francia y Alemania. Su preparación comprende las operaciones siguientes:

1.^a Fabricación de la celulosa nítrica ó piroxilina, que se obtiene del papel de cigarrillos de buena calidad. Se toma este papel en rollos de 0,34 metros de ancho y 15 á 25 kilos de peso, que se desarrollan mecánicamente y se sumergen con rapidez en una mezcla de cinco partes de ácido sulfúrico á 66° y dos de nítrico á 42°, mantenida á 35° próximamente; á los doce ó quince minutos la celulosa de papel se transforma en nitrocelulosa, y después de una serie de lavados y tratamientos, se recoge la substancia en cajas filtrantes y se orea, mezclándola

después con alcanfor laminado y las materias colorantes que haya de llevar hasta obtener una masa homogénea.

2.^a Amoldamiento en placas de esta masa y su laminación.

3.^a Compresión y caldeamiento del producto laminado para formar trozos.

4.^a Corte de estos trozos en hojas de espesor variable, según el destino que hayan de recibir.

5.^a Fundición de los productos cortados.

Con la celuloide se hacen toda clase de objetos: cajas, puños de bastones y sombrillas, cigarreras, carteras, cuellos y puños, clichés de imprenta, artículos de bisutería, paños decorativos, etc.

*
* *

NAPOLEÓN III Y WAGNER.—De las memorias que con el título de *La inauguración del imperio liberal* viene publicando en la *Revue des deux Mondes* el antiguo Ministro Emilio Olivier, entresacamos el párrafo siguiente:

Napoleón no entendía nada de música. «A mi madre—decía riendo—le gustaba mucho; pero eso es como la gota, que salta una generación; á mi hijo quizá le guste.» Sin embargo de esto, concedió el favor más decidido á un joven músico alemán, entonces desconocido, llamado Ricardo Wagner. A instancia de varios agregados de las embajadas alemanas, ordenó la representación de *Tannhauser* en el teatro de la Opera. Y mientras Berlioz, iniciador del movimiento de innovación de que Wagner iba á ser el gran hombre, no podía franquear las puertas de nuestra Academia Nacional de Música, para el compositor alemán se abrían de par en par. Debían concederle todo lo que pidiera, sin retroceder ante ningún gasto. Un tenor alemán contratado en condiciones onerosas, y unos cantores italianos, Morelli y Tedesco, fueron impuestos por el joven maestro con preferencia á nuestros excelentes artistas.

En ningún tiempo ni en país alguno, hasta su teatro de Bayreuth, ha encontrado Wagner apoyo igual ni tales facilidades.

*
*
*

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN EL JAPÓN. — Para dar una idea del prodigioso desarrollo de la actividad intelectual en el Japón, véanse estas cifras sorprendentes tomadas por la *Revue des Revues*, de una Memoria de la casa Hakubunkwan, de Tokio, editora de la Revista *Taiyo* (*El sol*).

Esta casa editorial, actualmente dirigida por Shintaro Ohashi, fue fundada hace trece años por Sahei Ohashi, y ha publicado durante esos trece años 100.521 volúmenes que contienen 2.653.307 páginas. Y además edita las Revistas siguientes: *Taiyo*, mensual, de 200 páginas, con tirada de 150.000 ejemplares; *Chugakusckai*, mensual, de 350 páginas, destinada á los alumnos de segunda enseñanza, con tirada de 50.000 ejemplares; *Shonensekai*, mensual, de 100 páginas, para los alumnos de las escuelas primarias, con tirada de 60.000; *Yonensekai*, mensual, de 60 páginas, para los niños, con tirada de 80.000; *Bungeikurabu*, mensual, colección de cuentos y novelas, con tirada de 150.000 á 200.000; *Taiheyo*, semanal, que acaba de fundarse, y cuyo éxito corresponderá seguramente al de las demás Revistas de la casa.

*
*
*

LA HORA DE LA MUERTE. — En la *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, excelente publicación mensual que dirige el reputadísimo D. Federico Rubio, se inserta un curioso trabajo del Dr. Muñoz (D. Antonio), acerca de la hora de la muerte, ilustrado con dos sugestivas litografías en colores.

Las conclusiones del ilustre médico se basan en observaciones personales, con eliminación de toda estadística oficial,

pues si en general tales estadísticas inspiran poca confianza, en este caso concreto se sabe positivamente que son falsas, apareciendo fallecidos casi todos los enfermos á una hora que permita darles sepultura dentro de los plazos legales; de aquí que, á instancia de las familias, unas veces se abrevia y otras se prolonga en las certificaciones de defunción la vida de los enfermos, haciéndolos morir *en el papel* á la hora que resulte más cómoda para el sepelio. He aquí las conclusiones del doctor Muñoz, formuladas sobre 500 observaciones personales, con el tanto por ciento correspondiente:

De cada cien personas, no muere ninguna entre una y dos de la tarde.—Muere una, entre diez y once del día, y ocho y nueve de la noche.—Mueren dos, entre cuatro y cinco, y entre once y doce de la mañana.—Mueren tres, entre dos y tres, tres y cuatro, y cinco y seis de la mañana, y entre doce y una de la tarde.—Mueren cuatro, entre nueve y diez de la mañana, y entre cinco y seis de la tarde. — Mueren cinco, entre doce y una, y ocho y nueve de la mañana, siete y ocho de la tarde, y nueve y diez de la noche.—Mueren seis, entre siete y ocho de la mañana, y dos y tres, y tres y cuatro de la tarde. — Mueren siete, entre seis y siete de la mañana, cuatro y cinco de la tarde, y diez y once de la noche. — Mueren ocho, que es el *máximum* observado, entre once y doce de la noche.

* * *

LA MUJER EN LOS PROVERBIOS RUSOS. — Poco bien parada sale la pobre mujer de los refranes rusos, que revelan, lo mismo que el célebre libro *Domostroi*, especie de código doméstico, el concepto primitivo del hombre sobre su compañera.

He aquí algunos de estos proverbios, tal como los reproduce Ciampoli:

«Mujer sin miedo, peor que cabra salvaje.—Amala como al alma, pero sacúdela como un peral. — Zúrrala antes de la comida, y luego antes de la cena; no es un vaso que se rompa.

— Mujer y demonio, son cuerpo y alma. — El perro es mejor que la mujer, porque no ladra á su amo.—Frente á la mujer, Satanás es un inocentón.—La mujer sólo dos veces es querida en casa: cuando entra como esposa, y cuando sale como muerta.—Como la gallina no es pájaro, la mujer no es humana.—Antes de ir á la guerra, reza una vez; antes de navegar, reza dos; antes de casarte, reza tres.»

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Theorie du Commerce International, por C. F. Bastable, profesor en la Universidad de Dublín; traducción del inglés al francés, con una introducción por Sauvaire-Jourdan. Un volumen de 257 páginas.—París, 1900. Giard y Briere, editores. Su precio, 3 francos.

«La escuela clásica inglesa ha construido para el cambio internacional una teoría particular, relativa principalmente á los tres puntos que siguen: razones por las cuales la teoría del valor del cambio ordinario no puede aplicarse al cambio internacional; teoría de los valores internacionales; papel de la moneda en el cambio internacional. Desconocida de Adán Smith, creada por Ricardo, expuesta de una manera más perfecta por Stuart Mill, esta teoría no ha dejado un momento de estudiarse por los economistas ingleses, especialmente por Cairnes, Sidgwick, Bastable, Marshall, Edgeworth.» Así comienza su interesante introducción el traductor francés del libro de M. Bastable, *La teoría del comercio internacional*, libro en el cual, como su mismo título indica, se expone la doctrina á que nos referimos, comentándola, corrigiéndola y dándole el más amplio desarrollo. La importancia de esta teoría es notoria; no hace falta razonarla. Como advierte M. Sauvaire-Jourdan, la teoría del cambio internacional, independien-

temente de su valor propio, merece la atención, tanto por la importancia del asunto, como por el nombre de sus creadores y por el lugar que ocupa en la Economía política inglesa contemporánea. Aun cuando en Francia no haya sido muy conocida, sin embargo ha sido objeto de amplio estudio y consideración detenida en Alemania, en Holanda y en Italia.

He aquí, en breves términos, de qué manera desarrolla la teoría del comercio internacional M. Bastable: En el capítulo primero expone los rasgos generales del comercio internacional, señalando las objeciones que se dirigen á su teoría, indicando su base y sus ventajas; en el segundo, estudia la compleja cuestión de los valores internacionales; en el tercero, la no menos compleja é interesante de la moneda y de su papel en el comercio internacional, ley de Ricardo y sus consecuencias, sistemas monetarios, etc.; en el cuarto, trata de la ecuación de las deudas; en el quinto, examina el problema de los cambios extranjeros; dedica el capítulo sexto á señalar el influjo del comercio extranjero sobre la distribución interior de la riqueza; el séptimo, á discutir los derechos de aduanas que tienen un carácter fiscal; y el octavo y noveno, á estudiar la cuestión tan discutida, y acerca de la cual tanto se ha escrito del libre cambio y del proteccionismo. En el último capítulo, M. Bastable formula las conclusiones de su trabajo. Por fin, dedica dos apéndices á la historia de la teoría y á algunas teorías diferentes (teorías de Cournot, de Sidgwick y de Shadwell). El traductor, por su parte, en la introducción estudia con algún detenimiento el teorema de Ricardo acerca del papel de la moneda en el comercio internacional y la cuestión del libre cambio y de la protección.

ADOLFO POSADA.

Cooperazione nella sociologia e nella legislazione, di Filippo Virgilio, professore di Statistica nella R. Università di Siena.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1900.—Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli*) de 228 páginas, 1,50 liras.

Dos partes comprende este *Manual*: la primera se consagra al estudio de *Las varias formas de la cooperación*; la segunda, al de *Las sociedades cooperativas en la legislación italiana*.

Prescindiendo de la segunda parte, por no ofrecer un interés inmediato para nosotros, diremos en cuanto á la primera, que es la que lo presenta general, que en las cortas páginas (137) á ella dedicadas expone el profesor Filippi, con la competencia, precisión y claridad características de sus escritos, cuanto de más esencial necesita saberse acerca de la cooperación.

Abraza esta parte primera seis capítulos: I, *Concepto general de la cooperación* (la cooperación y la división del trabajo; idea de la cooperación en general; idea de la cooperación económica; formas típicas del trabajo cooperativo; significado moral de la cooperación, etc.); II, *Cooperación de producción* (idea de ella, ventajas y desventajas de la misma, su historia en los distintos países de Europa); III, *Cooperación de consumo* (concepto, fines, ventajas, historia, relaciones con la cooperación de producción); IV, *Cooperación de crédito* (concepto; bancos populares; cajas rurales; cajas agrarias; evolución histórica de las sociedades cooperativas de consumo). V, *Cooperación de construcción* (concepto é historia); VI, *La cooperación y la participación en los beneficios* (relación entre ambas cosas; el familisterio de Guisa y la casa Leclaire; división del producto y aparcería).

La cooperación ha tomado gran incremento en nuestros días, y hay quienes ven en ella un medio de pacificar las presentes luchas sociales; por eso conviene difundir cuanto sea posible el conocimiento de su naturaleza y ventajas. Para ello sirven admirablemente libros como el *Manuale* tan bien arre-

glado del Sr. Filippi, manual que, como los restantes de la misma serie, está cuidadosamente impreso, con impresión clara y limpiísima y en buen papel.

P. DORADO.

La Revolución francesa, por Tomás Carlyle, traducción del inglés, por Miguel de Unamuno. *La Bastilla*. 1 vol. de 396 págs.—Madrid. Publicaciones de LA ESPAÑA MODERNA. Su precio, 6 pesetas.

No sería oportuno hacer aquí una apreciación crítica de la genial obra del insigne Carlyle, el gran literato filósofo, autor de *Los Héroes*, y de tantos otros libros originalísimos y hermosos. Es Carlyle un escritor consagrado, uno de los que más han influído en el presente siglo para formar el carácter—modificándolo—de los pueblos anglosajones, y son sus libros, libros de un mérito indiscutible, que sería ridículo querer aquilatar en una de estas notas bibliográficas, destinadas principal y casi exclusivamente á anunciar la publicación de las obras más ó menos notables que ven la luz en los diferentes países.

La Revolución francesa es una de las obras que Carlyle ha escrito como historiador; pero, téngase en cuenta, que no es Carlyle á la manera de Macaulay, de Taine, el historiador frío, analizador é indiferente, sino el historiador que ha formulado la doctrina del heroísmo, como una doctrina explicativa de los grandes movimientos de la humanidad. Su estilo, más *hablado* que *escrito*, como dice Unamuno, muy conforme con la manera misma de ver las cosas de Carlyle, es siempre pintoresco y el adecuado á su pensamiento original, *suyo*, siempre, en suma.

En la *Revolución francesa* pueden verse bien reflejadas todas las cualidades personalísimas de Carlyle: es un libro que en nada se parece á la historia corriente de ese grandioso momento que inicia la vida contemporánea; más que la represen-

tación, digámoslo así, objetiva de los actos del drama revolucionario, nos presenta Carlyle su propio juicio, ó mejor, quizá su impresión pura y sin mezcla, sin atenuaciones de ningún género. Empleando cierta frase de Zola, diríamos que en este hermoso libro, que hoy ve la luz pública en español, tenemos la revolución francesa vista á través del temperamento—particularísimo por cierto—de Carlyle.

El tomo de la *Revolución francesa*, que motiva estas líneas, lleva por título especial *La Bastilla*, y comprende lo que pudiéramos llamar primera etapa de la revolución, desarrollada en siete libros, cuyos epígrafes son los siguientes: I, *Muerte de Luis XV*; II, *La edad de papel*; III, *El Parlamento de París*; IV, *Estados generales*; V, *El tercer estado*; VI, *Consolidación*, y VII, *La insurrección de mujeres*.

ADOLFO POSADA.

Statistica, di Filippo Virgilio, professore di Statistica nella R. Università di Siena. Seconda edizione rifatta, con 13 incisioni.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1898.—Un volumen (de la serie de *Manuali Hoepli*) de xv-221 páginas, 1,50 liras.

La *Estadística* del profesor de Siena es un librito que puede calificarse de precioso (á pesar de su baratura). Luce en él su autor, aparte sus conocimientos de Sociología y de Economía, su gran cultura matemática, requisito sin el cual parece imposible dominar como es debido la materia propia de la Estadística; también se notan, desde el principio hasta el fin, las excelentes cualidades de expositor que acompañan al Sr. Filippi.

Además de una introducción, en que se trata de la etimología y la definición de la Estadística, de su objeto y fin, de su método, de sus divisiones, de sus límites, de su utilidad y

de su historia, comprende el libro dos partes, dedicadas, respectivamente, al estudio de la *Estadística metodológica* y de la *Estadística de exposición* (división del Sr. Ferraris que Filippi hace suya).

Trata en la primera parte de los principios y reglas que se deben tener presentes para que los datos estadísticos ofrezcan verdadero valor, y comprende todo lo relativo á la *Recolección de los hechos* (por procedimientos directos é indirectos, monografías, informaciones, etc.), á la *Crítica de los datos* (para no incurrir en errores), á la *Elaboración de los datos* (este capítulo es muy interesante; en él está lo relativo al cálculo de las probabilidades, á los términos medios, vida media, tablas de mortalidad y supervivencia, comparación de las cifras, sistema de los números-índices, investigación de las causas de los hechos, etc., etc.), y á la *Exposición de los resultados* (por medio de cuadros y por representaciones gráficas, diagramas y cartogramas).

En la parte segunda se exponen brevemente algunos datos estadísticos tocantes al *Territorio y el clima*, al *Movimiento demográfico*, á la *Vida económica*, la *intelectual*, la *moral* y la *política*. Estos datos se refieren especialmente á Italia, aun cuando también se hacen á menudo comparaciones internacionales.

Por fin, el libro se cierra con un epílogo en que se indican ligeramente estas dos cuestiones: *Regularidad estadística y libre albedrío* y *La unidad de la Estadística*.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Alfonso (F.) y Banquells (D.)—Choque de trenes; humorada cómicolírica en un acto. En 4.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Alonso Cortés (N.)—Rengloncitos; versos. En 12.º, 67 págs.: 1 peseta.
- Alonso y Orera (E.)—El triunfo de Harmodía. En 8.º, 123 págs.: 1,50 pesetas.
- Alvaro y Miranzo (F.)—Novísimo tratado de lectura. En 8.º, 32 páginas: 15 céntimos.
- Amiel (E. F.)—Diario íntimo de Enrique Federico Amiel, profesor de Filosofía en la Academia de Ginebra, prólogo por Pablo Bourget. En 4.º, 444 págs.: 9 pesetas.
- Arganda (V. de).—¿En qué siglo estamos? En 8.º, 134 págs.: 1,50 pesetas.
- Ascarra (V. F.)—Anuario del maestro para 1900. *Tercer año*. En 8.º, 304 págs.: 2 pesetas.
- Ausín y Donis (T.)—La máquina humana. En 8.º, 292 págs.: 2 pesetas.
- Barado (F.)—En la brecha (cuentos y fantasías). En 12.º, 190 págs.: 50 céntimos.
- Barreda (L.)—Cántabras. En 8.º, 80 páginas: 1 peseta.
- Benavente (J.)—La gata de angora; comedia en cuatro actos. En 8.º, 135 págs.: 2 pesetas.
- Bermúdez Loureiro (D.)—La evolución del notariado. En 4.º, 143 páginas: 1,50 pesetas.
- Blanco Trigueros (M.)—Integridad hipotecaria. En 4.º, 206 págs.: 2,50 pesetas.
- Boissier (G.)—Cicerón y sus amigos; estudio de la sociedad romana del tiempo de César. En 4.º, 433 págs.: 8 pesetas.
- Bolívar (I.) y Calderón (S.)—Nuevos elementos de Historia natural. *Entrega tercera*. En 4.º, páginas 81 á 208 y 129 á 224. Precio de la obra completa, 18 pesetas.
- Bonet y García (J.)—Apuntes de álgebra elemental. *Cuaderno I, Pizarras, y el II, Notas*. En 4.º, dos tomos, 116 y 124 págs.: 7 pesetas.
- Calvo (I.)—Aplicaciones de las oscilaciones Hertzianas á la telegrafía y telefonía sin hilos. En 4.º, 302-ix págs. y 5 láminas: 6 pesetas.

- Carrasco y Sayz (A.)—Discurso. Contestación de D. Eduardo Saavedra. En 4.º, 72 págs.
Tema: La discordia en los Estados políticos.
- Coll (J.)—Clamores de ultratumba. En 8.º, 614 págs.: 3 pesetas.
- Comedia de Calixto y Melibea (único texto auténtico de la *Celestina*). Reimpresión publicada por R. Foulché-Delbosc. En 8.º, vi-180 páginas: 8 pesetas.
Bibliotheca hispánica.
- Cuquerella Alonso (F.)—Romances y poesías cortas. En 8.º, ix-117 páginas: 1,50 pesetas.
- Dicenta (J.)—El león de bronce; monólogo en prosa. En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Fe y Jiménez (L.)—Historia de Nuestra Señora de la Cabeza. En 8.º, 296 págs.: 3 pesetas.
- Fernández-Soler (M.)—París-1900. Visita á la Exposición Universal. En 8.º mayor, 41 págs.: 50 céntimos.
- Ferri (E.) Estudios de antropología criminal. *Tercera edición*. En 8.º, 314 págs.: 3 pesetas.
- Flores García (F.)—La pajarita; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 36 págs.: 1 peseta.
- García Barbarín (E.)—Elementos de Algebra para las Escuelas de Artes y Oficios y Normales. En 8.º, 176 págs.: 2 pesetas.
- Garnett (R.)—Historia de la literatura italiana, traducción de Enrique Soms y Castelin, profesor de literatura griega en la Universidad de Madrid. En 4.º, 469 páginas: 9 pesetas.
- Giménez Guerra (A.) y Ogaitnas (J.)—La tómbola; juguete cómico. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Góngora (A. de).—El periodismo jerezano. En 4.º, 80 págs.
- González Matallana (J.)—Idolos, casi semblanzas. En 8.º, xix páginas: 25 céntimos.
- Taine (H.)—Notas sobre París. Vida y opiniones de M. Federico Tomás Graindorge, Doctor en Filosofía por la Universidad de Jena. Coleccionadas y publicadas por H. Taine, su albacea. En 4.º, 304 págs.: 6 pesetas.
- Gutiérrez (F. de.)—La reforma postal en España. En 4.º, xiv-224 páginas.
- Heine (E.)—Alemania. Comprende: Alemania hasta Lutero.—Desde Lutero hasta Kant.—Desde Kant hasta Hegel.—La literatura hasta la muerte de Goethe.—Los poetas románticos. En 4.º, 304 págs.: 6 ps.
- Heredia y Rodríguez-Jaén (R.)—El calculador comercial. En 8.º, 186 págs.: 1,50 pesetas.
- Hernández (A.)—Escalafón del arma de infantería. En 12.º, 126 págs.: 1,50 pesetas.
- Homenaje del Ayuntamiento de Madrid á D. Ramón de la Cruz con motivo de la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde vivió y murió aquel insigne sainetista. En 4.º, viii-29 páginas.
No se ha puesto á la venta.
Contiene el sainete *El Refunfuñador*.
- Horcajo Hernández (F.)—Monografía sobre el diagnóstico diferencial de los quistes del ovario y de sus complicaciones. En 4.º, 89 págs.: 2,25 pesetas.
- Huxley (Th.)—La educación y las ciencias naturales, por Th. Huxley, de la Sociedad real de Londres. En 4.º, 315 págs.: 6 pesetas.

- Jordi Martí (F.)—La galvanoplastia práctica. En 8.º, 61 págs.: 1 peseta.
- Junquera (E.)—Fresas al champagne; ristra de versos cómicos. En 12.º, 58 págs.: 50 céntimos.
- Lacal (L.)—Diccionario de la música; técnico, histórico, bio-bibliográfico. En folio, VIII-600 págs.: 25 pesetas.
- Lombroso (C.)—Estudios de psiquiatría y antropología, por César Lombroso. Tercera edición. Rn 8.º, 295 págs.: 3 pesetas.
- Lozano (R.)—Lecciones de clínica quirúrgica. En 4.º, 411 págs.: 7 pesetas.
- Luna (A.)—El velorio; zarzuela dramática en un acto. En 4.º, 39 págs.: 1 peseta.
- Maestre (T.)—La escarapela; drama en tres actos. En 4.º, 69 páginas: 2 pesetas.
- Montero Sánchez (A.)—Compendio de la historia de la Marina militar de España. En 4.º, 358 páginas: 5 pesetas.
- Moraleda y Esteban (J.)—Romanes Orgaceños. En 8.º mayor, 37 págs.: 1 peseta.
- Morel-Fatio (A.) y Rouanet (L.)—Le théâtre espagnol. En 4.º, 47 páginas: 1 peseta.
- Moreno de la Torre (F.)—El intérprete del viajero español en Francia. En 12.º apaisado, 91 páginas: 1 peseta.
- Nansen (F.)—Hacia el Polo; relato de la expedición de 1893 á 1896, según el Diario de la exploración. En 4.º, 280 págs.: 6 pesetas.
- Navarro (C.) y Fernández de la Puente (M.)—El belén del abuelito; apropósito cómico lírico. En 4.º, 42 págs.: 1 peseta.
- Nietzsche (F.)—Así hablaba Zaratustra: un libro para todos y para nadie; traducción directa del alemán, esmeradamente cotejada con las traducciones inglesa, francesa é italiana, por Juan Fernández. En 4.º, 373 págs.: 7 pesetas.
- Ojeda (C.)—Inesilla; ensayo dramático en un acto. En 4.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Pazos y García (D.)—Disposiciones que podrían impedir en España la división de las fincas rústicas. En 4.º mayor, 312 págs.: 3 pesetas.
- Pérez y González (F.)—Carrasquilla; zarzuela en un acto. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Pérez Noguera (E.)—Heridas por proyectiles de fusil de pequeño calibre. En 4.º, 66 págs.: 2 pesetas.
- Pirala (A.)—San Sebastián en el siglo XIX. En 4.º, 89 págs.: 2 pesetas.
- Portilla Martín (J.) y Asencio (M. S.)—Recitaciones de derecho canónico y disciplina eclesiástica de España. Tomo I. Prolegómenos. En 4.º, VII-171 págs.; 3,50 pesetas.
- Romanillos (F.) y Cid (F.)—Monumentos de Avila; guía para visitar la ciudad. En 8.º, 157 páginas: 1,50 pesetas.
- Salaices y Moral (E.)—Nociones de Historia de España. En 8.º, 109 páginas: 75 céntimos.
- San Cristóbal García (C.)—El placer de la venganza; drama en un acto. En 4.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Sandeau (J.)—Magdalena. En 8.º, 165 págs.: 50 céntimos.
- Sánchez Pastor (E.)—El señorito

- Arturo; drama en tres actos. En 4.º, 61 págs.: 2 pesetas.
- Sánchez Vallejo (B.)—Protesta contra la carestía del pan. En 4.º, 32 págs.: 50 céntimos.
- Sarasate de Mena (F.)—Poesías religiosas. En 8.º, 237 págs.: 1,50 pesetas.
- Sellés (E.)—La balada de la luz; melodrama en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Taine (H.)—Historia de la literatura inglesa. Tomo II. El Renacimiento, Jonson, Shakspeare, Milton. En 4.º, 374 págs.: 7 pesetas.
- Vergara de Prado (A.)—La alternativa; cuadro de costumbres madrileñas. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Iráyzoiz (F.)—La noche de «La Tempestad», pasillo lírico en un acto. En 4.º, 46 págs.: 1 peseta.
- Zapata (M. L.)—Lecciones de geometría y trigonometría. En 4.º, v-122 págs.: 3 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Los placeres en China</i> , por el General Tcheng-Ki-Tong.....	5
<i>Genoveva Montaña</i> , novela (continuación), por Cañel.....	42
<i>Poetas americanos: Laborare est orare</i> , por L. R. Peña.— <i>Unión y libertad</i> , por José Flamenco (guatemaltecos).....	72
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	78
<i>Cervantes y su época</i> , por Ramón León Máinez.....	98
<i>El teatro Hispanoamericano</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	114
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	135
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	153
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	163
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y P. Dorado.....	197
<i>Obras nuevas</i>	203

OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

Aguanno.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.

Kells-Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kochs.—Higiene general, 3 pesetas.

Kruger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Martens.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Mommsen.—Derecho público Romano, 12 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Sohm.—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Otras obras publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa, tres tomos, á 7 pesetas, 21 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura Clásica Griega, 10 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura Francesa, 9 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Waliszewski.—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura Española.

Aston.—Historia de la Literatura Japonesa.